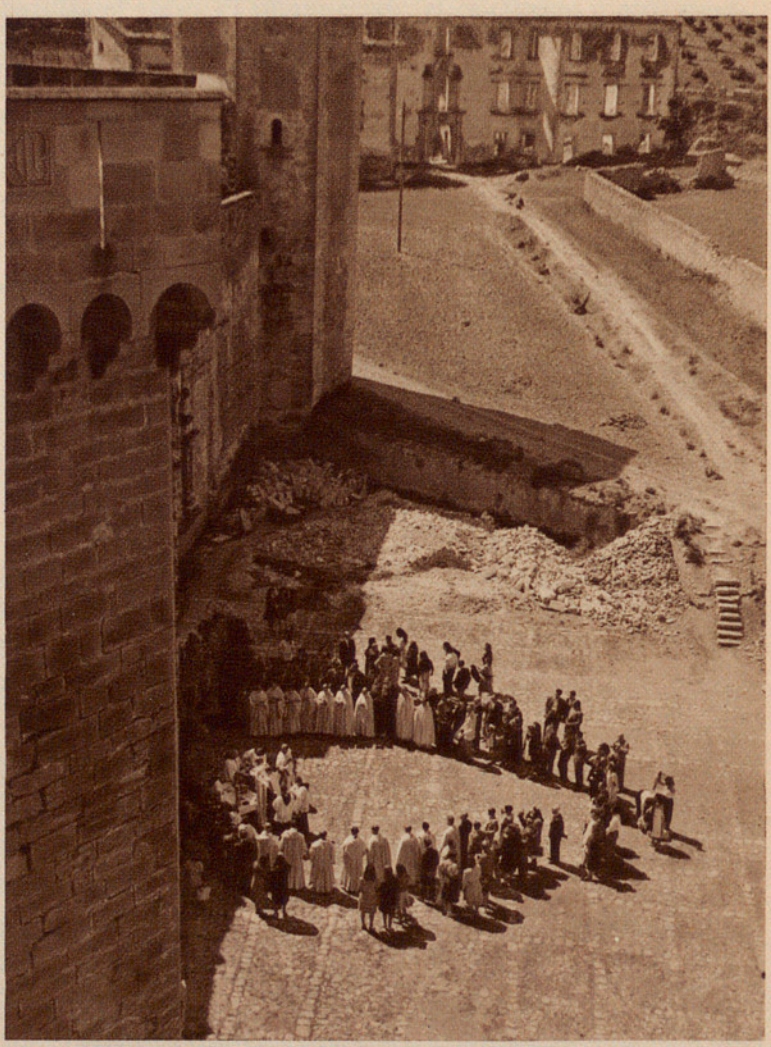


Jueves Santo. La Comunidad después del Mandato, oyendo el Evangelio de San Juan, sobre el precepto de la caridad.

(Foto A. Balcells)



La Comunidad en la ceremonia de consagración de tres campanas. (Foto A. Balcells)

sacristía con mitra en medio de los asistentes, con Gremial a quien sigue el Maestro de Ceremonias y el que sirve de mitra y sube al presbiterio en la parte de la pila del agua bendita, en llegando a vista del Sacramento, se le quita la mitra.

»Llegado el Abad delante del Sacramento, hace genuflexión (delante del Tabernáculo se ha de poner una almohada) y, en pie, pone incienso en los incensarios sin bendición, ni ósculos y de rodillas inciensa el Sacramento, lo que ejecutado entonan los cantores el himno «Sacris solemnis» y se comienza la procesión; el Convento con Pluviales y velas encendidas en las manos, pasa por el coro, da vuelta por Santa Tecla, entra por la puerta de Monjes al claustro, circuyéndolo todo con sus estaciones, entra a la iglesia por la misma puerta y hace el mismo curso que a la salida, llevando los cuatro Sacerdotes en hombros el Sacramento; el Abad, sin mitra, con los Ministros dice por el camino algunos salmos.

»Vuelto el Sacramento al altar y colocado otra vez encima la mesa, vuelve el Abad a incensarlo como antes de la procesión y, hecha genuflexión, se va con los ministros a la sacristía por la vía breve. Luego un Sacerdote con estola pone el Sacramento en el altar al lugar preparado y compuestas sus luces y Reliquias (excepto Cruz que no la ha de haber en las misas de esta Octava y siempre que el Sacramento esté patente) se da principio a la misa por un anciano, observando en ella puntualmente las ceremonias que dispone el misal de la misa «Coram Sacramento», a cuyo fin es bien

asista en ella y en toda la Octava, el Maestro de ceremonias.»

Según el ya mencionado manuscrito de Dom José Sentís, Monje sacristán en 1807, era costumbre adornar la iglesia y claustro mayor con los riquísimos tapices que guardaba la Casa. Su colocación, ejecutada ordinariamente por los Monjes jóvenes y algunos mozos o criados, recibía el nombre de «Empaliada». La colocación seguía el siguiente orden en el claustro: ala del Capítulo: 1.°, el Angel; 2.°, el Nacimiento; 3.°, las Puertas; 4.°, el Santo Cristo del buen ladrón; 5.°, las Bodas; 6.°, las Zorras; 7.°, Nuestra Señora, y seguían otros dos sin nombre. Ala del comedor: 8.°, los Filisteos; 9.°, el León; 10.° Sansón; 11.°, los Barberos; 12.°, el Templo; 13.°, la Sepultura; 14.°, José vendido a los Ismaelitas; 15.°, los Reyes. Ala del Palacio; 16.°, San Pedro; 17.°, la Resurrección; 18.°, el Crucifijo; 19.°, David llamado de la puerta. Ala de la Iglesia: 20.°, David y Bersabé; 21, 22 y 23 sin título, llamados por los Monjes, las tres Cocinas; 24.°, Santa Ursula, y 25.°, David Bueno.

Las columnas de la iglesia y el presbiterio eran también adornadas en las grandes solemnidades con tapices reposteros y riquísimos damascos, ofreciendo el templo magnífico alarde de belleza.

Tesoro

Para la celebración de las funciones litúrgicas contaba el Monasterio con un tesoro espléndido que se ha hecho proverbial por su riqueza, valor artístico y litúrgico, teniendo

en cuenta que cada siglo dejó huellas de su generosidad, estilo e innovaciones, aunque el buen gusto presidió ordinariamente las adquisiciones que durante los mismos hizo el Monasterio.

La evolución que impusieron los Papas y los Capítulos generales de la Orden permitió a los Monasterios adquirir toda suerte de ornamentos y objetos del culto que distaban mucho por su riqueza, hermosura y valor artístico de la austeridad, de los primeros tiempos de la Orden. Al fin los Monjes blancos en ésto eran fieles seguidores de la tradición litúrgica de la gran familia benedictina. Siguiendo esta evolución, Poblet vió aumentar rápidamente por compras, donaciones reales y de personas aristocráticas su tesoro litúrgico. Los reyes de Aragón tuvieron gran interés en que el templo pobletano estuviese enriquecido con toda suerte de preciosidades; desde Alfonso II, el Casto, que donó su corona al Monasterio, hasta el célebre don Pedro Antonio de Aragón, último protector, las donaciones son numerosísimas y de una riqueza verdaderamente fabulosa.

Jaime I, antes de hacerse Monje de Poblet, legó al Monasterio toda su capilla real. En 1341, su hijo don Jaime, legó una riquísima púrpura llamada por los Monjes la Dalmática del rey don Jaime. En 1378, Pedro IV dió unos ornamentos al Abad Dom Guillermo de Agulló, acompañados de una carta que, traducida del catalán, dice lo siguiente:

«El Rey. — Abad; Nos por reverencia a Dios y a Nuestra Señora Santa María y por devoción y afición que tenemos a vuestro Monasterio, os transmitimos por fray A. Çabadia

vestidos de oro que corren en bermejo, a saber, una Casulla que os rogamos llevéis por la fiesta próxima de Navidad en las misas que diréis y dos dalmáticas con sus estolas y manípulos y tres capas procesionales, palio y retroaltar todo de la misma clase.»

En 1375, consta que don Carlos de Navarra dió bellos ornamentos y crecida suma de dinero para el culto. En 1384, la infanta doña Juana de Ampurias, hija de Pedro IV, legó una gran cruz de plata y los mejores ornamentos de su capilla. En 1417, doña Margarita de Prades dió un relicario con medio muslo de San Martín. En 1444, don Alfonso de Aragón y de Nápoles, dió un retablo y dos cofres de ornamentos. En 1468, la reina doña Juana, segunda mujer de don Juan II de Aragón, legó al Convento de Poblet unos ornamentos de brocado carmesí. En 1500, el infante Fortuna, don Enrique de Aragón, hizo importantes donativos para el templo. En 1516, legó en su testamento unos ornamentos de brocado carmesí y otros de damasco blanco alcarchofado. En 1522 el mismo infante Fortuna legó cuatro tapices de Arrás, que contienen las historias del Credo y Profetas, más un dosel riquísimo de brocado para cubrir su sepultura.

En 1542, el duque de Cardona, don Fernando Juan Folch, legó seis reposteros de terciopelo carmesí bordados de oro y plata, con las divisas de su casa. En 1610, el duque de Segorbe, don Enrique Fernández de Córdoba, dió un paño y tapicería tejido de sedas, oro y plata muy grande y tan rico que fué estimado en dos mil escudos. En 1660, la duquesa, doña Catalina Fernández de Córdoba y Figueroa, mujer del antes

citado don Enrique, dió un repostero de terciopelo verde todo bordado de oro con los escudos de Aragón y Sicilia.

En 1671, don Pedro Antonio de Aragón envió el célebre paño mortuorio todo él bordado en oro con grande relieve, con doce borlas de lo mismo, tres en cada esquina, cuyas dimensiones son 34 palmos de alto y 24 de ancho. Además un aderezo de ébano y bronce dorado que consiste en doce candelabros para rodear el féretro y seis medianos para el altar mayor, un Santo Cristo grande de bronce dorado en cruz de ébano como los candelabros, con dos ángeles que tienen en las manos la lanza, la esponja, martillo y tenazas; seis cetros de plata, dos ciriales de lo mismo y un Santo Cristo pequeño de plata dorada, una silla de ébano y bronces dorados para el Pontifical con su asiento de tela de oro y cuatro taburetes de lo mismo; un Crucifijo de marfil de grandes dimensiones, un sepulcro con un hermoso Cristo yacente. En 1678, el mismo don Pedro Antonio de Aragón, envió un Palio de tela de color anteado guarnecido de franjones de oro. En 1690, regaló 16 reposteros de tapicería de Bruselas.

Ornamentos sagrados

Además de los ya mencionados, donación de la casa real, los duques de Cardona y Segorbe enriquecieron prodigiosamente el Monasterio con ornamentos de un valor inapreciable. En 1522, don Enrique de Aragón y Sicilia legó unos ornamentos riquísimos de brocado carmesí, esto es, casulla,

dos dalmáticas con los escudos de la casa de Aragón y Sicilia, capa pluvial, gremial, toalla para el facistol, todo bordado en oro ; un frontal de oro y seda en que están bordados los misterios del Nacimiento de Cristo y la adoración de los Reyes.

En 1671, don Pedro Antonio de Aragón dió al Convento de Poblet un terno para difuntos, ricamente bordado y con grande relieve, que consta de tres casullas, dos dalmáticas, cuatro estolas, seis manípulos, tres estolas anchas, ocho capas pluviales, una almohadilla, una toalla de tela de oro, un gremial, un frontal trepado y bordado de oro. En 1673, el mismo don Pedro Antonio dió un terno blanco de tela de oro, que consta de ocho capas pluviales, una casulla, dos dalmáticas, dos estolas, tres manípulos, un gremial, un cubre cáliz y bolsa de corporales, una mitra, una toalla, un faldistorio, un paño de púlpito, un frontal grande para el altar mayor y otro pequeño para la credencia. Dió, además, un terno morado de damasco guarnecido de galón de oro, que consta de los mismos ornamentos que el anterior, añadiendo un hermoso palio, un terno colorado de tela carmesí y oro, que consta también de ocho capas, una casulla, dos dalmáticas y de todo lo demás que los otros donativos.

En 1675, el Cardenal don Pascual de Aragón, hijo de los duques de Segorbe y Cardona, dió los pontificales siguientes : pontifical blanco, que era de lastra de plata, con encajes de oro por guarnición con broches de plata sobre dorada y las armas de Su Eminencia ; pontifical carmesí, que era de lo mismo que el anterior ; pontifical morado, que cons-

taba de capa de lastra de plata con encajes de oro ; una casulla de lo mismo con un gremial que tenía una cruz en medio bordada de oro, un pontifical negro también de lastra y ocho mitras, una de las cuales estaba bordada en realce de oro y tenía 24 piedras de diversos colores con un báculo de plata.

A toda esta lista de preciosos ornamentos donados por los reyes y grandes de la tierra, hay que añadir los muy preciosos y numerosos adquiridos por los Abades en el transcurso de los siglos, junto con los regalos hechos a Monjes en solemnidades notables, como primeras misas y bendiciones abaciales. Así ha llegado hasta nosotros una hermosa casulla, que fué del Abad Dom Félix Genover, actualmente donada al Monasterio por sus descendientes. Por no hacernos prolijos y en gracia a la brevedad, omitiremos la lista de todo ello.

Merecen relación aparte los objetos de oro, plata, piedras preciosas y sagradas reliquias que recibió el Monasterio de reyes, príncipes y casas nobles del país. En otras partes de esta historia se ha hecho mención de los donativos reales de esta categoría, algunos de ellos de un valor incalculable, como la corona del rey Alfonso II, la capilla de Jaime I, el Lignum Crucis de Pedro IV, unas espinas de la Cruz de Cristo, donativo de la casa real de Francia a la de Aragón y luego donada por ésta al Abad Agulló y otros.

Merecen párrafo aparte los legados verdaderamente regios de la casa de Segorbe y Cardona. En 1522, el tantas veces nombrado don Enrique de Aragón y Sicilia legó cuatro imágenes de plata dorada, con sus reliquias dentro, de los

Santos Apóstoles Pedro, Pablo, Andrés y San Juan Bautista, más una imagen del Salvador rodeado de Serafines y otra de Nuestra Señora con el Niño Jesús, y una Cruz de oro con Lignum Crucis y un atril de plata para el altar mayor. En 1610, don Luis Fernández de Córdoba donó «dos mazorcas de hilo hilado» por manos de Nuestra Señora en un hermosísimo relicario.

Desde el año 1671 al de 1677 los descendientes de la misma familia dieron las siguientes alhajas: una urna de plata dorada guarnecida de coral para el Jueves Santo; otra urna, riquísima, guarnecida por todas las esquinas y pedestal de ramos de oro bordados con mucho relieve: un frontal para el altar mayor con muchas incrustaciones de lapizlázuli, ágatas y jaspes finísimos, guarnecido de plata y bronce dorado, dividido en tres tercios; en el centro había la Inmaculada Concepción, en el de mano derecha había en medio relieve de plata el patriarca de los Monjes, San Benito, San Pedro y San Pablo, con ocho tarjetas de plata de la vida de San Benito, y en el tercio de la mano izquierda tenía dos figuras de plata de medio relieve de San Bernardo y de Nuestra Señora, con otras ocho tarjetas de la vida del patriarca de los Monjes blancos.

Favoreció, además, al Cenobio con ocho grandes candelabros de plata para la capilla real y seis medianos para la mesa del altar mayor, junto con un oratorio que consta de un peñasco de plata con su cruz y Cristo, que tiraba ocho palmos de ancho, trece de alto y cuatro de



La Comunidad volviendo procesionalmente de la Capilla de San Jorge después de haber celebrado el Oficio solemne, el día del Patrón de Cataluña.



Entierro del P. Maestro de Novicios, Dom Martín Marini, el 20 de enero de 1945. (Foto G. Berni)

entrada con su cerradura llave y dentro una Santa Verónica milagrosa con su cristal y cortina de oro carmesí. Al peñasco sirven de pie cuatro querubines grandes enlazados con cartelas y, al pie de la cruz, dos ángeles de rodillas sobre peañas de nubes ; en cada peaña tres querubines pequeños, adornando dicho peñasco catorze querubines y diez estatuas que son de nuestro Padre San Benito, San Bernardo, de la templanza, de la fe, de la prudencia, de la esperanza, de la caridad, de la fortaleza, de la paciencia y de la humildad, todo de plata, más una Custodia de oro mantenida por un ángel sobre una base exagonal guarnecida de alto a abajo, así la Custodia como el ángel y la base, de diamantes, rubíes y turquesas. En sólo el viril, que está a manera de un sol, se han contado mil quinientos diamantes : en toda la Custodia hubo curioso que contó doce mil diamantes, pero lo más cierto es que no pueden reducirse a número (fué apreciada en 50.000 ducados). Un relicario grande de plata, oro, cristal de roca, diamantes y rubíes, con siete espinas de la corona de Cristo y otras reliquias muy insignes, como es un pedazo de la Cruz del Redentor.

Otro relicario grande de plata y cristal de roca, con reliquias de Santa Ana y otras de otros santos. En 1700, se recibieron de la misma Casa de Cardona seis relicarios de plata con peañas de bronce, una imagen de Santa Bárbara de plata, una cruz de plata, otro relicario de plata con la verdadera efigie de San Carlos Borromeo, más una cruz de oro a manera de pectoral con Lignum Crucis, que solía llevar don Pedro de Aragón con una soguilla de oro de seis palmos, tres

relicarios de oro, más uno de acero bordado de oro y plata. Los más de estos relicarios y otros 72 donativos de la misma casa de Segorbe fueron colocados en los dos bellísimos retablos que flanquean el altar mayor. Como nota curiosa, siguiendo al P. Finestres, podemos decir que nuestro Cenobio era riquísimo en reliquias de Santos, llegando su número a la cantidad de 6.666, además de cuarenta cuerpos de Santos que custodiaban nuestra basílica.

Y es que para nuestros reyes y grandes figuras del país el Monasterio de Poblet se había convertido, a través de siglos de santidad monástica, de cultura y de patriotismo, en un Santuario de Dios y de la Patria. Era prácticamente un Templo nacional en el que se habían enterrado los reyes y los caudillos militares, los jefes políticos y los eclesiásticos, todo lo que es alma, cerebro y fortaleza de una nación. Poblet era algo más que un simple Monasterio cisterciense, era una Institución a la que debía enriquecerse litúrgicamente para conservar con decoro su misión.

Como final del apéndice que dedica el P. Finestres al tesoro de Poblet, añade un catálogo del oro, plata, ornamentos y colgaduras que de tiempo antiguo tenía el Monasterio. Primeramente, una Cruz de oro de más de un palmo de alta, con Lignum Crucis ; tres pectorales de oro, dos de ellos esmaltados y trece anillos de lo mismo con pedrerías ; tres pectorales de plata dorada, un báculo de lo mismo labrado de mucha imagenería, pedrería y perfiles primorosos ; un jarro, dos fuentes grandes y otras dos medianas de plata dorada muy labradas ; un cáliz y vinagreras de plata dorada

con infinitas labores y una riquísima mitra con mucha pedrería, todo lo cual servía para los Pontificales. Una cruz de plata que servía en la adoración del Viernes Santo y contenía un notable fragmento de la Cruz de Cristo ; era de plata dorada ; otra cruz procesional de cuatro palmos de alta muy labrada de imagenería, también de plata dorada ; cuatro efigies de cuerpo entero de seis palmos de alto, que representaban la Virgen, San Benito, San Bernardo y Santa Columbina, más otras dos de medio cuerpo con reliquias de las santas vírgenes y mártires Candia y Verena ; un tabernáculo de plata para llevar el Santísimo en las procesiones, más un dosel de plata para el altar mayor, que servía para la exposición del Santísimo o del Lignum Crucis, y, en fin, multitud de cálices de plata dorada, cuatro incensarios, dos atriles, varias palmatorias, ocho candeleros, varias lámparas de la iglesia y relicarios muy ricos como los de San Bernardo, Abad de Claraval ; el de Santa Ursula, San Bernardo de Alcira y otros muchos, al decir del P. Finestres.

Los ornamentos sagrados, sigue el mismo Monje historiador, son muchísimos y ricos ; pero los que nos están acordando su antigüedad, son seis frontales de brocado y otros tantos ternos de casullas y dalmáticas y catorce capas pluviales del mismo corte. Las colgaduras o tapicería se dividían en dos series, unas de invierno y otras de verano, todas ellas, bien de brocados, brocadeles, terciopelos bordados de oro, rasos y otros, entre los cuales sobresale el repostero grande de terciopelo carmesí con bordados de seda y oro, cuyo relieve

principal es la letra O, inicial del apellido Oliver, que lo fué el Abad que lo mandó hacer.

Las de invierno o eran de grana colorada con bellas bordaduras o tapices historiados muy a lo natural con pasajes del antiguo y nuevo Testamento. Señala el tantas veces citado P. Finestres como muy notable la historia de Sansón, en seis reposteros muy grandes de vivísimos colores y figuras muy naturales, que los compró el Abad Dom Pedro Boqués».

Este era el tesoro de Poblet utilizado en las grandes solemnidades litúrgicas, por muy pocas iglesias superado. Tesoro que se conservó casi íntegro hasta el año 1835, en que, al abandonar la Comunidad el Monasterio, debió ser escondido en su mayor parte, según de ello nos convencen varios hallazgos ocurridos en los años siguientes a la destrucción. Así, en el año 1837, un labriego de Vimbodí popularmente llamado «el Jaio Mahó», dió con los tapices en el hueco de paredes que existe a la entrada del archivo. La riquísima colección fué distribuída entre varios habitantes de Vimbodí, que los dedicaron a usos domésticos.

El Padre José Ribas escribió lo siguiente con relación al tesoro: «Por el año 1837 se descubrieron las alhajas y vasos sagrados de la Sacristía junto con el precioso relicario de plata, después de haberse empleado más de trescientas personas entre hombres y mujeres, grandes y pequeños, ocasionando la muerte al descubridor de tan precioso tesoro. Como los Monjes habían salvado en el mismo escondrijo las mismas preciosidades, por el 1821 al 22 que tuvieron que

abandonar el Monasterio, confiaron en que lo mismo sucedería. Pero no fué así.» Otros objetos fueron piadosamente recogidos por los Monjes, que los llevaron, bien a sus casas, dejándolos en calidad de depósito hasta una próxima restauración muy deseada y que no debía llegar hasta el siglo veinte, bien a Monasterios de Monjas cistercienses que los guardaron hasta nuestros días, restituyéndolos fidelísimamente al Monasterio el día de su repoblación monástica. Nada más emocionante que el gesto de doña Margarita Suñol al ofrecer al Abad general de la Orden el Cáliz del Abad Examuç, guardado en el Monasterio de Valldoncella y traído allí por un Monje fugitivo de Poblet.

Las piezas de este famoso tesoro litúrgico que han llegado a nosotros son muy pocas y, ni de lejos, representan los objetos de más valor que atesoró el Monasterio. Son las siguientes : el Crucifijo de marfil donado por Pedro Antonio de Aragón, maravilloso trabajo de escultura, notable además por sus dimensiones ; el citado Cáliz de plata dorada con finísimas labores góticas y varios esmaltes ; una casulla del Abad Genover, con urdimbre de plata y oro abundantísimo, es de comienzos del siglo XVIII, y un magnífico relicario que contiene Lignum Crucis, de plata dorada, sembrado de finísimas labores, pertenece al siglo XIV, más otro cáliz de plata de construcción más sencilla pero no menos bella.

Otros objetos hermosísimos se conservan en diversas iglesias, como el célebre paño mortuorio donado por Pedro Antonio de Aragón, que de la Sacristía de Poblet fué a parar a la casa de un burgués liberal, en la segunda mitad del

siglo pasado, quien lo usó algunas veces como alfombra en fiestas y bailes de sociedad. La hecatombe antireligiosa de la última década, que ha tenido por colofón la oleada roja que se desencadenó en julio de 1936, ha hecho desaparecer varias piezas del tesoro pobletano.

La repoblación monástica de Poblet indudablemente traerá la recuperación de otras preciosidades que el amor al Monasterio, huérfano de los que crearon su grandeza, les obligó a conservar en piadoso recuerdo.

Esta fué la grandeza litúrgica de Poblet : magnificencia en las ceremonias y en el canto y riqueza para honrar a Dios. Las fiestas litúrgicas de Poblet nunca tuvieron decadencias, tanto en los siglos de plenitud y máximo esplendor como en las horas grises del siglo XVIII y comienzos del XIX, en los que la protección real y la de los grandes de la tierra era un recuerdo secular. Los Monjes de nuestra Casa eran grandes liturgistas, como verdaderos y buenos hijos del Patriarca San Benito.

EXPANSIÓN

La vida de los Monjes de Poblet, pletórica de espíritu cisterciense, hubo de tener una expansión natural; nos referimos a la fundación de Abadías filiales, prioratos y residencias.

Nuestros reyes protegen esta expansión, siguiendo el plan tradicional de levantar Monasterios en los territorios redimidos del poder musulmán. En el intento y esfuerzo de colonizar los territorios de Poblet y Santes Creus hemos de ver un hecho que repetirán los sucesores de Ramón Berenguer IV y Alfonso II. Así Jaime I, que fundó la Real de Mallorca y Benifazá de Valencia en territorios recién liberados, sigue el ejemplo de su padre que había hecho la fundación de Piedra, incoada por don Alfonso II. Piedra, que se levanta en un país extraordinario por su belleza agreste y salvaje, es un islote perdido en un mar inculto, territorio que no contaba, además, con centros civilizadores y exponentes de nuestra religión y cultura.

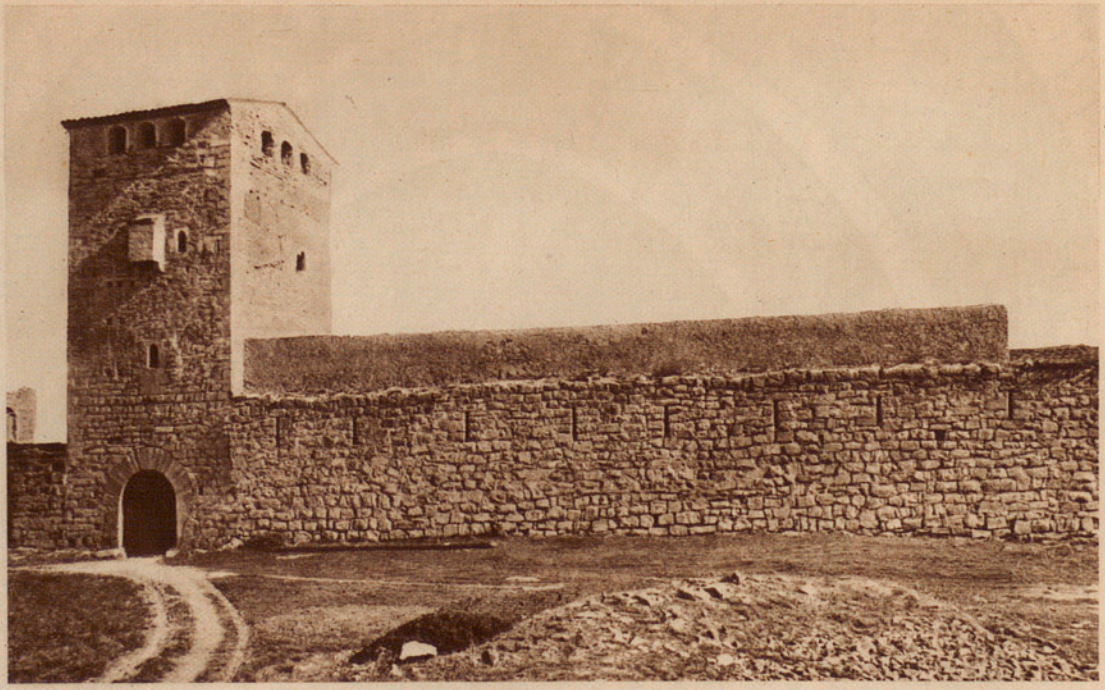
El mirífico Santuario del Tallat es una manifestación popular de amor a María, a la que se unen nuestros Reyes y los Monjes pobletanos en el afán común que hace de una capillita un soberbio Priorato, que es la admiración de las comarcas de Cataluña. San Vicente de Valencia recuerda un

rasgo de generosidad real que da a Poblet su más rica baronía, Quart y Adaya.

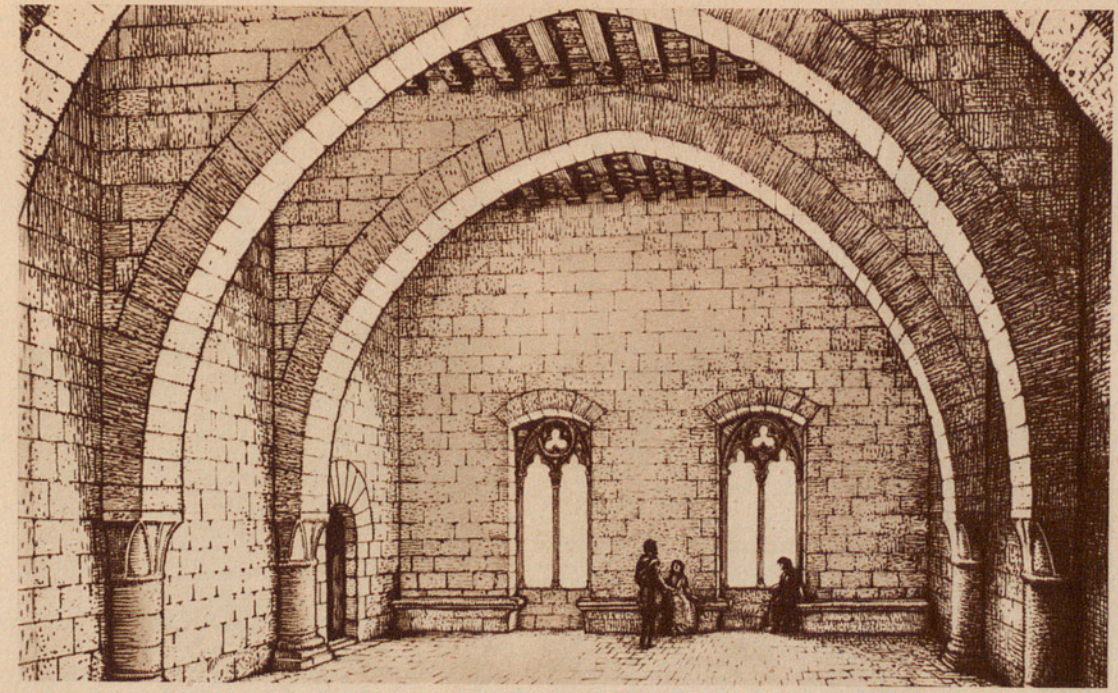
El Priorato de Nazaret de Barcelona, casa fundada por una noble dama, tiene por finalidad servir de Casa-procura en la que residían nuestros representantes ante el poder supremo del Estado, sirviendo, además, espiritualmente, al pueblo fiel que acudía a aquella iglesia nuestra para unirse con Dios.

En el orden civil, tuvo Poblet notable expansión por sus señoríos, baronías y propiedades que le hacen el señor más rico y potente de Cataluña, después de la Casa de Cardona. Una legislación sabia, dignísima y ponderada, hacía de los Estados del Cenobio modelos de administración, al mismo tiempo que una influencia espiritual intensa y una huella cultural indeleble hacen de sus pueblos súbditos, pueblos muy dignos, para los que se levantan iglesias, ermitas, hospitales, murallas y castillos, contribuyendo con esto a la expansión de un arte que le era propio.

Por fin, el nombre de Poblet viene a ser el de una institución que se deja sentir en la Orden y en la Iglesia y aun bajo todos los aspectos de las actividades humanas, como son el gobierno eclesiástico y civil, santidad, ciencia, arte, literatura, poesía, según ya en parte dejamos consignado. Veamos, aunque sea brevemente, de descubrir esta expansión del amado Cenobio.



Una de las numerosas granjas que pertenecieron a Poblet, el Castillo de Milmanda, que cedió la familia Grañena en el siglo XII, reformado por el Abad Copons en el siglo XIV. (Foto A. Mas)



Castillo de Verdú (Lérida). Gran salón construido por el Abad Ponce de Copons (1316-1348). (Foto C. de Monumentos de Barna.

PIEDRA

En 1186, el rey don Alfonso II, el Casto, hizo donación a Dom Pedro de Massanet, Abad de Poblet, del castillo de Piedra para que se fundara un Monasterio. Y, aunque la Comunidad no marchó inmediatamente a vivir en la casa y tierras recién donadas, trabajaron algunos Monjes en levantar el edificio y roturar aquellas tierras que eran un verdadero erial en la llanura y un frondoso bosque, abundante de aguas, en el monte. Poblet no podía desprenderse — en los comienzos de su vida monástica — de los doce Monjes que las Instituciones cistercienses exigen para fundar un Monasterio. Hasta el mes de mayo de 1194 no puede fijarse la fundación de la filial de Santa María de Piedra, porque fué en esta fecha cuando los Monjes, componentes de la nueva Comunidad, partieron de Poblet hacia el castillo de Piedra. Les presidía como Abad Dom Gaufredo de Rocabertí, descendiente de la noble familia de este nombre, Monje muy santo y sabio que alguien ha hecho discípulo de San Bernardo, atribuyéndole una formación monástica obra del Santo Patriarca de Claraval. Mas todo esto se basa en pruebas poco fundadas.

Aquella incipiente Comunidad pasó por muchas dificultades, antes de normalizarse definitivamente su vida. Las donaciones reales y no menos las de personajes nobles se reducían a parcelas de tierra de una aridez y esterilidad desoladoras ; el mismo edificio monacal levantado en Piedra la

antigua, hubo de trasladarse al lugar de Piedra en que actualmente está edificado el Monasterio, traslación que se verificó en 1218, con asistencia de don Aspárago de la Barca, Arzobispo de Tarragona, don Sancho de Ahones, Obispo de Zaragoza, don Guillén, Obispo de Tarazona, y Dom Domingo Ruiz, Monje de Piedra, Obispo de Segorbe y Albarracín. En esta misma fecha y jornada, se hizo la consagración de la iglesia. El Monasterio recién fundado debía tener ya entonces Monjes prestigiosos a pesar de las dificultades de orden material, porque la elección del P. Domingo Ruiz para ocupar la Sede de Segorbe, vacante por la muerte del Obispo Hispan (1215), es un testimonio en favor del ascendiente religioso que irradiaba aquella filial de Poblet.

Los Monjes, en rudo trabajo y con esfuerzo gigantesco, hubieron de domar aquella naturaleza bravía que el P. Finestres califica «de tan horrendo y ameno sitio que el horror compite con la amenidad», recogiendo entre unos peñascos inaccesibles y muy eminentes que, sin embargo, dejan lugar a unas huertas, a pedazos costaneros y artificiales. Los siglos XIII, XIV y XV fueron de crecimiento ininterrumpido, que fomentaban nuestros reyes y la aristocracia aragonesa, con donaciones, privilegios y toda suerte de protecciones, distinguiéndose, entre nuestros soberanos, don Jaime, el Conquistador, Pedro IV y Martín, el Humano. Por su parte, aquellos Monjes se hacían dignos de tan alta protección porque, a una vida auténticamente cisterciense, supieron juntar un espíritu emprendedor. De Santa María de Piedra salen Obispos que rigen diócesis como Dom Domingo Ruiz (siglo XIII),

Dom Pedro Garcés, que lo fué de Segorbe (1237-1247), Dom Pedro Baldón y otros. Los Abades eran, a su vez, diputados eclesiásticos del Gobierno de Aragón y miembros natos de las Cortes aragonesas. De este Monasterio salieron las reformas de Castilla y Portugal, los más conspicuos directores del reino de Aragón y no pocos Visitadores. Es imposible dar noticia particular de cada uno de los ilustres personajes que tuvo el Monasterio de Piedra, pero de su abaciologio podemos entresacar algunos Prelados notabilísimos.

Célebre fué Dom Miguel de Urrea (1414-1430), que dió el santo hábito al Vble. Martín de Vargas, creador de la preclara Congregación cisterciense de Castilla. Dom Pedro Serrano (1461-1488), varón santísimo y muy docto, consejero de los Reyes Católicos y reformador de los Monasterios de Portugal y Navarra. No menos ilustre fué el último Abad perpetuo Dom García Gil del Portillo (1488-1531), consejero real, visitador de la Orden en España por cartas que le envió el Abad general, Dom Jaime IV; enriqueció y ensanchó el Monasterio y mantuvo la observancia regular. Entre los Abades temporales, debemos mencionar a Dom Antonio Alvaro (1531-1533), que reformó con algunos de sus Monjes el célebre Monasterio de Alcobaça y otras Abadías cistercienses portuguesas. Los PP. Jaime González, Bernardo Lafuente, Tomás Lengo, Martín de Rovella y Sebastián Sánchez, hijos de Piedra, siempre habrán de ser recordados con veneración por la santa obra que les fué confiada de restaurar la orden en Portugal y que llevaron a feliz término.

Dom Sebastián Giménez de Cisneros, primer Abad cuadrienal (1616-1620), uno de los entusiastas fundadores de la Congregación cisterciense aragonesa; también fué ilustre Dom Jerónimo Blanco (1668-1672), Monje virtuoso y sabio que asistió a un Capítulo general de la Orden, en el que fué nombrado por sus cualidades Comisario del Abad general en España; era consejero del Rey Carlos II.

Fué Monje de Piedra aquel célebre hijo de don Fernando, el Católico, conocido por el nombre de don Fernando de Aragón, Arzobispo de Zaragoza desde 1539, y que edificó a sus súbditos con su piedad, celo pastoral y concierto en el vivir. Visitó varias veces, personalmente, su archidiócesis, celebró varios Sínodos y fué un gran constructor de obras públicas; recordemos, en este aspecto, las que aun subsisten en Zaragoza, en el palacio episcopal, en la Seo, el puente Viejo, la Lonja y no pocos edificios religiosos como la Cartuja de Aula-Dei y el Monasterio de Santa Lucía, que es de Monjes cistercienses.

Nunca se olvidó de Piedra a la que ayudó económicamente en no pocas ocasiones y a la que enriqueció con obras monumentales, ornamentos litúrgicos y un magnífico órgano.

Fué algo escritor de historias aragonesas y un buen patriota, muriendo santamente el día 29 de enero de 1575, rodeado de Monjes de Piedra, entre ellos el Abad que era su confesor, acompañándole en aquel mismo trance religiosos de la Cartuja de Aula-Dei.

Fué enterrado en la catedral, en la capilla de San Ber-

nardo, en un suntuoso panteón de alabastro, junto e igual al de su madre.

En lo material, Piedra fué una gran Abadía, con señoríos, posesiones y jurisdicciones sobre muchos lugares, y en sus edificios un museo de arte, con verdaderas preciosidades arqueológicas que allí dejaron, a través de los siglos, la magnífica labor monástica, los reyes, los grandes de la Confederación aragonesa y aun la misma Iglesia. A estas bellezas artísticas, hay que sumar uno de los mayores encantos de aquel Monasterio, sus atractivos naturales.

Intentaremos dar una breve síntesis de ambos. Siéntase el Monasterio en un paraje adornado de maravillas y bellezas naturales sin par, en el que se unen el río Piedra y lo accidentado del terreno, con una vegetación exuberante y variadísima que raramente se olvidan. Aquellas cascadas que se precipitan a profundidades sin fin, como la Cola de Caballo y la de Diana ; aquella lluvia de piedras preciosas que es la Iris, así llamada por los efectos de infinitos colores que produce el agua pulverizada herida por el sol poniente ; las dos de los Fresnos, alta y baja, por las que corre el agua atropelladamente, azotando los troncos de centenarios árboles ; aquel pequeño valle apodado el Vergel, hermosa pradera surcada de caminitos y múltiples arroyuelos sombreados por altísimos plátanos ; el torrente de los Mirlos, la gruta Carmela, la del Artista y la de la Bacante, ricas de efectos lumínicos y caprichosos juegos y combinaciones de estalactitas y estalacmitas, son espectáculos de la naturaleza que

dejan huella imborrable en quien ha contemplado una vez aquel rincón encantado.

Bello estuche que guardaba la preciosa joya cisterciense, el Monasterio. Este se halla rodeado de una muralla que guarda restos, sobre todo en la torre del homenaje, del romano Castrum de Petra.

En el interior del Cenobio se adivinan las huellas, gustos y evoluciones de todas las épocas y artes que alcanzan desde el estilo cisterciense del siglo XII — transición del románico al gótico — hasta los neoclasicismos más o menos felices del siglo XVIII, tratado todo eso, siempre, con dignidad y sobriedad monástica que recuerdan las tradiciones constructivas de la casa madre, Poblet. Queda muy poco de lo construído en aquel remoto siglo que vió nacer al Monasterio ; unas probables bodegas, restos de un claustro, algún arco, ventanales y nada más.

Lo gótico tiene representaciones espléndidas : el comedor, de bóveda y crucería ojival que apoya sus cinco pesados arcos sobre diez capiteles o ménsulas — cinco por lado — de complicada escultura, es de proporciones extraordinarias, veinticuatro metros de largo y ocho de anchura ; el púlpito ha desaparecido y hay en el testero doble ventana y rosetón. Es notable la puerta renacentista que da ingreso a esta noble pieza.

A la Sala Capitular se entra por una puerta románica flanqueada por dos lindos ventanales también románicos, todo ello de tradición y reminiscencias pobletanas. El interior es ojival, con recuerdos románicos y tiene la misma distribución

que en la Abadía madre : el plan es igualmente el mismo, aun que más reducido ; los nueve compartimentos de la bóveda descansan sobre cuatro haces de columnas cuyos capiteles tienen finas labores vegetales.

Del sudeste del claustro gótico y a través de una puerta blasonada, se pasa al claustro renacentista que el empuje constructor de los Abades del siglo XVI levantó, modernizando con ello la Casa. Hay claustro superior que tiene inmensos corredores con celdas desahogadísimas que reciben luz, tamizada al atravesar claraboyas de alabastro. Formidable por su grandiosidad es la escalera principal, que comunica esta obra moderna con el resto del Cenobio ; es de una belleza tal que una vez vista jamás se olvida : la bóveda de esta escalinata es de cinco cuerpos y su hermosa y complicada combinación de aristas absorbe la atención y curiosidad de cuantos la ven y aman lo bello.

No menos hermosa y señorial es la sala que se supone fué biblioteca, con sus pinturas de Santos de la Orden y su cúpula de decorada crucería que fué acabada en 1584.

El más destrozado y maltrecho de los edificios es sin duda el Templo mayor, cuya bóveda central, hundida en parte, nos muestra que su traza y época fué gótica, con recuerdos románicos y reminiscencias pobletanas, aunque un mal retoque posterior intentó darle apariencias barrocas. Es notabilísimo el ábside, con sus cinco capillas en el interior. Tiene la iglesia, o mejor tuvo, tres naves las que hoy apenas se sostienen. Con todo, lo que más impresiona es siempre el ábside que es lo mejor de aquella fábrica : es un polígono

de cinco caras, con ventanales románicos en cada una de ellas, adornados con elementos mudéjares y un rosetón, hoy tapiado, que tiene preciosas molduras. El exterior de este magnífico ábside también es digno de ser contemplado por su traza, bellas proporciones y elegantes líneas.

La fachada, muy arruinada, tiene malas estatuas y peor arquitectura ; el campanario de esta iglesia es de muy escaso valor.

Del tesoro de este templo se conserva un espléndido tríptico-relicario del siglo XIV que está en la Real Academia de la Historia, y una hermosa Biblia, que es de la segunda mitad del siglo XIII, procedente del «Scriptorium» del Monasterio, escrita sobre vitela muy fina, iluminada y adornada de bellísimas miniaturas : se guarda actualmente en la Biblioteca de la casa madre.

He aquí lo que fué la filial y primogénita de Poblet, la Real Abadía de Santa María de Piedra.

BENIFAZÁ

En el centro de la antigua Tenencia de Castellón de la Plana, que comprendía los pueblos de Castell de Cabres, Frades, Bel, Ballester, Bojar, Corachá y Pueblo de Benifassar, existen las ruinas del famoso Monasterio de Santa María de Benifazá, fundación filial del Monasterio de Poblet, hecha en 1233 en las tierras que fueron de Guillermo de Cervera y que éste cedió al Monasterio cuando profesó en 1229.

La fundación de esta Abadía fué obra de Poblet y no de

los reyes : es fruto sazonado del empuje expansivo de nuestra Abadía que quiso otro Monasterio en las tierras que don Pedro, el Católico, cedió en 1209 a don Guillermo de Cervera, que se había distinguido en la conquista de las mismas. Este, cambiando el rumbo de su vida, abandonó sus señoríos y entró novicio en Poblet en 1229, cediendo sus bienes a nuestro Monasterio, según reza el testamento que otorgó al profesar y que ratificó don Jaime I en Lérida el día 14 de junio de 1229.

Al tratarse de esta fundación, surgieron dificultades por parte del Obispo y Cabildo de Tortosa, que se oponían a la misma y el Abad y Monjes de nuestra Abadía que la deseaban ; llegóse a una concordia por la que, si Poblet quisiese fundar un Monasterio en el distrito de aquellos lugares, lo pudiese hacer libremente, sin que aquellas autoridades eclesiásticas se lo embarazasen. Esta concordia se hizo a 13 de agosto de 1233 y luego a 17 del mismo mes y año, hallándose don Jaime en la ciudad de Lérida, pidióle el Monje Fr. Guillermo de Cervera ratificase la absoluta donación de Benifazá al Monasterio de Poblet, como en efecto lo hizo, porque era muy grande la amistad que unía al rey con el antiguo guerrero, hombre de Estado y entonces Monje de Poblet. Y, estando el rey en la ciudad de Tortosa, concedió a 22 de noviembre del mismo año 1233 Privilegio real para que se llevase a cabo la fundación de la nueva Abadía. Todo lo cual pudo leer el P. Finestres, al escribir su historia de Poblet y comprobaron los autores de la «España Sagrada» y el infatigable P. Villanueva en sus «Viajes», en auténticos documentos ori-

ginales guardados en el ordenadísimo archivo de Benifazá.

Citemos sólo fragmentariamente algo de este documento del rey Conquistador que, a usanza de muchos otros de la época, al exponer las razones que hacen conveniente y necesaria la fundación, recuerdan textos de la Sagrada Escritura y consideraciones de orden sobrenatural ; dice así : «No es cosa grande, si los que hemos recibido del Señor cosas extraordinarias, del Cual procede todo don óptimo y perfecto, hacen algo bueno en señal de los beneficios recibidos. Por tanto, Nos Jaime, por la Gracia de Dios, rey de Aragón y del reino de Mallorca, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier, siguiendo los vestigios de nuestros Predecesores que construyeron para remedio de sus almas monasterios notabilísimos, atendiendo además a que Nos estamos obligados a lo mismo, ya que cada uno de nosotros cosechará lo que sembrare, por la presente carta valedera, por Nos y por todos nuestros sucesores, damos, concedemos, alabamos y también perfectamente confirmamos a Vosotros, amados nuestros, Dom Vidal, Abad, y Fray Guillermo de Cervera y a todo el Convento de la Casa de Poblet, tanto presente como futuro, el castillo y lugar de Benifazá, y la villa de Magraner, y el castillo de Fredes, y el lugar y toda la tierra de Bojar con sus valles y llanuras y términos, con toda la tierra de Rossell, castillo de Cabres y castillo de Bel con sus términos ; todo lo cual tengáis y poseáis y explotéis perpetuamente, libre y francamente, con tranquilidad de vuestras voluntades y las de los vuestros. Queremos con todo que allí construyáis un Monasterio de la Orden de Císter,

en el cual se sirva al Señor Dios y a la gloriosa Virgen su Madre, bajo cuyo honor y advocación se funde y con asiduas preces y oraciones se le sirva. Queremos además que la Comunidad para dicho Monasterio, sea procedente de vuestro Cenobio y sea aquella Casa del Señor, según costumbre de vuestra Orden, hija de Poblet...»

Hasta aquí la parte dispositiva del real documento.

Conocida la real voluntad, escogió el Abad Dom Vidal los doce Monjes que debían ir a la nueva fundación, eligiendo como primer Abad de la misma a Dom Juan, varón muy santo que ya se hallaba en el mismo año 1233 en el nuevo Monasterio, junto con los fundadores, habitando el castillo de Santa Escolástica, distante del de Benifazá media milla, mientras se edificaba el nuevo Cenobio en el lugar en que hoy yacen sus imponentes y tristes ruinas. Fué acabada la fábrica de la Abadía, por lo menos en las partes imprescindibles para la vida monástica, en 1250, fecha en la que documentalmente debemos fijar la traslación de la Comunidad que residía desde los principios en Santa Escolástica, a la casa definitiva.

Los comienzos fueron muy duros también en esta fundación por carecer de Monasterio, porque las tierras eran muy pobres y las donaciones escasas. Ya hemos anotado que los primeros Monjes hubieron de vivir sin Monasterio durante diecisiete años, debiendo ir todos los días a las obras del de Benifazá; los PP. Finestres, Villanueva y otros escritores todos hablan de aquellas tierras como lugares incultos, misérrimos y estériles, aun en sus tiempos, y en cuanto a sus

donaciones fueron escasas y poco generosas; don Jaime I donó una casa y una viña en Tortosa el año 1236 y en 1246, cuando la tragedia del Obispo de Gerona, hizo otra donación que fué muy importante y dió verdadero realce al nuevo Monasterio.

De entre los Abades que rigieron aquella filial pobletana hay que citar a Dom Juan, calificado por el P. Finestres, «como sujeto de los más insignes en virtud y letras que a la sazón ilustraban el Monasterio de Poblet, como escogido para plantar la religión cisterciense en paraje tan recién conquistado del poder de los enemigos de Cristo». Falleció en opinión de santidad, año 1240.

Su nuevo sucesor, Dom Arnaldo, hubo de tener pleitos con el Obispo de Tortosa y con el castellano de Amposta, a los cuales dió fin con una concordia y sentencia arbitral, que hizo don Pedro de Albalat — gran amigo de Poblet — a 20 de febrero de 1243.

La falta de vocaciones y la muerte prematura de algunos de los Monjes fundadores fueron causa de que, cuando en 1248 desapareció Dom Arnaldo, hubiese de ser elegido por el Abad de Poblet un Monje de la abadía madre y lo fué Dom Guillén de Almenara, gran temperamento monástico. Este, en 1249, logró que don Guillén de Moncada donara a Benifazá la villa de Rafalgari y, en 1250, el día 1 de noviembre, trasplantó la Comunidad al nuevo Monasterio de Benifazá.

Uno de los Abades que más se destacaron durante este tiempo fué Dom Berenguer de Concabella, Monje de Poblet, que obtuvo del rey don Jaime I confirmación de los privile-

gios que hasta entonces se habían concedido al Monasterio y donación de 25 morabatines de oro sobre los réditos del lugar de Benifazá y cien sueldos por la celebración de un aniversario ; y don Pedro, hijo mayor del rey don Jaime, le dió gracia de salvaguarda real en todos los lugares y granjas del Monasterio. Comenzó la iglesia mayor y colocó con gran solemnidad la primera piedra el día de la Asunción de la Virgen del año 1262. Murió en 1283.

Hemos aludido más arriba a una importante donación que hizo el rey don Jaime, en 1246, al Monasterio de Benifazá. Consistió ésta en concluir a sus expensas el edificio entonces en construcción, dando además 200 marcos de plata para la construcción de la iglesia y dotando la nueva fundación con lo suficiente para que pudiese haber cuarenta Monjes. Todo lo cual, al parecer, fué parte de la penitencia que le impuso la Santa Sede por haber cortado la lengua a su confesor, el Obispo de Gerona, por haber revelado, según opinión falsa del rey, secretos de confesión que, según unos, versaban sobre los amores de don Jaime con doña Teresa Gil de Vidaure y, según el P. Villanueva cree posible, que se trataba de una partición que de sus Estados meditaba el rey. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la Abadía de Benifazá, gracias al rasgo generoso de don Jaime, pudo comenzar una vida cisterciense muy desahogada en todos sentidos, permitiendo su crecimiento y esplendor que perduró durante siglos.

Dom Ponce de Copons, que era Monje de Poblet, fué promovido a aquella Abadía de Benifazá por Dom Pedro de Alferic, en 1311. Notemos que Poblet no deja gozar de total

independencia a la nueva filial; más de una vez impone Abades. La amplia autonomía de que gozó Piedra no la tuvo Benifazá hasta que la conquistó, y menos «La Real» de Mallorca. Dom Ponce de Copons, dejó como recuerdo de su gobierno el aula capitular. Marchó a ser Abad de Poblet, en 1316.

Dom Bernardo Pallarés (1316-1347) trabajó, comisionado por el obispado de Valencia y como delegado de don Jaime II, en la fundación de la Orden militar de Montesa, haciéndola completamente cisterciense.

Dom Pedro Saracho (1408-1414) fué capellán de la reina doña María de Luna, esposa de don Martín, el Humano, y durante ochenta y ocho años (1430-1518) ocuparon la Prelacía los tres Monjes parientes Llorens — Dom Bernardo Llorens (1430-1468), Dom Juan Llorens (1468-1485) y Dom Bernardo Llorens (1485-1518) — que dejaron muy buenos recuerdos: adquisición de tierras, como la Torre de la Canova, riquísima posesión de Tortosa; las granjas de la Ceria y de la Vall; la baronía de Cardó y Sellén, con sus dominicaturas; acabaron la iglesia mayor y construyeron un puente sobre el río Ceriá.

De entre los Abades temporales merece citarse Dom Juan Barberá (1554-1579), que mereció ser reelegido por ocho trienios y fué diputado eclesiástico en el reino de Valencia, oficio y honor que sólo obtenía el Obispo.

Dom Juan Bono (1605-1608) hizo concordia en que se estableció que el Abad de Benifazá tenga silla y distribución en el coro de Tortosa.

Erigida en 1617 la Congregación cisterciense aragonesa, perdió Benifazá su personalidad y Poblet los pocos derechos que le quedaban sobre la Abadía filial valenciana.

El Monasterio de Benifazá está en un paraje bravío, en el que confluyen las fronteras de los tres Estados que integraban la Confederación aragonesa — Cataluña, Aragón y Valencia —, rodeado de montañas agrestes y muy altas que cierran del todo la vista y dando al lugar cierto tinte de lobreguez. Un terreno quebrado y montuoso, de escasas riquezas naturales, le rodea y, sin el trabajo de los Monjes, aun serían desiertos y baldíos los términos de Ballestar, Pobla y Fredes, que cultivaron, poblaron y establecieron.

Hoy el edificio es un montón de ruinas, del que sobresalen detalles que son exponente de un pasado esplendoroso. Copiemos al P. Villanueva, que lo vió aún habitado por los Monjes: «La Iglesia se comenzó en 1262 y no se concluyó hasta la segunda mitad del siglo XV; está dedicada a Nuestra Señora, consta de dos naves en forma de cruz a imitación de las de Císter, como lo prescribe el Ritual de esta Orden. La nave principal tiene de longitud 155 palmos valencianos y 41 de latitud; el crucero de 121 palmos. La bóveda sencilla, sostenida sobre columnas góticas y de una elevación proporcionada y grandiosa. El coro ocupa el centro de la iglesia, dejando en el testero de ella un pequeño espacio que sirve como de atrio. La sacristía — estancia graciosa —. Es digna de memoria una estola de que usó San Bernardo. El capítulo es de principios del siglo XIV, pieza pequeña de

treinta y cinco palmos en cuadrado, pero ejecutada con inteligencia y solidez.»

Benifazá tuvo buena biblioteca, con varios códices e incunables que el P. Villanueva cita : entre los primeros, una vida de don Juan II de Aragón, escrita por Lucio Marineo Século y, de entre los segundos, un Misal cisterciense del siglo XV, segunda mitad. Tenía, además, buen archivo, a cuyo frente estaba, cuando escribía Villanueva, el P. Chavalera al que llama «Monje docto, aunque joven y singularmente aficionado al estudio de la Diplomacia».

De entre los escritores que tuvo Benifazá, el tantas veces citado P. Villanueva destaca al Abad Dom Jerónimo Sanz (1532-1554), último de los Abades perpetuos, del cual escribe lo siguiente : «Era natural de Játiva y muy insigne en santidad y literatura. De ésto último dió muestras en los libros que imprimió.»

He aquí lo que fué esta filial de Poblet, la segunda en el orden cronológico y la segunda en importancia.

Las guerras civiles del siglo pasado redujeron a un montón de escombros los venerables y bellos edificios, que construyeron los Monjes durante seis siglos de vida cisterciense.

SANTA MARÍA LA REAL DE MALLORCA

Cuando en 1228 determinó don Jaime I emprender la conquista de Mallorca, comunicó la empresa, entre otros Prelados de Cataluña, al Abad de Poblet, Dom Ramón de Cervera, ofreciéndole, para después de conquistado aquel reino, algún territorio y renta para fundar un Monasterio de la Orden.

Ganada la isla en diciembre de 1229, detúvose en ella el rey hasta octubre de 1230; y, de vuelta en Cataluña, estuvo la octava de Todos los Santos en nuestro Monasterio de Poblet. Y, en tan buena oportunidad, pidió Dom Arnaldo de Gallard, Prelado que regía la Abadía entonces, que hiciese efectiva la promesa hecha a su antecesor Dom Ramón de Cervera. No tardó mucho el monarca en cumplir su palabra, pues, procurando se señalasen algunos censos y tierras en el reino de Mallorca con que se fundase una Abadía cisterciense, autorizó a su primo don Nuño Sanz, conde del Rosellón, a 13 de septiembre de 1232, para aquella empresa, por el siguiente documento:

«Sea manifestado a todos que Nos Jaime I, por la Gracia de Dios Rey de Aragón y de Mallorca, Conde de Barcelona y Urgel y Señor de Montpellier, por esta presente carta valedera perpetuamente por Nos, y nuestros sucesores, damos, concedemos y loamos a Vos nuestro pariente ilustre D. Nuño Sanz que en el lugar que quisiereis podéis dar la porción de vuestra herencia que te-

néis en el reino o isla de Mallorca y señalar lugar donde se construya y se edifique un Monasterio de la Orden del Císter, en que puedan vivir y habitar trece Monjes y trece Hermanos conversos, con la familia que fuese necesario para ellos y para el dicho Monasterio. Y queremos y concedemos por Nos y nuestros sucesores, que el dicho Monasterio y los Monjes y el Convento con todos los bienes que señalareis o les dareis, gocen perpetuamente así de la libertad eclesiástica como de nuestra franqueza. Y mandamos a los Vicarios, Bayles y a todos nuestros oficiales y súbditos, así presentes como venideros, que tengan y guarden esta nuestra donación y concesión y en nada contravengan a ella si confían de nuestra gracia y amistad. Dada en Lérida en los idus de septiembre de 1232. Sig†no de Jaime, por la Gracia de Dios Rey de Aragón y de Mallorca, Conde de Barcelona y de Urgel y Señor de Montpellier. Son testigos de ésta Guillén de Cardona, Guillén de Anglesola, Berenguer de Erill, Ramón Berenguer de Ager, Guillén de Moncada, Pedro Cornel, Rollán Lain, don Valero de Vergua. — Sig+no de Guillén Escribano que de mandamiento del Señor Rey por Guillén Rabassa, su Notario, ha escrito esta carta en el día y años ya dichos.»

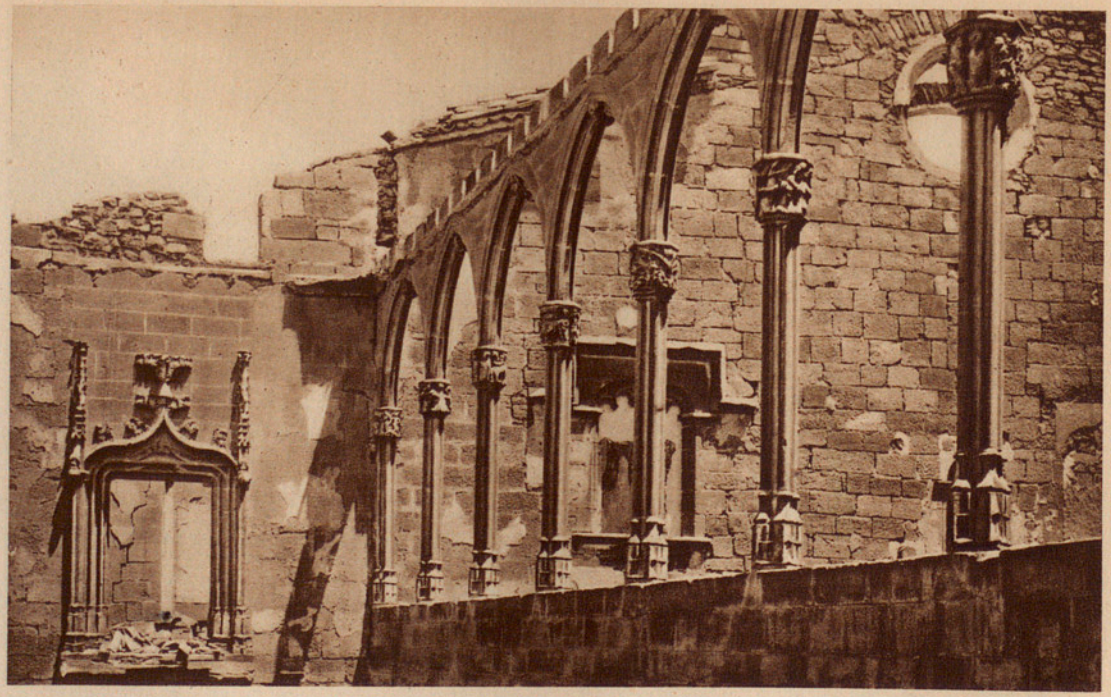
De este documento real se deduce claramente que el verdadero fundador de La Real de Mallorca, fué más bien don Nuño Sanz, primo del rey, que no el monarca: la Comunidad de aquella Abadía así lo creyó siempre y aun hoy existe en aquella Casa un retrato del conde fundador, el cual a pesar de la licencia real antes copiada, dejó transcurrir

seis largos años y nueve meses hasta llevar a la práctica aquella obra. Y, a treinta de junio de 1239, hizo con el Abad de Poblet escritura de fundación y dotación del nuevo Cenobio, según atestiguan los siguientes párrafos de la misma: «En el nombre del Señor, sea a todos manifestado que Nos Nuño Sanz, por la Gracia de Dios Señor del Rosellón, Vallespir, Conflent y Cerdanya por esta presente carta, firmemente y valedera perpetuamente y aconsejado, y a ciencia cierta, libre y espontáneamente, inspirándonos la Divina Providencia, para remisión de nuestros pecados y de nuestros padres ofrecemos a Dios Omnipotente y la Beatísima Virgen María, y a todos ls Santos, concedemos, y alabamos, y por la presente entregamos por Nos y por todos Nuestros sucesores todo el derecho que Nos tenemos, y que debemos tener por cualquiera razón en el lugar que se llama «La Real», que está bastante cerca de la ciudad de Mallorca para construir y edificar nuevamente un Monasterio de la Orden Cisterciense a honra de Dios y de la Beatísima María su Madre, con cierto molino anejo al mismo que se llama de «Rachó». Sigue con un estilo prolijo la fijación de La Real y precisa en favor de quien se hace la donación y «añade a esta donación y para la construcción de dicho Monasterio la alquería de Deyá»... «Y también añadimos y a vosotros antes mencionados y al Monasterio, nuestra villa o alquería de Esporles.» Por su parte, el Abad de Poblet «promete a Dios y a Vos (D. Sancho del Rosellón) que hacemos una Abadía en dicho lugar de La Real y que sea Abadía perpetua y que no buscaremos de Vos otras cosas necesarias en el futuro,

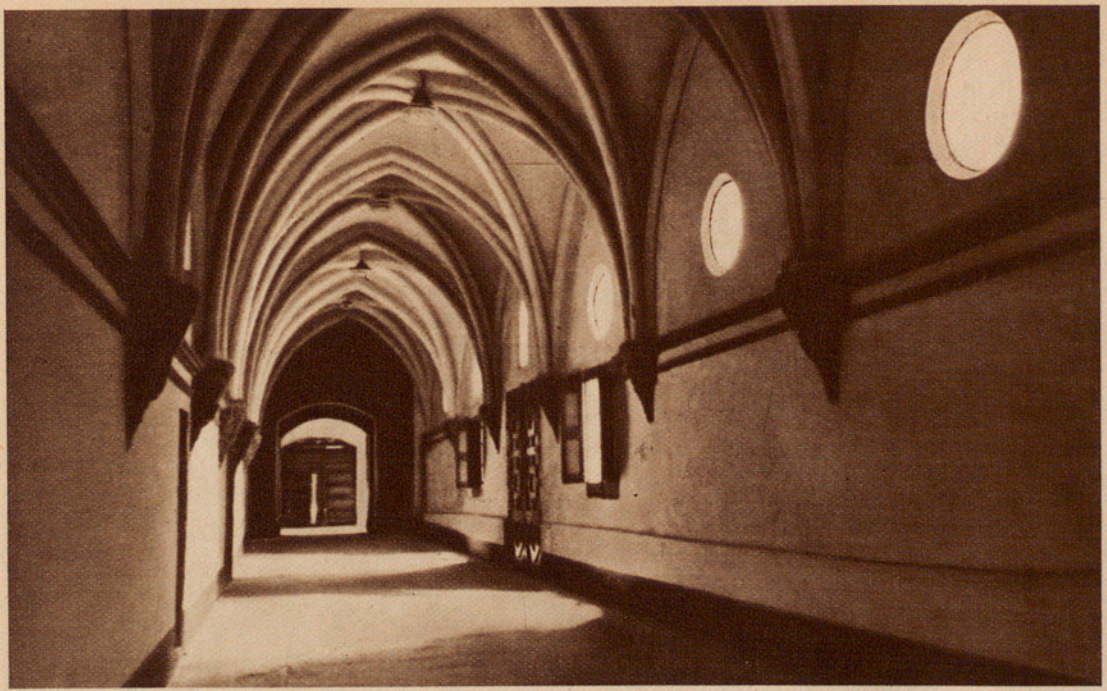
por cualquier conveniencia, a no ser que nos quisiereis hacer bien con ánimo gratuito y espontánea libertad.» Atestiguan este documento unos Frailes Predicadores y Franciscanos y un Fr. Bertrán de Calatrava, entre otros.

Vinieron después los 26 Monjes a poblar la nueva casa, siendo su primer Prelado Dom Arnaldo, cuyo segundo nombre o patronímico se ignora. Parece — según escribe el Padre Finestres — que dejó pocas memorias de sí. Su sucesor Dom Berenguer (1251-1256) obtuvo Privilegio de salvaguardia real de forma que tomó el soberano bajo su protección todas las personas y bienes del Monasterio y prohibió que nadie se atreviese a capturar en las casas y granjas del mismo a hombre alguno, verter sangre o cometer atentados semejantes.

En 1300 fué nombrado Abad Dom Juan, que recibió en donación que le hizo don Jaime II de Mallorca, la granja y lugar de Miramar, con la condición de que en dicha capilla de la Trinidad habitaran dos Monjes que celebraran Misa cotidiana para su alma y las de sus padres, señalando para el sustento de dichos Monjes diez libras anuales de las rentas reales. Además, dicho rey, por un diploma que vió el P. Finestres, concedió que los bienes del Monasterio, que habían pasado a manos de laicos, pudiesen ser otra vez de la Abadía. Todo lo cual prueba el amor que los dinastas mallorquines sentían por La Real, amor que el mismo don Jaime II manifestó al Abad dom Pedro Coll (1309-1340), al que confió, ya antes de serlo, el cargo de Procurador real y sus cuentas, y don Jaime III le confirmó todas las donaciones y privilegios y la posesión de Miramar que La Real debía



Priorato de Santa María de Tallat



Monasterio de Piedra. Claustro. (Foto García-Nieto)

devolver al Real Patrimonio de Mallorca por no poder cumplir las bases establecidas. Con todo y a pesar de aquella confirmación, el Abad remitió al rey las casas y capillas de Miramar con un jardín contiguo.

Durante el siglo XIII y todo el XIV — con algunas intermitencias —, la vida del Monasterio de La Real fué próspera material y espiritualmente, pero en el siglo XV pesa sobre la misma una postración tal que, más que de decadencia, da la sensación de ruina total, pues llega al extremo en la elección de Dom Juan Corones (1463) de sólo asistir a la misma tres vocales. Una de las causas principales que precipitaron a La Real en tan deplorable estado fué la mala administración de muchos de sus Prelados, Monjes de Poblet los más de ellos, que por ser o haber sido limosneros de los reyes de Aragón, o sus Consejeros, o por otros méritos conseguidos, recompensábanlos nuestros monarcas con aquella Abadía, haciendo, muchas veces, presión a los Abades de la casa madre. Como sea que los favorecidos no residían en la Abadía, era ésta la que sufría el menoscabo y consecuencias.

Un restaurador fué Dom Jaime Roig (1475-1485 ?), que había sido limosnero y consejero del rey Juan II, cuya amistad aprovechó para bien de La Real, logrando un diploma por el cual todos los pleitos que pesaban sobre el Monasterio mallorquín — que no eran pocos — fueran remitidos al Tribunal real, para que así pudiesen alcanzar sentencia favorable. Don Fernando, el Católica, concedió, a 23 de febrero de 1480, las décimas de los bienes que por enajenación per-

tenecían al Real Patrimonio, lo cual ayudó económicamente al Cenobio.

Muerto Dom Jaime Sedó (1508-1517), hubo un cisma deplorable dentro del Monasterio, porque, elegido Dom Gaspar Martí por los Monjes del mismo, nombró el Abad Porta a Dom Jaime Pujol, Monje de Poblet, doctor en Teología y catedrático en la Universidad de Salamanca y confesor de las Huelgas de Burgos. Mas Dom Gaspar Martí, patrocinado por el virrey de Mallorca y apoyándose en la elección de sus cohermanos, le resistió. Vino entonces a complicar la situación el Papa León X que dió en encomienda aquella Abadía al Cardenal Julio de Médicis y a 14 de marzo de 1518, a fuerza de armas, tomó posesión en nombre del italiano el caballero mallorquín Dom Gaspar de Villalonga. Dom Jaime Pujol, el Abad impuesto por Poblet, acudió en defensa de su pretendido derecho al rey-emperador Carlos V, el cual logró intimidar al noble mallorquín, que abandonó La Real. Por su parte, Dom Gaspar Martí, que prácticamente gobernaba a los Monjes como Prelado regular, logró de Dom Jaime Pujol una Concordia por la cual éste último le sucedería al morir.

Estos trastornos internos y escándalos externos acabaron en pleno siglo XVI, durante el Abadiato de Dom Juan Ballester (1547-1583), el cual fué elegido por sus cohermanos de La Real y apoyado por el gobierno de la isla que veía con malos ojos la intromisión de Abades extraños, frecuentemente malos administradores y factores del descontentamiento de la Comunidad. Supo el Abad de Poblet, Dom Pedro Boqués, lo de la elección del P. Ballester y nombró

por su cuenta a Dom Onofre Dassio, el cual partió a tomar posesión de la Abadía de La Real, hallándose con que los jurados de Mallorca no le dejaban desembarcar, con lo que le fué forzoso volverse y buscar favor en otra parte : hallólo en el rey don Felipe II, que le nombró Canciller del reino de Mallorca, pero apeló Dom Juan Ballester a Roma, apoyado por el Gobierno insular, siendo confirmado este último en su cargo, prohibiéndose toda apelación del P. Dassio ; fué un golpe tan decisivo para Poblet que por fin resolvióse a dar independencia total en las elecciones de Abades de la casa mallorquina, comenzando desde entonces una era de paz y prosperiad para la misma, siendo sus factores los dos últimos Abades perpetuos, Dom Onofre Pol (1583-1616) y Dom Pedro Mayans (1616-1636), los cuales trabajaron incesantemente por el bien espiritual y material del Monasterio, logrando la recuperación de los bienes que injustamente detentaban algunos nobles, y cultiváronse intensivamente sus posesiones, especialmente la de Deyá. Comenzáronse en este tiempo obras muy importantes que modernizaron aquella casa e hicieron desaparecer la obra medieval en su casi totalidad.

Los Abades cuadrienales fueron en su casi totalidad excelentes temperamentos monásticos que gobernaron la Abadía sabia y santamente, procurando cierto esplendor cultural, que produjo un hombre tan ilustre como sabio lulista Dom Antonio Raimundo Pasqual, autor de las «Vindictæ Lvlianas».

Llamóse, en un principio, este Monasterio «Fons Dei»

— Fuente de Dios —, tal vez porque de allí cerca brota el manantial que surte de agua a la ciudad de Palma. Pero pronto prevaleció el nombre de La Real, porque fué allí donde estaba el cuartel general de don Jaime I y su corte militar durante el asedio y toma de la capital. «La amenidad del lugar — dice el doctor Dameto — donde está edificado el Convento, o por ventura la singular religión de los primeros Monjes, fué causa de que también se llaman «Fons Dei». Está situado el Monasterio en un campo espacioso, fértil y hermoseado de diversos árboles. Dista muy poco de la ciudad, que desde las puertas y ventanas del Monasterio parece como si estuviera a sus pies, descubriéndose el mar tan claro que se distinguen muy bien las naves que lo surcan o guardan.

Queda muy poco del Monasterio antiguo y la reforma que en él hizo el ilustre Gaudí acabó por hacerle perder su vieja fisonomía cisterciense. Queda el claustro, obra mediocre y moderna, y algunas puertas y ventanas de época, junto con muebles y pinturas de escaso valor.

Una fervorosa y reciente Congregación moderna lo habita y ha logrado rehacer en parte la antigua biblioteca y archivo, mientras ha contribuído a conservar en el pueblo mallorquín el recuerdo y tradición bernarda, que implantaron allá en el siglo XIII los Monjes pobletanos en la «Isla dorada».

LOS PRIORATOS

Tuvo Poblet varios prioratos de los que nombraremos los más dignos de ser habidos en consideración, cuales fueron los de San Vicente Mártir, de Valencia, el de Nazaret, de Barcelona, el famoso Santuario del Tallat, y San Pablo, de Manresa, exponentes todos ellos del espíritu de expansión que animaba a la gran Casa pobletana.

San Vicente Mártir, de Valencia

Ganada por el rey don Jaime I la ciudad de Valencia, entró en ella victorioso la víspera de San Miguel, 28 de septiembre de 1238, por la parte de San Vicente y, en muestra de su gratitud al santo mártir, de quien había recibido la conquista, según decía el monarca, colgó para perpetua memoria el estandarte real en el antiguo templo del mártir, y su sucesor don Alfonso III, en 1287, dió aquella iglesia al Abad y Convento de Poblet, a cambio de la villa de Piera, teniendo en cuenta que iban anejas al dicho Priorato de San Vicente las baronías de Quart y Aldaya, las cuales, sitas en la famosa huerta de Valencia, eran el más pingüe florón de la corona señorial pobletana y una de sus bases económicas más seguras, en tanto grado que siempre tuvo la casa madre gran cuidado de que no se erigiese en Abadía, ni en Priorato independiente.

El Monasterio cuidó mucho de este Priorato, enviando siempre sus mejores Monjes que lo administraban sabia-

mente y representaban con dignidad al Abad en las Cortes y gobierno de los Estados valencianos. Destacamos el hecho de que muchos de nuestros Abades habían sido antes Priores de San Vicente y, aunque varias veces intentaron independizarse y erigirse en Abadía, siempre pudo ser conservada para Poblet, a pesar de que en la donación decía el rey Alfonso : «Damos en su recompensa el dicho Priorato de San Vicente, donde podrá crecer y aun echar renuevos la planta reciente bajo del estado regular de la Orden cisterciense que tiernamente amamos.»

Está situado el Priorato — hoy sólo iglesia de San Vicente — en las afueras de la capital valenciana, en lo que fué arrabal de la Boatella y, por haber sido construído sobre una roca, se le dió el nombre de San Vicente de la Roqueta. El Priorato ha desaparecido y la iglesia hubo de ser reedificada varias veces, inclusive en 1814, y modernamente el ensanche de la ciudad ha hecho sufrir transformaciones esenciales al histórico monumento.

El Priorato de San Vicente mantuvo un hospital para pobres hasta 1512, fecha en la que todos los hospitales particulares se fundieron en el general. Tal vez puede relacionarse con la existencia de este hospital la creación de la Hermandad de San Vicente, creada por Pedro IV, el día 28 de marzo de 1384, y que tenía por fin impetrar la caridad pública. Además nuestros Monjes de San Vicente cuidaron de las almas de los feligreses que les fueron confiadas.

Nuestra Señora de Nazaret

Doña Sibilia de Saga, dama riquísima y noble de Barcelona, adquirió unas casas (entonces en las afueras de la ciudad), llamadas «Mas d'En Moneder» y las donó al Monasterio de Poblet, durante el abadiato de Dom Pedro de Alferic (1302-1311), para que en ellas se fundase un Priorato, donde algunos Monjes rogasen para su alma, las de sus hijos y por don Jaime II. El Abad tomó posesión de aquellos edificios en 1311 y fundó el Priorato, bajo la advocación de Santa María de Nazaret.

Poblet fué añadiendo al Monasterio otras rentas en censos y tierras, hasta la creación de una base económica suficiente para lograr una Comunidad algo crecida en la que se vivía una ejemplar vida monástica. Por su parte, los reyes hicieron extensivos a Nazaret todos los privilegios concedidos a la Casa madre, mientras algunos Soberanos Pontífices lo enriquecían con gracias espirituales. También este Priorato quedó sujeto en todo al Monasterio de Poblet y al gobierno de sus Abades, aunque de vez en cuando hubo tentativas de secesión, pero siempre lograron nuestros Abades conservarlo. Una de ellas, tal vez la más importante, ocurrió entre los años 1420-1421, que sólo el poder de Roma pudo cortar.

En 1442, Dom Lorenzo Massa, Obispo de Girgenti y Monje de Poblet, acordóse en la hora de su muerte de que en su juventud había sido Prior de Nazaret y en su testa-

mento legó algunos bienes para el engrandecimiento de la casa y erección de una capilla en honor de San Lorenzo, quedando con todo ello uno de los lugares de devoción notables por la concurrencia de fieles.

En 1660, pasó, por imposición de don Felipe IV, a ser propiedad de las Monjas de Valldoncella, porque su Monasterio quedó casi destruído durante la guerra de los Segadores, aunque se indemnizó a Poblet por ello, obligándose las Monjas de Valldoncella a levantar una casa para el Superior-residente de Barcelona y se le confirmaron los viejos privilegios. Prácticamente el Priorato de Nazaret fué, desde entonces, una pequeña residencia o casa-procura para tratar negocios con las autoridades del Principado.

Santa María del Tallat

El Santuario del Tallat ha sido durante varios siglos uno de los lugares de devoción mariana más importantes de Cataluña, por los muchos y extraordinarios milagros que Nuestra Señora ha obrado en él, por las gracias sobrenaturales concedidas a los innumerables romeros que de todo el Principado acudían en auténticas peregrinaciones y hasta por el soberbio paisaje y bella situación del Santuario-Priorato. Porque éste se sienta en una cumbre de las últimas estribaciones del imponente macizo que constituye la Segarra.

Hoy, solitario caserón en ruinas, lleno de malezas y fúnebre silencio, sigue dominando las tierras de Cataluña, cual señor desde su castillo. Al norte ve las eternas nieves del

legendario Pirineo y las altivas pendientes del Montsec, a cuyos pies comienza la inmensa llanura de Urgel, alfombra de verdor en verano y tul de nieblas en los días austeros de invierno.

Al mediodía la corriente del Francolí le señala la Conca de Barberá, jardín de viñedos y pinares, de pueblos y castillos, de ermitas y monasterios que enseña por sus dos puertas de Cabra y Lilla el feroz campo de Tarragona y en el horizonte el incomparable azul de nuestro mar. Bien pudo cantar el pueblo fiel :

Mare de Déu del Tallat
que alta Vos n'heu pujada
a la vista de l'Urgell,
de la Conca i la Segarra.

En 1475 un pastor del señor de Solivella, don Ramón Berenguer de Llorach, vió una noche, a la hora del encierro, tres hermosas luces hacia los altos de Montesquiu, poblado hoy desaparecido ; atraído al lugar en que parecían reposar, encontró una piadosa imagen de María Santísima, la que se llevó para enseñarla a su señor, pero, al intentar sacarla de su zurrón, notó que había desaparecido. Repitióse el mismo prodigio en pobres labriegos de aquellos lugares, hasta que don Berenguer de Llorach le dedicó una humilde y devota capilla que dotó modestamente para que pudiera ser su custodio un Monje de Poblet, pidiendo a nuestro Abad Dom Miguel Delgado, que entonces regía los destinos del Monasterio, que accediese a aquella petición. Atendióla el Abad y

destinó un Monje sacerdote que llevó desde entonces el título de «Sacristán de la Virgen del Tallat».

Conoció estos prodigios el rey don Juan II de Aragón, el cual concedió favores al nuevo Santuario y extendió un privilegio real, autorizando al Monje sacristán de Santa María del Tallat para que pudiese pedir limosna para su Virgen por todos los lugares y dominios de la corona; y el rey Fernando, el Católico, que sucedió a su padre en 1479, mandó a don Berenguer de Llorach construir una capilla y casa, que en lo humanamente factible fuese digna de la Madre de Dios, con lo cual los dos primeros edificios — casa y capilla — mejoraron notablemente, más no tanto como deseaba el rey, porque habiendo visto aquellos edificios le disgustaron por su pobreza artística y estrechez. Murió en esto don Berenguer de Llorach y quiso el monarca que fuese Poblet señor absoluto de aquella santa casa y capilla por donación que firmó don Fernando, el Católico, en Valladolid el día 20 de abril de 1509, gobernando la Abadía Dom Domingo Porta. Edificóse el magnífico Priorato y hospedería y la iglesia o santuario de la Virgen, mudándose lo que era residencia en uno de los mejores Prioratos fundados por Poblet.

La Santa Imagen fué centro desde entonces del entusiasta amor mariano de toda Cataluña, especialmente de los pueblos de la Segarra, Conca de Barberá, Urgel y Campo de Tarragona, entusiasmo que crecía cada vez que el Señor manifestaba su misericordia por milagros ruidosos, no pocos documentalmente constatados y otros relatados por la musa

popular, muy abundante y típica. De esta devoción popular quedan en nuestro archivo documentos preciosísimos que registran donaciones en agradecimiento de milagros obtenidos, relatos de peregrinaciones de los pueblos vecinos que venían a pedir gracias a la Virgen, romerías presididas por las autoridades; todos los estamentos sociales desfilan ante el Santuario del Tallat, fundando misas, haciendo ricos presentes a la Santa Imagen que llegó a tener un tesoro de vestidos, coronas, cetros y otras riquísimas prendas ofrecidas por los agradecidos; allí, en el templo santo, pendían bajeles de plata, lámparas de lo mismo, cruces procesionales valiosísimas y ornamentos litúrgicos sembrados de oro y pedrería. Todo esto se deduce de la lectura de varios inventarios que, hechos por los Priores del Tallat, obran hoy en el archivo de Poblet.

Los pueblos que acudían en peregrinaciones fijas eran: Blancafort y Solivella, el lunes de Pascua florida; el martes de Pascua, Omells de Nagaya, Belianes y Espluga Calva; el día de San Jorge, Rocallaura y Vallbona de les Monges; el 10 de agosto, Llorens; el primero de marzo, San Martí de Maldá; el 2 de septiembre, Anglesola, y durante el mes de marzo, Vallfogona de Riucorps, Ametlla, Albió, y se distinguieron por su devoción, entusiasmo y constancia los habitantes de Liñola y la ciudad de Lérida. Muchas de estas peregrinaciones eran de penitencia — hacíase ordinariamente el viaje a pie descalzo — costumbre que aun hoy conserva el pueblo de San Martí de Maldá. De esta procesión de San Martí, se lee en una memoria, que traducimos del idioma

catalán en que fué escrita : «Al llegar la procesión a la cruz del Tallat, comiénzase a cantar la Letanía lauretana, los seglares se descalzan y así suben la cuesta y el Prior del Tallat sale a recibir la procesión con el Lignum Crucis, ante la capillita vieja y se incorpora a ella. Al entrar en la iglesia del Tallat, se canta el «Regina Coeli». Luego se celebra una Misa rezada para la Universidad de San Martí.»

El Tallat, monásticamente, fué siempre una Comunidad ejemplar en todo, dedicada a custodiar el Santuario y a cantar las glorias de la Virgen.

Fué el primer Prior Dom Pedro de Vius (1510-1520), y el último Dom Esteban Granell (1822 hasta la destrucción).

Este Priorato tuvo también una hermosa tradición agrícola a la que dieron base las tierras donadas por el Rey Católico. Inmensos rebaños hallaban pastos abundantes en aquellas tierras fertilizadas por la oración y trabajo de los Monjes, y los campos de trigo y ricos viñedos eran una gran ayuda para la Abadía madre.

En lo material, el Santuario y edificios adyacentes eran bellísimos ejemplares de estilo gótico, destacándose el mirífico claustro y ventanales, que daban al exterior. Huelga toda descripción de aquellas joyas, porque perfectamente conservadas, han sido trasladadas al castillo de Santa Florentina.

Abandonado cuando la algarada liberal de 1822, fué su tesoro litúrgico trasladado en gran parte a Poblet, la Venerable Imagen a Rocallaura y el altar mayor a Blancafort. Después de 1835, quedó, solo, a merced de todos el célebre

Santuario de Santa María del Tallat, hasta que fué despojado de su patrimonio artístico para edificar señoriales mansiones.

San Pablo de Manresa

La guerra civil de Cataluña, durante los últimos años del rey don Juan II de Aragón, trajo para Poblet, entre otros males, la destrucción del Monasterio de Valldaura, cuya finalidad, fundación, vida y evolución monástica nos es hasta hoy muy poco conocida, por carecer de su archivo.

Como oficialmente Poblet hizo cuanto pudo para el triunfo de don Juan II, éste, a petición de nuestros Monjes, donó el Convento de San Pablo de Manresa, a 20 de octubre de 1472. Fué primer administrador Fray Juan Quello.

Este Monasterio fué fundado el año 1300 como hospital, administrado por seglares consagrados al servicio de Dios y del prójimo, que hacían vida de Comunidad en él. Siempre llevó vida muy precaria, que hizo fracasar a todas las Comunidades que quisieron poseerlo y administrarlo. Al principio, tal vez desde 1308, época en que fué construída la iglesia, la casa-hospital estuvo bajo la custodia de una piadosa persona que recibía un modestísimo sueldo del Concejo de la ciudad. Durante aquella época, el custodio es llamado comúnmente «Ermitaño» o «Deodato».

Esta casa-hospital vino a ser de Poblet por dos cartas de don Juan II dirigidas a nuestro Monje Fray Juan de Ossó, de 28 de septiembre y 20 de octubre de 1472. Estas cartas,

hoy desaparecidas, las conocemos por citarlas varias autores que han tratado de las cosas de Poblet.

La Comunidad que residía en el Priorato tenía como finalidad de su existencia, además de la vida litúrgica — que es la propia de toda entidad monástica — la cura de almas. Un documento que los Concellers de Manresa dirigieron a nuestro Abad Dom Simón Trilla, a 16 de enero de 1616, después de lamentarse del estado ruinoso del Priorato, expone lo siguiente: «De dende se sigue que no pudiéndose habitar la casa hemos quedado defraudados los habitantes de la misma del fruto que los Padres que habitan en ella han hecho en provecho de las almas, lo cual ha de ser de notable sentimiento, porque siempre los señores Abades de Poblet y ahora V. R., se han honrado mandando aquí personas de mucha virtud y letras que, con su buen ejemplo y doctrina, así en sus confesionarios como en el púlpito, han dado doctrina, luz y buenas obras a este pueblo.» En momentos difíciles para la cristiana ciudad de Manresa, fué nuestro Priorato lugar de romerías, porque la Virgen del Alba y San Pablo eran abogados contra la peste. La romería que se hacía el día de la Conversión de San Pablo, 25 de enero, en forma de «Aplec», quedó como de costumbre popular, con bello sabor folklórico.

El título de Prior fué desgraciadamente alguna que otra vez título honorífico que se daba a algún Monje prestigioso de Poblet, mientras humildes y santos procuradores suyos cumplían con la vida monástica del Priorato y finalidad de la fundación.

En 1478, era Prior de San Pablo-Valldaura el Monje Dom Luis Çabadies, el cual nombró procurador suyo, el día 8 de junio del mismo año, a Dom Juan Saragossa, y en 1484, Dom Juan Vinyoles tiene como procurador a Guillermo Ferrer, que no es Monje de Poblet sino Canónigo de la Seo de Manresa. Entre 1512-1520, Poblet se preocupa del Priorato, eran los tiempos del gran Abad Porta y se nombra al Padre Dom Pedro Teixidor, un santo Monje, Prior de San Pablo. Siguen unos años que hoy nos quedan en una cierta obscuridad por carecer de documentación. Joaquín Serret y Arbós ha escrito en su obra «Història religiosa de Manresa. Iglésies i Convents. Monuments històrics», vol. IV. Manresa, 1924: «Las historias publicadas y los escritos referentes a la vida de San Ignacio en Manresa dicen que el Prior de San Pablo, entonces era Fray Alfonso Aguerreta de Aragón, el cual recibía y servía de maestro a Ignacio, venerándolo por sus virtudes, abnegación y amor hacia los pobres de la ciudad.»

El Priorato decayó. Poblet, luchando contra la obra congregacionista durante el primer tercio del siglo XVII y asolado materialmente por la guerra de los Segadores, no pudo cuidarse de aquella veneranda casa. Este estado lamentable se prolonga durante el siglo XVII hasta que, en 1700, el Abad Tresánchez vende aquel histórico Priorato a los Padres Jesuítas, quienes lo adquirieron pensando en los recuerdos que conservaba de su Santo Fundador.

En 1767, por la Pragmática de 27 de febrero, fué expulsada la Compañía de Jesús, pasando desde entonces el edificio a manos de particulares.

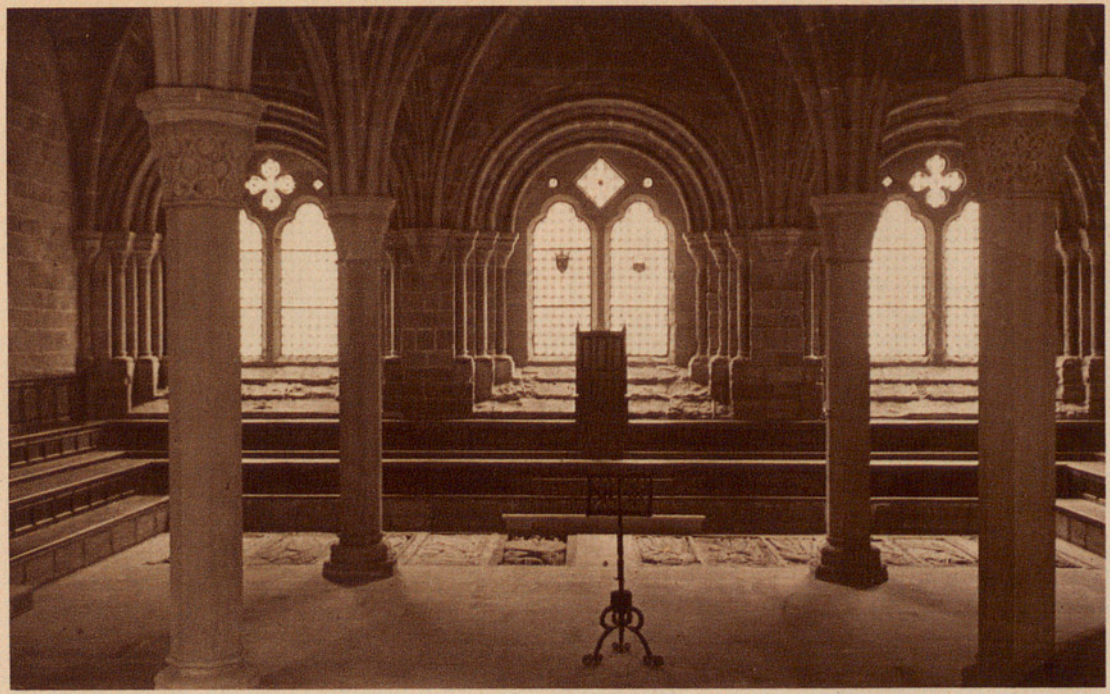
Poco queda, casi nada, de las edificaciones que, más o menos monumentales, levantaron nuestros Monjes a través de los siglos.

Merece atención la bella iglesia gótica, obra del siglo XIV, de pequeñas dimensiones, dedicada a la Virgen del Alba y al gran penitente San Pablo, el ermitaño.



Monasterio de Piedra. Sala Capitular. Siglo XIII.

(Foto García-Nieto)



Sala Capitular (restaurada en 1946 por la Hermandad). (Foto A. Balcells)

LA CULTURA

Los Padres de la Orden hicieron estimación de los estudios, porque pretendían, al fundarla, crear una arma puesta al servicio de la Iglesia, que debía ser eficaz en todos sentidos. Se ha escrito, incluso se han suscitado polémicas violentas, sobre la prohibición de los estudios en el Císter, cuando en realidad puede afirmarse, históricamente, que la Orden cisterciense siempre ha hecho gran aprecio de los estudios eclesiásticos. Ciertamente que se puso en vigor el trabajo manual sobre todo el de roturar y cultivar campos, pero no fueron olvidados, ni mucho menos, los trabajos intelectuales y así sabemos que las Comunidades del nuevo Instituto pusieron en uso el trabajo de los antiguos Monjes que consistía en copiar libros.

Porque es cierto — según afirma Mabillon en sus «Estudios monásticos» — «que en todos los Monasterios de la Orden, desde sus principios, ese ejercicio fué muy común y se practicó con gran perfección. Léase lo que Nicolás de Claraval, secretario de San Bernardo, dejó escrito en la carta 25, donde describe el gabinete o celda, que él llama «Scriptorium», donde el Santo copiaba libros. Esta celda estaba a un lado de la librería de Claraval, en la cual había toda suerte de libros que los Monjes leían con gran

cuidado, no para hacer ostentación de una ciencia vana, sino para excitarse a la virtud y a la compunción. Aun se ven en el Císter muchas de estas celdillas — sigue escribiendo el mismo autor — en que los copiadores y encuadernadores de libros trabajaban : y el grande número de libros que se conservan en los más célebres Monasterios de esta Congregación en Francia, como el Cisterciense, Claravalense, Poncianense, Longopontense y Valuciense son buenos testigos de lo que aquí decimos.»

Puédese aún aducir la estimación que tuvieron los primeros Padres de la Orden a las Sagradas Letras por lo que hizo San Esteban Harding, tercer Abad general, en la primera década del siglo XII, cerca del año 1109, o sea diez años después de la fundación del primer Monasterio ; esto es, el cuidado que puso en corregir la Biblia, cuyo original se conservó en Cîteaux hasta la revolución francesa, coleccionando muchos manuscritos, consultando a sabios de su tiempo y reuniendo judíos hábiles para corregir lo que pertenecía al antiguo Testamento.

San Bernardo mismo, en varios pasajes de sus obras, se declara en favor de los estudios monásticos, sobre todo en los sermones 36 y 37 sobre el «Cantar de los Cantares», y en todas sus obras resplandece un profundo conocimiento de las letras eclesiásticas que supone ciertamente un don del cielo, pero no menos que un intenso trabajo intelectual.

El Abad Gilberto, formado monásticamente por San Bernardo, en la continuación que hizo de sus sermones sobre los «Cánticos», se declara en muchas partes en favor de la

ciencia y condena la ignorancia sobre todo en los Prelados y este mismo autor aprueba también el trabajo de los que escriben libros, aun que por otra parte aprueba la prohibición de que no se componga cosa alguna, ni se publique, sin permiso de los superiores.

En 1127, se permitió al príncipe Otón, Monje de la Orden, ir a la Universidad de París a estudiar, no solamente las letras humanas, sino también la filosofía y la teología, y aprovechó tanto que, por su saber, fué hecho Obispo de Frisingen. Conocida es, además, la fundación de los Colegios de París, de Tolosa y otros que después se fundaron para recibir en ellos a Monjes de la Orden que iban a estudiar a las Universidades y, aun que es cierto que el de París costó algunas contradicciones, también lo es que las autoridades supremas de la Orden aprobaron y loaron aquella magna obra. Los estudios, pues, en la Orden cisterciense fueron apreciados desde la fundación de la misma y todo Monasterio que ha querido ser modelo se ha dedicado con intensidad a los trabajos intelectuales. Así, vemos que todas nuestras Abadías, después de consagrar a sus Monjes a la propia santificación, los dedican al estudio, alcanzando nuestros antepasados un nivel tan alto de cultura eclesiástica que fueron aptos para ocupar los más elevados puestos de la Orden, de la Iglesia y del Estado.

Poblet, ya en sus comienzos y fiel a esas directrices, consagra gran parte de sus actividades a la vida cultural abarcando todas las ramas del humano saber. Así, siguiendo la tradición de las grandes Abadías benedictinas, tiene su

«Scriptorium» en el que Monjes pacientes copian libros de la antigüedad, tienen un archivo abundantísimo y una biblioteca riquísima en aquellos tiempos, en los que un libro era un verdadero tesoro. De nuestra Abadía salen Monjes que, no sólo por su virtud, sino también por su saber, ocupan Sedes episcopales, cátedras honrosísimas en Universidades famosas, puestos importantes en los Consejos de la Corona de Aragón y son al mismo tiempo conductores del humano saber a través de todos los siglos. Multitud de Monjes nuestros estuvieron adornados con los grados académicos y ocuparon cátedras de Filosofía, Derecho, Teología y toda suerte de ciencias en París, en Lérida, en Tolosa, en Cervera, en Salamanca y en la célebre Universidad de Alcalá. De éstos, no pocos fueron escritores cuyas obras, si bien no siempre vieron la luz pública, no por ello serían menos apreciables de haberse conservado.

El vandalismo del año 1835 aventó la casi totalidad de nuestros manuscritos originales y, por tanto, forzosamente debe ser muy limitada e incompleta la relación de éstos últimos, mientras una indagación concienzuda, larga y paciente, que aun es posible, no logre descubrimientos que, sin ser definitivos, sean más consoladores.

SCRIPTORIUM

Poblet tuvo desde sus principios indudablemente un «Scriptorium», útil por lo menos para la transcripción de documentos oficiales, libros de Coro y códices para el Armarium o Biblioteca que en el Claustro de todos nuestros Monasterios había. Pero la existencia de códices de los siglos medios y varias cartas de los reyes de Aragón, dirigidas a nuestros Abades, prueban la existencia de una escuela de copistas notables y de exquisitos miniaturistas. El códice más antiguo que ha llegado hasta nosotros es una copia de la Crónica del rey Jaime, hecha por el Monje Destorrents en tiempos del Abad Dom Poncio de Copons (1316-1348). Esta copia la mandó hacer Pedro IV, el monarca culto, que sintió un verdadero orgullo y entusiasta amor a la dinastía de la que era jefe y representante. En 1243, escribía a Dom Ponce que «le enviase la historia del Santo Rey Jaime que en el Monasterio había hecho copiar». Hoy este precioso manuscrito se guarda en la biblioteca de la Universidad de Barcelona. Es notable por la hermosura caligráfica y por las miniaturas que le adornan, exponente magnífico de una escuela de artistas muy aventajados. Recordemos el convite en que se sugirió la conquista de la Isla encantada, miniatura muy vulgarizada, pero siempre nueva, que es una de las páginas bellas de aquel famoso códice.

La documentación real, que sigue pidiendo favores a nuestro «Scriptorium», es abundante hasta el compromiso de

Caspe o quizás, hablando con más propiedad, hasta la muerte de don Martín, el Humano, debiendo consignar el hecho de que la labor de nuestros copistas y miniaturistas nos es más conocida por los documentos reales y por los libros que encargaba la familia real que no por las obras hechas para el uso del Cenobio, pues son rarísimas las conservadas. Con todo, si el Monasterio no hubiera tenido una buena escuela, perfecta en sus procedimientos y magistral en sus ejecuciones, indudablemente no hubieran acudido a nuestra Casa en busca de libros para su uso los reyes de Aragón. La ya citada Crónica del rey Jaime y la famosa Biblia llamada de Poblet, obra de Monjes nuestros que residían en la filial de Piedra, ponen a gran altura las cualidades eminentes de nuestros copistas y miniaturistas.

En 1437, desde Valencia, pide don Pedro IV al mismo Abad Dom Ponce de Copons que se le copien los libros que necesita para la capilla real : un Epistolario y un Evangeliario. Si debiéramos juzgar de la belleza de estos dos libros litúrgicos — hoy desaparecidos — por lo que es la Crónica del rey Jaime antes mencionada, forzosamente deberíamos ponderarla extraordinariamente. Nuestros copistas estaban ocupados con frecuencia en copiar libros litúrgicos para la familia real. En 1398, el rey don Martín pide al Abad Ferrer (1393-1409) que le hagan un Breviario romano y, en 1408, encarga un Leccionario cisterciense. En otras ocasiones, es otra suerte de libros la que se encarga a nuestro «Scriptorium». Así, Pedro IV, en 1391, ordena que el Pablo Orosio de su biblioteca, escrito sobre papel, sea de nuevo copiado

en pergamino, para asegurar su conservación ; el mismo rey compra y manda a Poblet las preciadas membranas y el rey don Martín, el Humano, pregunta, en una carta que dirigió desde Tarragona a 27 de febrero de 1398, por qué causa aun no está terminado el libro «De civitate Dei» de San Agustín.

Hoy sólo conocemos, además de la citada Crónica del rey don Jaime, tres códices pobletanos salidos de nuestro «Scriptorium». El cartulario mayor que se conserva en el Archivo histórico-nacional, de Madrid, el cartulario menor y «Les funeralies dels Reis d'Aragó», del Monje, maestro en teología, Dom Miguel Longares, felizmente conservado en nuestro archivo. El primero, o sea el cartulario mayor, de proporciones extraordinarias — 510 × 355 milímetros —, es del siglo XIII. Tiene diez hojas no numeradas y 218 folios que lo están en árabe, más tres hojas en blanco al final, que están sin numerar. Está escrito sobre pergamino a dos columnas, el tipo de letra es gótico, muy hermosa y clara. El cartulario menor que se ha conservado en Tarragona es un volumen de 285 × 200 milímetros, con cubiertas de madera y lomo de piel. La foliación antigua va de la hoja 27 a la 232. Está escrito a toda página y en hermoso pergamino, debiendo fijarse su fecha, por el tipo de letra, en las postrimerías del siglo XIII. Faltan veintidós documentos que ocupaban las veintiséis primeras páginas que han sido arrancadas ; llegó a contener unos trescientos ochenta documentos.

«Les funeralies dels Reis d'Aragó» es de proporciones más modestas—200 × 140 milímetros—, consta de dieciocho membranas de pergamino sin numerar y las tres finales están

en blanco. La escritura es clara y elegante, pero no tiene la belleza de otros códices pobletanos. La huella de la letra inicial, que delata a los que la han robado, es suficiente para pregonar su hermosura. Véase el colofón : «Fineixen les funeralies dels reis darago fetes e ordenades per hun monge del Monestir de la Verga Maria de Poblet quis diu Mestre Miquel Longares.» La importancia de este códice está, más que en su calidad y forma externas, en su contenido interno, por ser un documento inapreciable que relata con todos los detalles el magnífico ceremonial usado en los enterramientos de nuestros reyes, siguiendo paso a paso la pompa fúnebre desarrollada desde la capilla ardiente en que descansaba el cadáver del rey hasta el momento culminante en que era enterrado en los bellísimos panteones reales de Poblet.

Tenemos otros recuerdos de nuestros «Scriptorium», pero de menos importancia y mérito. Para hacer un examen de la labor de nuestros escribas sería preciso conocer a fondo nuestra biblioteca, totalmente perdida, sobre todo en la sección de manuscritos y códices que, al decir del erudito Padre Villanueva, guardaba muchos y notables y sería, además, preciso conocer nuestro archivo de Madrid, lo cual han hecho imposible las presentes circunstancias del Monasterio en restauración. Con todo, los documentos reales antes aducidos y los pocos códices salvados del naufragio de 1835 dan noticias muy preciosas de nuestros Monjes copistas. Añadamos que en Tarragona conserva el Cabildo catedral en magnífico estado varios libros de coro, manuscritos sobre

pergamino, no desnudos de delicadeza, arte y claridad : sólo tienen el defecto de ser obras de tiempos decadentes.

Sería interesante conocer el lugar del emplazamiento de nuestro «Scriptorium», pero las transformaciones que ha sufrido el Monasterio y sobre todo la evolución en los procedimientos de escribir han hecho que varios siglos atrás quedara esta famosa dependencia del Monasterio sin utilidad y sin el fin práctico por el que fué construída. Indudablemente el «Scriptorium» de Poblet es anterior al siglo XIV y aun el que documentalmente conocemos por las cartas de Pedro IV y otros reyes de Aragón es anterior a las grandes reformas que sufrió el Monasterio en tiempo del Abad Copons, pudiéndose tal vez pensar y emitir la hipótesis de que las llamadas Salas de Música y alguna otra dependencia adyacente, pudieron ser en la segunda mitad del siglo XIV y en todo el XV el «Scriptorium» de Poblet. Con todo, mientras ulteriores investigaciones sobre el archivo de nuestro Monasterio y aun en su parte monumental no den otros datos, nada podrá formularse definitivamente, sino sólo meras conjeturas.

BIBLIOTECA

Si el «Scriptorium» de Poblet fué importante manantial de cultura, no menos trascendencia alcanzó nuestra Biblioteca, famosa por la cantidad, importancia y antigüedad de los libros que guardaba.

Desde los primeros días de la fundación tuvo nuestro

Cenobio, Biblioteca, cuyo contenido e importancia desconocemos. Probablemente era humilde en cantidad ; no obstante, dada la importancia que se concedía al trabajo manual de copiar libros en los primeros tiempos de la Orden y aun en toda la Edad Media, hemos de suponer que esta magnífica labor proporcionó al Monasterio una buena colección de códices, y a medida que ocupaban la sede abacial hombres de estudio como Dom Arnaldo Amalrich (1196-1198), Dom Arnaldo de Gallart (1229-1231), Dom Egidio Roselló (1297-1302) y otros como Dom Ponce de Copons (1316-1348), la colección de libros necesarios para los programas de estudio que estos Abades habían planeado y puesto en vigor aumentó considerablemente no pocas veces con originales de nuestros Monjes. Del siglo XII (1180) tenemos un documento del Abad Hugo (1166-1181) en que, a propósito de la herencia de nuestro Monje-Obispo Dom Esteban de Sant Martí, se exigen los siguientes códices : Papias, Benjamín, Orígenes y doce Profetas y Speculum Ecclesiae.

Pero la gran Biblioteca pobletana comienza documentalmente en el reinado de Pedro IV, que enriquece la monástica con sus notabilísimos y abundantes códices que constituían la biblioteca real, depositándolos en Poblet y creando así la librería real en tiempo del Abad Agulló (1361-1393).

El origen de esta determinación del rey Ceremonioso hay que buscarla en la orientación que dió a su vida de dinasta catalano-aragonés. Porque don Pedro IV era un historiador entusiasta e incansable lector de las gestas de los reyes y condes de su estirpe y él mismo inspirador de una historia

de su reinado, llegando a sentir por su patria y familia un amor verdaderamente apoteósico. Todo lo de la monarquía y todo lo de su Casa le interesa extraordinariamente ; dotado de grandes cualidades, trabajador infatigable y capaz de enfrentarse con los asuntos más diversos y a veces más antitéticos, le vemos dedicar a los mismos aquella frenética actividad que le caracterizaba. Empuña la espada en guerra y conquistas de defensa y de pacificación de sus nobles rebeldes o toma la pluma para escribir hasta los más apartados rincones de su monarquía sobre asuntos administrativos, culturales o artísticos ; soluciona los más arduos problemas políticos o se ocupa de los detalles de una ceremonia ; de las flores de sus vergeles, de las obras de sus palacios, de sus vestidos o de los archivos reales. A todo alcanza aquel hombre prodigio, menudo en su cuerpo, pero de gran espíritu, aunque no siempre de recta conciencia. A todo alcanza en su empeño de elevar más y más el esplendor de sus Estados y el honor de la casa de Barcelona-Aragón.

Desde la tumba de Iñigo Arista hasta los sepulcros reales de Ripoll y el panteón familiar de Poblet digno de la dinastía ; desde las diecinueve estatuas de los condes y reyes antepasados suyos que deben adornar el palacio real de Barcelona, hasta los diecinueve esmaltes de la espada real en la que Pedro Vernera debía representar a los reyes aragoneses y condes de Barcelona, todo le interesa con entusiasmo y de todo ello se ocupa personalmente, y, arrastrado por esta misma noble pasión, concentra su afecto de rey sobre Poblet, fundado por don Ramón Be-

renguer IV, y enriquecido por su hijo don Alfonso, que le lega su corona y se hace enterrar en él. Jaime I, para Pedro el Ceremonioso, figura señera de la dinastía, lleva sus huestes a Poblet y sus banderas para ponerlas bajo la protección de Santa María, antes de emprender la legendaria conquista de Mallorca y ordena en su testamento que se le entierre en nuestro Monasterio y muere Monje profeso del mismo. De Poblet salen alientos y consejos y ayuda económica para todas las empresas nacionales y en Poblet está la mejor Comunidad monástica de los Estados de Aragón.

Por ello construye, dándoles forma definitiva, sus cámaras reales, fortifica el Monasterio, crea el panteón de sus antepasados, de sus hijos y de toda su familia y, cuando ya el Monasterio era palacio, castillo y panteón, manda edificar la Biblioteca real, obra rica y suntuosa digna de la magnanimidad del rey a quien siempre gustó y admiró lo grande.

Vamos a historiar brevemente, siguiendo la documentación real, lo que hubo de ser la Biblioteca de Poblet.

Una carta, que escribió desde Valencia a nuestro Abad Dom Guillermo de Agulló (1360-1387), fechada el día 20 de agosto de 1382), dice así : «El Rey. — Honrado Abad : Ya por dos letras anteriores os hemos escrito y rogado que nuestras obras se despachen y principalmente que la librería fuese acabada de bóveda de piedra picada que sea honra de Dios y nuestra que la hacemos construir para el mayor decoro de este Monasterio y como la tenemos puesto muy en el corazón os rogamos y encargamos que con cuidado y soberana diligencia hagáis que se trabaje y por nada mudéis que sea

de bóveda de piedra a fin de que jamás pueda venir a menos, ni los libros puedan recibir daño y que mandéis hacer mirando al Claustro nuestras armas con nuestro timbre y con buenas y grandes letras este escrito : «Esta es la librería de don Pedro III, en diferencia de los otros reyes llamados Pedro». Haced trabajar bancos con escudos reales y con muchas cadenas para que Nos hagamos clavar en ellos los libros y que delante de Nos se pongan antes de partir y se hagan venir los otros libros que están en Barcelona.» Tal era el proyecto que soñó aquel gran rey, que no sabemos si llegó a ejecutarse y, por tanto, es imposible fijar el lugar de su emplazamiento, fechas y detalles.

Lo que nos consta es que a Poblet llegaron los libros de la biblioteca real. Algunas disposiciones reales lo prueban. La idea de que Poblet tuviera sus libros comenzó a realizarla en el año 1369 al enviar las «Crónicas de los Godos y de los Reyes de España» para que se guardaran en nuestro archivo. Así lo escribía el rey, a 24 de mayo de 1359, al Abad Agulló. Durante el mes de junio del mismo año nuestro Monje Francisco de Albiñana, Capellán real, lleva a Poblet las «Crónicas de los reyes de Aragón» y el «Testamento del rey», el cual dice a nuestro Abad «que las manda para que sean puestas en la librería de nuestro Monasterio para que sean conservadas».

Otro documento real, de 15 de diciembre de 1378, explica que se envía a Poblet un astrolario y que «los libros irán cuando esté ultimado el inventario».

En 1378, es nuestro Abad quien dirige, el día 1 de julio,

un memorial al rey, en el que se lee lo siguiente : «Item sea V. Merced servido que vuestros libros que vos habéis donado a mi Señora Santa María de Poblet que antes que Vos partais a Sicilia los mandéis y que Vos señor ahora que vendréis se los ofrezcáis.» Contesta don Pedro : «Place al Sr. Rey.»

El día 7 de junio de 1381, escribe el mismo don Pedro al Abad Agulló que, entre los libros que antaño mandaron a Poblet, había un «Pablo Orosio» que el rey pide se copie de nuevo añadiendo a continuación : «Que nuestra librería sea acabada cuanto antes porque hemos acordado que todos nuestros libros, donde sea que estén, sean colocados y conservados en ella».

Apenas transcurrido un año, la correspondencia del mismo rey Pedro IV vuelve a ocuparse «de la casa de nuestra librería», en la cual quiere guardar todos sus libros.

El infatigable P. Ribera, en su obra «Real Patronato de la Merced», Barcelona, 1725, cuenta que vió la lista o inventario de los libros de Pedro IV que vinieron a Poblet.

Don Martín, el Humano, pide, por carta de 12 de enero de 1404, dirigida al Abad Ferrer (1393-1409), que preste a Montserrat el «Catholicón» que fué de Pedro III, añadiendo que, después de copiado, lo recobre y que se tome una prenda en fianza, porque ya son dos los libros perdidos.

Finalmente, el día 9 de septiembre de 1405, pide al mismo Abad Ferrer el libro de Paulo Orosio titulado «Ormesta Mundi» — se refería el rey a la obra «Mesta Mundi», regalo del Papa Clemente a su hermano don Juan —. Recalca el

rey don Martín que lo confíe a persona segura para que no sufra daño alguno.

Cuantos fueron los libros que don Pedro IV donó a nuestra Biblioteca, al trasladar la suya a Poblet, no podemos precisarlo, mientras no venga a nuestras manos el Inventario que se hizo en aquella circunstancia por mandato del regio donador.

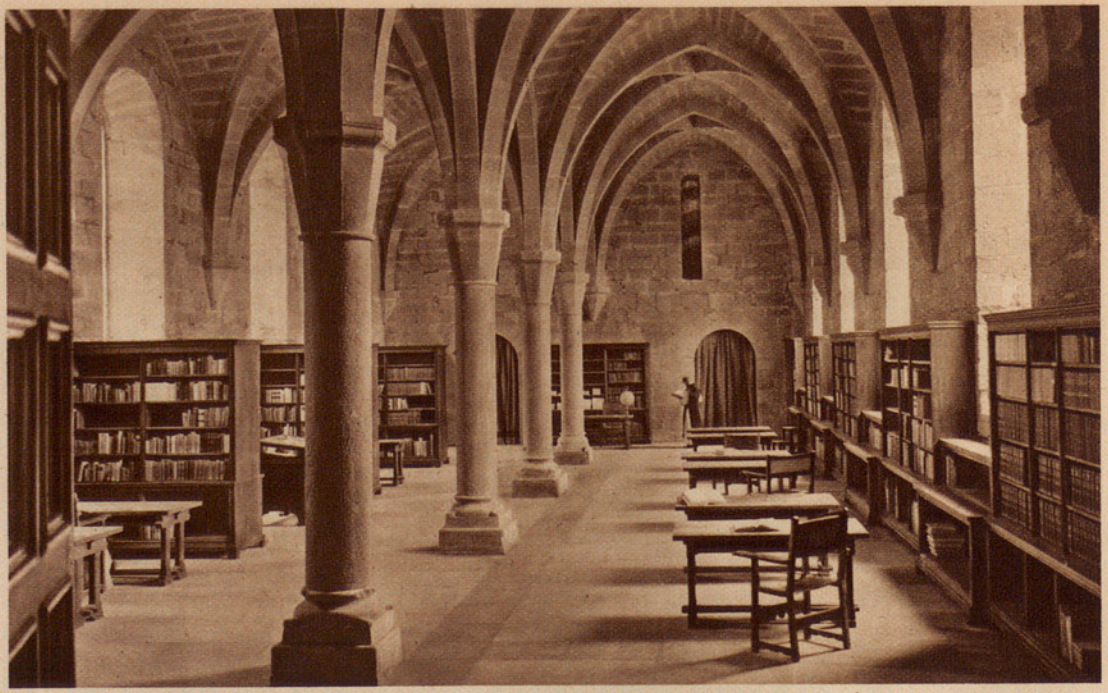
Serra y Postius, en su libro «Prodigios y finezas de los Santos Angeles hechas en el Principado de Cataluña», Barcelona, en 1726, escribe: «La segunda biblioteca es también por la mayor parte de libros y manuscritos y son cerca de cuatrocientos, muchos de ellos originales y escritos por varios Monjes de aquel Monasterio doctos y santos. En esta librería sin duda estará la que dió a Poblet el señor don Pedro tercero en Cataluña.» (Sabido es que los reyes de la Confederación seguían en Cataluña la cronología que comenzaba en el rey don Alfonso, hijo de don Ramón Berenguer IV.) Es una lástima que Serra y Postius no nos diga donde estaba esta librería ni especifique las características de aquellos códices, hoy irremisiblemente perdidos en su casi totalidad.

Debemos añadir otro donativo real a la biblioteca medieval pobletana, hecho en 1361, por los embajadores de Jaime III de Mallorca, los cuales entregaron, en nombre de su rey, cuarenta grandes códices.

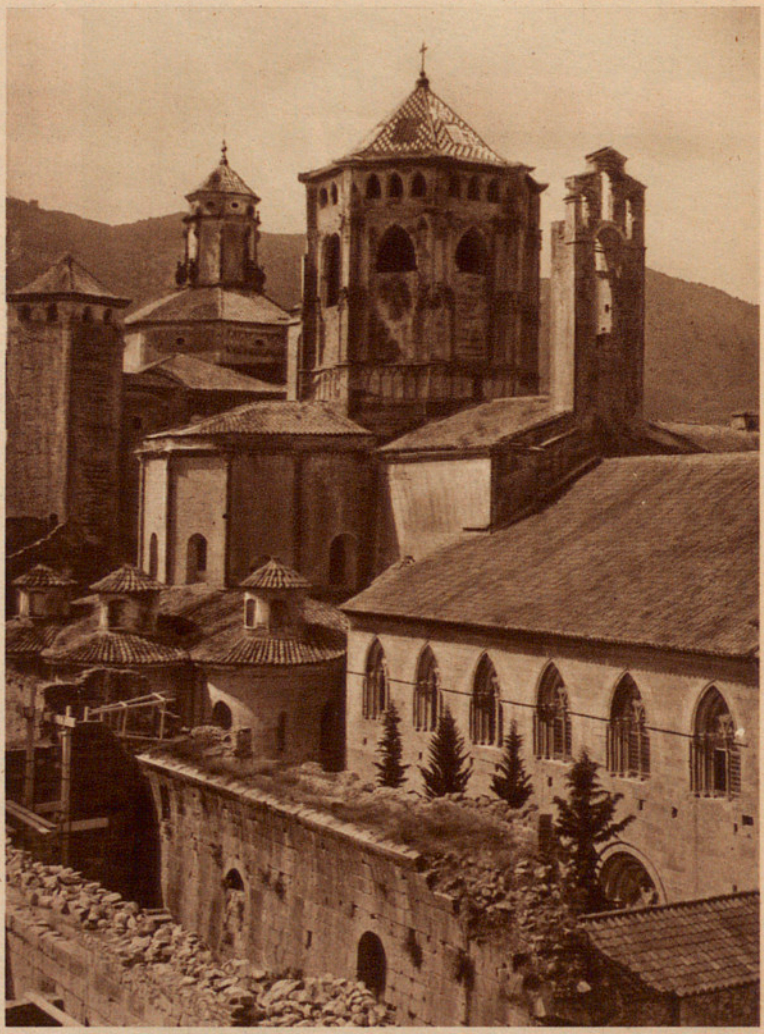
La Biblioteca del Monasterio estaba situada en dos grandes salas construídas debajo del dormitorio mayor o de novicios, aun hoy conocidas por el nombre de librería o biblioteca.

Construídas probablemente durante la primera mitad del siglo XIII, sirvieron de Sala de Estudio y luego de granero de la Comunidad durante varios siglos hasta que, en 1690, fueron enyesadas, niveladas y decoradas siguiendo más o menos los gustos entonces en vigor, pintando en sus paredes imitaciones de mármoles, «muy al natural», según dice el P. Finestres, y, dotadas del severo mobiliario propio de tales dependencias, recibieron la notable colección de libros que donara años antes, don Pedro Antonio de Aragón, duque de Segorbe. En la sala segunda había otra biblioteca que podríamos llamar general o común, que guardaba, en los últimos tiempos de la casa, de doce a quince mil volúmenes, adquiridos por los Abades mediante compras o legados — algunos ejemplares salvados de la destrucción lo pregonan —. Otros habían sido donados por bienhechores y no pocos, usados por nuestros Monjes, pasaban a engrosar el fondo común, después de su muerte.

De esta librería dice el P. Villanueva en su «Viaje literario» : «En otra biblioteca interior, que es la primitiva del Monasterio, hay también una buena porción de códices eclesiásticos, señaladamente obras de los Santos Padres que aun que son preciosos, no lo parecen tanto como una Biblia del siglo XI y acaso anterior. Es un volumen, folio máximo, en vitela de doscientas dieciocho hojas escrito a dos columnas que comprende hasta el libro de los Salmos... El principio de cada libro está iluminado con lujo ; de lo cual para formar una idea completa basta decir que la primera sola plana de los Salmos ocupan estas solas palabras «Beatus Vir.».



Biblioteca (restaurada en 1946 por la Hermandad). (Foto A. Balcells)



Monumentalidad de Poblet. En la parte inferior los seis ventanales del Archivo. (Foto A. Balcells)

Pero el verdadero tesoro bibliográfico de Poblet lo constituye hasta 1835 la magnífica colección de libros donada por don Pedro Antonio de Aragón hacia la segunda mitad del siglo XVII, que ha sido llamada por el erudito don Pablo Font de Rubinat «una de las más notables colecciones de Europa».

La montaron nuestros antepasados en la primera de las dos salas antes mencionadas, la inmediata al lugar llamado locutorio. Encerrados los libros en riquísimos armarios de ébano, se guardaban unos cuatro mil doscientos volúmenes que constituían el fondo de aquella famosa colección y estaban encuadernados con uniformidad, dando — los pocos ejemplares conservados — una agradable impresión de igualdad de colores y trazos. El estilo de la encuadernación es el romano, severo, elegante y muy usado en España, entonces prácticamente dueña de Italia. Sobre marroquín granate, se destaca un cuadro ejecutado a la rueda con florones interiores y el recuadro con la misma u otra rueda y en el ángulo exterior castillos y leones, destacando en el centro el escudo del donante, en los más de los volúmenes, o el de su casa, en otros, o el de su hermano, el cardenal don Pascual, y no pocas veces el de Cataluña, según puede verse en algunos ejemplares conservados.

El contenido o calidad de estos libros era muy diverso. Hoy poseemos ejemplares impresos, riquísimos como lo son los tomos de la Geografía Blaviana, la Roma subterránea, de Bossio, y algún otro. Los incunables son rarísimos, si existe alguno. El resto eran obras de actualidad en el siglo XVII o reediciones. El Padre Villanueva, que conoció aquel

tesoro en su total integridad, dice que «a la preciosidad de la estantería, toda de ébano, cerrada con cristales, y a la uniformidad de las buenas encuadernaciones corresponde la importancia de los códices que contiene, los cuales no son de gran antigüedad, aun los padres y poetas griegos y latinos e historiadores que por lo común son manuscritos italianos de los siglos XIV y XV.» Cita a continuación los códices que contenían las obras de Píndaro, la Liturgia de San Juan Crisóstomo, el Examerón de San Basilio, las Retractaciones de San Agustín y el libro de Natura y de Gracia, los Sínodos de San Hilario de Poitiers, el Periarcon de Orígenes comentado por Rufino, las Obras de San Ambrosio y otros autores, entre ellos unas obras de Séneca en italiano.

Hoy conservamos de esta famosa Biblioteca algo más de cien ejemplares, procedentes de devoluciones generosas y de entusiastas amigos de nuestro Cenobio y algunos adquiridos por la actual Comunidad.

Esparcidos por todo el mundo, se conservan y conocen unos setecientos ejemplares.

ARCHIVO

El Archivo de Poblet es tan antiguo como el Monasterio. Estaba instalado en las tres evocadoras salas que corren paralelas al dormitorio, sobre el Aula Capitular. En sesenta y ocho muebles armarios, divididos en varios compartimentos y éstos en cajones, se custodiaba el tesoro documental del Monasterio, abundantísimo y de suma importancia.

No pudiendo ofrecer al lector cifras exactas de lo que contenía, porque la desaparición de índices, registros y catálogos de documentos es casi total y, en lo que se conserva en Madrid, en el Archivo de la Corona de Aragón y en Poblet, no hay todos los documentos del mismo, anotemos que se han salvado unos veinticinco mil pergaminos, muchísimos papeles, legajos y libros. Englobando lo que actualmente se conserva en una sola cifra, nos dará como resultado la existencia de más de cien mil documentos.

El Archivo de Poblet tenía gran importancia. Lo constituían multitud de Privilegios pontificios y reales otorgados a la gran Casa desde su fundación hasta sus últimos tiempos, escritos en numerosos pergaminos, correspondencia real interesantísima bajo todos los aspectos, incluso el político, dada la huella que nuestro Cenobio marcó en los destinos patrios; documentación de otros Monasterios, que alcanza desde la que se refiere a Cîteaux hasta los más humildes Prioratos que, en su empuje expansivo, fundó Poblet. Los títulos de sus propiedades, tierras, casas, castillos y baronías, con la administración de los mismos, la legislación peculiar y modélica de unos veinte mil súbditos, en los que hay que contar multitud de procesos, libros de rentas, de censales, de laudemios y de toda la balumba propia de los señoríos feudales. Los protocolos de las escrituras hechas ante los Monjes archiveros, reconocidos como notarios reales y con facultad de actuar como tales desde comienzos del siglo XIII (1209), y la documentación de la Comunidad, no pequeña y de gran importancia dada la universalidad que siempre conservó

— todos los estamentos de la sociedad tuvieron representaciones entre nuestros Monjes — y las misiones que con frecuencia desempeñaron de carácter religioso y político. Todo nos da sobradamente una idea algo aproximada de lo que fué nuestro Archivo : un verdadero arsenal de cultura, principalmente histórica.

La instalación del Archivo era perfecta, gracias al celo que demostraron los Abades de todos los tiempos, que no ahorraron esfuerzos económicos para la custodia y conservación digna de aquel tesoro y una serie de Monjes archiveros, verdaderos maestros de la ciencia de ordenar documentos, hacían muy fácil el manejo de aquella vida de varios siglos conservada en pergaminos y papeles de todas las épocas.

Recordemos algunos de estos notables archiveros, no todos, que han sido notables y verdaderas providencias para el mismo, sino los más destacados, cuyas huellas nos son más conocidas. En el siglo XVI, encontramos al P. Martín Marquina, que revisó toda la documentación que hasta entonces había conservado el Monasterio, la cual copió en gran parte y extractó en su totalidad. Trabajo ímprobo, verdaderamente monástico y de gran utilidad. Por desgracia, su meritísima labor apenas ha podido conservarse y muy imperfectamente utilizarse, porque el papel usado por el Padre Marquina era de muy mala calidad y la tinta con que escribió, sobrecargada de óxido de hierro, ha destruído en grandes sectores la labor caligráfica de aquel Monje benemérito.

Otro Monje celoso de nuestro Archivo era Dom Juan Va-

llespinosa, varón cultísimo en todas las ciencias eclesiásticas, trabajó en la organización y catalogación del Archivo y confección de índices que hacían accesible aquel depósito inapreciable. Perfectamente distribuído en nuevas tecas y armarios, era de los mejores archivos de su tiempo. Vivió durante la primera mitad del siglo XVII.

En 1795, moría el P. Justo Coll, que pasó gran parte de su vida leyendo y estudiando una por una todas las piezas archivadas en Poblet, confeccionando índices que daban un fiel extracto de cada documento, índices afortunadamente conservados, aunque muy parcialmente, en lo más esencial de los mismos y que aun hoy podrían servir de pauta para nuevas catalogaciones, en el caso de que viniera una providencial recuperación del archivo pobletano.

En la actualidad, nuestro Archivo contiene unos quince mil documentos, en su inmensa mayoría originales.

LOS COLEGIOS

El Abad de Claraval Dom Esteban Lesington fundó en París el célebre Colegio de San Bernardo, Colegio que fué aprobado por el Capítulo general de 1245, y agregado a la Sorbona. Poblet, que era de la filiación de Claraval, envió desde entonces sus Monjes más aprovechados a completar sus estudios y ampliar su formación científica a aquel centro cultural, recibiendo los grados académicos en la Sorbona.

Obtenida una parte del edificio en usufructo perpetuo

para residencia de los estudiantes de Poblet, partían éstos todos los años del Monasterio hacia París. Hacíase el viaje no pocas veces a pie, o en cabalgaduras, hospedándose, cuando los encontraban, en Monasterios de la Orden, en mesones o donde les era posible. Pero estos viajes a París resultaban muy pesados, difíciles, económicamente caros y sobremanera peligrosos, por la mala organización de los servicios de orden público en aquellos tiempos que nunca supieron o pudieron acabar con los salteadores de caminos. Indudablemente en alguno de estos viajes debióse dar algún hecho trágico que la correspondencia del rey don Pedro IV registra y no es aventurado decir que más de una vocación debió salir harto perjudicada.

Todo ello movió al Abad Copons a pedir la influencia del rey Ceremonioso ante la Santa Sede, a fin de que se concediese a la Universidad de Lérida el privilegio de conceder grados académicos de Teología, para que los Monjes de Poblet no se viesen en la precisión de hacer aquellos viajes y estancias en París. El documento es honrosísimo para nuestra Casa, comenzando con este elogio : «Dicho Monasterio (Poblet) es reputado solemne no sólo en España sino entre los monasterios del mundo.» Sigue inmediatamente una lista de privilegios que el monarca pide para «su Cenobio», uno de los cuales es el mencionado de poder tomar los grados académicos en Lérida, que evitaría expensas excesivas, viajes penosos, enfermedades y aun parece al lector del mencionado documento que alguna tragedia dejó huella de aquellas peregrinaciones científicas a través de aquel mundo feudal.

Don Pedro IV dice textualmente en su exposición: «Al ir o al regresar pasan peligros diversos y han de hacer dispendios extraordinarios, tanto en sus bienes como también en sus personas, de suerte que algunos de ellos por aquellos viajes pasaron graves e inacabables enfermedades y algunos no pudieron escapar a la muerte.»

La gracia pedida fué benignamente otorgada; nuestros Monjes acudieron para obtener el doctorado a la Universidad de Lérida sin abandonar con todo el Colegio de París. Hemos de observar, no obstante, que hasta la mitad del siglo XVI (año 1570) no fué edificado nuestro Colegio de San Bernardo, anejo a la Universidad leridana.

Nuestros Monjes lograron marcar huella profunda en el célebre Colegio parisiense, no sólo material en la porción que en el mismo ocupaban — hasta la revolución francesa, se destacaba por el escudo de nuestro Cenobio —, sino por las virtudes monásticas de que dieron ejemplo y por la ciencia y amor al estudio. No pocos de nuestros estudiantes fueron agraciados con todos los grados académicos; otros, conocidas sus cualidades por los superiores, fueron honrados con misiones delicadas que les confió la Orden y aun hubo algunos que explicaron Teología en aquella célebre Universidad. Todo lo cual era motivo de orgullo para nuestros Monjes, Abades y reyes que miraban con tanto amor las cosas pobletanas cual si fueran propias.

De este amor y entusiasmo tenemos pruebas documentales importantes. Los reyes, en su afán de que nuestro Cenobio fuese un centro de cultura religiosa, llegan incluso a

sufragar las pensiones y viajes de nuestros Monjes estudiosos que los superiores enviaban a París. En 1378, don Pedro, el Ceremonioso, concede al Monje Jaime Gallur ciento diez sueldos para sufragarse los gastos del viaje que debe emprender de Poblet a París. En 1381, el día 4 de septiembre, se conceden del tesoro real cien sueldos para que puedan ir los PP. Jaime Carbó y Antonio Franco, Monjes de Poblet, al Colegio de San Bernardo de París a completar sus estudios. En 1400, el rey don Martín, el Humano, escribe a nuestro Abad pidiendo que el P. Dom Bartolomé Escuder, que estudiaba en la Universidad de París, sea nombrado Limosnero de la Casa real. El Papa era, según la carta del rey, quien se interesaba en ello. El Capítulo general y el Abad de Cîteaux sacan, en 1377, a Dom Bernardo de Sanromá del Monasterio de Poblet para que vuelva a ocupar su cátedra de Teología, a pesar de la oposición de don Martín, el Humano, y cuando éste quiere prohibir su estancia en París y que enseñe en su cátedra, las autoridades supremas de la Orden le acogen y le confían misiones honrosas de importancia.

De las aulas parisienses salieron Monjes pobletanos eminentes en letras y dignidades, como el P. Magdale, doctor y profesor de Teología en la Universidad de Tolosa, ciudad en la que había otro Colegio cisterciense ; el P. Ripoll, que ocupó una cátedra en la Sorbona ; el P. Jaime Ricart, censor de los libros de Arnaldo de Vilanova ; Dom Guillermo de Agulló, Abad de Poblet, y Dom Vicente Ferrer, doctor en Teología y Abad sucesor del antes mencionado Dom Guillermo y otros recordados en diversas partes de este libro.

En 1570, dejaron definitivamente nuestros Monjes de acudir a París para hacerlo desde entonces en el Colegio de Lérida o en Roma.

Tuvo nuestro Monasterio, además del Colegio de Lérida que acabamos de nombrar, el de Cervera, agregado a aquella Universidad creada por Felipe V, y asistían últimamente nuestros estudiantes al Colegio que la Congregación cisterciense aragonesa edificó en Huesca y que perduró hasta 1835. Pero estos Colegios nunca tuvieron la importancia del de San Bernardo de París.

Para colofón de este breve repaso de la obra cultural de Poblet, a través de siete siglos de vida monástica, damos una breve noticia de nuestros escritores, noticia forzosamente incompleta por las razones expuestas al comenzar este capítulo. No nos atrevemos a llamar nota bibliográfica a estos apuntes que siguen, porque la desaparición de nuestra biblioteca — casi total — de los manuscritos que encerraba en sus repletos armarios, la rareza de las publicaciones pobletanas de obras escritas por nuestros Monjes y la obscuridad muy densa que aun reina en torno de las filiales de Poblet — Piedra, La Real, Benifaçá y San Vicente de Valencia — hacen imposible la redacción de la bibliografía pobletana.

Se ha escrito que Poblet no ha tenido escritores. Esta aseveración no es exacta porque ha sido hecha después de la ruina de nuestro Cenobio, cuando el musgo y las románticas trepadoras cubrían el esqueleto del gran caído y cuando el abandono, la rapiña y el polvo ocultaban, tal vez para siempre, los escritos de nuestros antepasados. Serra y Pos-

tius en su libro «Finezas», escribe que vió «en una segunda librería que es también por la mayor parte de libros manuscritos y son cerca de cuatrocientos, muchos de ellos originales, escritos por varios Monjes de aquel Monasterio doctos y santos». Más fundada es la afirmación de que estas obras manuscritas no vieron la luz pública ni fueron impresas, al menos en su totalidad.

Una labor, que forzosamente ha sido incompleta por falta de tiempo y medios, ha dado por resultado la confección de la siguiente nota de escritores de Poblet, que ofrecemos al lector, teniendo en cuenta el sistema de clasificar los estudios eclesiásticos.

Teólogos. — Hasta muy entrado el siglo XIV, no hemos encontrado ninguna obra original escrita por nuestros Monjes y, a pesar de que se sabe que escribieron, ni de los Ricard, Sanromá, Ferrer, Ripoll y otros que fueron eminentes doctores de la ciencia de Dios, han quedado obras escritas por ellos mismos.

El Monje Dom Miguel Aparicio fué el primero que nos ofrece un volumen en folio que tituló «Tractatus Historico-Canonicus et Moralis de Sacramentis».

El P. Finestres pondera esta obra, que tal vez conoció, ya que habla muy elocuentemente del Monje santo, estudioso y defensor de las fuentes de la gracia divina. Era de un lugar vecino de Calatayud, había entrado muy joven en la Orden y, después de haber ocupado cargos importantísimos en la misma, fué elevado a la Sede episcopal de Sácer.

Otro teólogo profundo y gran escritor fué el P. Gaspar

Valpedrosa, sacerdote valenciano que en la segunda mitad del siglo XVI se retiró a Poblet y, después de su profesión monástica, dedicóse a su santificación y al estudio. Conocemos de él los siguientes tratados : «De Perfeccionibus Christi», «De Trinitate» y algún otro de más reducidas proporciones, como el tratado «De Sacramentis».

El P. Félix Genover, natural de Vilanant (Gerona), entró niño en el Monasterio, edificando a todos por su conducta observante y amor al estudio, al mismo tiempo que sus grandes cualidades le hicieron capaz de desempeñar los más difíciles cargos de la Orden hasta alcanzar la dignidad abacial en 1728-1732. Escribió «Selectae Disputationes in Theologiam». Volumen en folio, impreso en Barcelona en 1732, debiéndosele además varias obrillas apologéticas.

Como moralistas, cabe señalar al P. Vallpedrosa que publicó un tratado «De Praeceptis Decalogi» y otro que tituló «Observationes de casibus conscientiae in Inchiridion Doctoris Navarri».

El ya mencionado P. Genover publicó una obra titulada «Tractatus de Praeceptis juxta mentem divi Thomae» y «Tortura Tortaurae».

Tampoco han faltado en nuestro Cenobio Monjes cultos que se dedicaran a estudios bíblicos.

Ya en el Capítulo general celebrado en 1198, se trató de un Monje de Poblet que, para mejor entender en los estudios de la Sagrada Escritura, había aprendido la lengua hebrea de un famoso maestro rabino.

En el siglo XVIII, Dom Baltasar Sayol, hombre doctísimo

y santo, que fué Abad en el cuatrienio 1736 a 1741, escribió una «Exposición literaria de los libros primero y segundo de Esdras» en dos tomos y folio, siguiendo a ésta, otra obra, también en dos tomos como la anterior, que tituló «Exposición literaria de los Paralipómenos».

El Monje-Cardenal Dom Juan Martínez de Murillo escribió una obra muy voluminosa de Derecho eclesiástico, que tituló «Opera variae utriusque juris».

El libro «De Sacrificio Missae», del P. Genover y el «Sacrificium Missae» en dos volúmenes, original del P. Dom José Queralt; el áureo librito del P. Cercós, titulado «Ramillete litúrgico», con las obras del Abad Dorda, del Padre Sentís y el Ordinario, según la sagrada Orden del Císter, nos certifican de una tradición litúrgica, que extiende sus manifestaciones escritas desde el siglo XV hasta muy entrado el XIX.

También ha tenido Poblet una escuela de formación monástica que, aunque no nos ha dejado todas las obras que produjo, algunas de ellas, de carácter ascético-místico, ponen a gran altura a aquellos escritores.

Arnaldo de Amalrich, que fué Abad de Poblet (1196-1198), recopiló para la formación de los jóvenes los estatutos de la Orden que tituló «Statuta Ordinis».

El P. Baltasar Sayol escribió una colección de conferencias ascéticas que dirigió a sus Monjes durante el tiempo de su Abadiato (1736-1741), y una hermosa exposición de la Regla de San Benito.

El P. Cercós, que fué uno de los postreros Maestros de

Novicios, escribió un bellísimo tratadito titulado «Deberes monásticos para religiosas cistercienses según la regla de nuestro P. San Benito». Quedan algunos manuscritos breves que versan sobre formación monástica.

Pero la lista bibliográfica más extensa la dan nuestros historiadores y cronistas, que dejaron multitud de obras sobre este importante ramo del saber.

Desde los primeros tiempos del Cenobio no faltaron Monjes amantes de la Casa que, en manuscritos anónimos, consignaban los hechos más notables a medida que iban sucediéndose y, aunque estos cronistas resultan poco interesantes porque no dan vida a las gestas por ellos presenciadas, ni sus afirmaciones tienen siempre una sólida base crítica y documental, prestaron gran servicio a los historiadores que les sucedieron. El P. Finestres aprovechó para su «Historia de Poblet» no pocos de estos humildes documentos, citándolos con frecuencia, y otros analistas hicieron lo propio.

En Madrid, donde se guarda el fondo principal del archivo del Monasterio, se conservan muchos de estos trabajos y tal vez una búsqueda paciente sería premiada con hallazgos grandemente útiles. Una vez más brota el agradecimiento hacia aquellos Monjes de 1835 que salvaron el archivo.

No pudiendo ni mencionar tan siquiera a alguno de estos innominados autores que se conservan, daremos una ligera nota de los de mejor prestancia.

Dom Miguel Delgado, natural de Villaipun (Calahorra), que desempeñó por sus cualidades los cargos del Monasterio de más responsabilidad y ocupó como hemos visto, puestos

muy importantes de consejero, confesor y albacea testamentario de los reyes de Aragón y fué varias veces embajador ante los Papas Nicolás V y Calixto III, hecho Abad de Poblet (1458-1478), dejó manuscritas las Crónicas de Alfonso V de Aragón, de don Juan II y la del infortunado Carlos de Viana. Dom Juan Payo Coello, de nación portuguesa, pero nacido en Zamora, trocóse de militar en Monje de Poblet y fué de tan enérgica voluntad que a pesar de sus años, no sólo estudió con provecho, sino que se doctoró en Teología en la Universidad de Salamanca. Fué hecho Abad en 1480. Escribió una obra monumental, que tituló «Historia cronológica en que se trata todo lo concerniente a la historia general hasta el año», obra muy respetada y consultada en aquellos tiempos.

El célebre archivero Dom Martín Marquina escribió un «Epítome de la historia de Poblet, 1564-1583», en dos volúmenes. De su labor de archivero hicimos breve mención al hablar del Archivo.

Dom Vicente Prada, natural de Valencia, fué diputado de la Generalidad de Valencia y Abad de Poblet (1680-1684). Conservamos en nuestro Archivo un precioso manuscrito suyo, titulado «Pallida Mors», que es la historia e inventario de los grandes enterramientos de Poblet. La obra está dedicada a la Inmaculada Concepción.

Dom Joaquín Arbolí, Abad en 1660-1664, dejó una obra titulada «Antigüedades de Poblet».

El P. José Queralt y Noet, natural de Conesa, escribió, en 1706, una relación histórica del serenísimo príncipe de

Viana don Carlos, dedicada al Abad Dorda y una «Relación histórica de la religión benedictina : Congregación Cisterciense y Real Monasterio de Poblet».

Bien conocida es la obra del P. Dom Jaime Finestres, en cinco tomos, titulada «Historia de Poblet». Fué impresa desde el año 1753-1765 ; es un verdadero arsenal de nuestra historia, y, ante el hecho irreparable de la destrucción, será siempre cantera riquísima de la que se podrán sacar noticias preciosísimas de lo desaparecido.

El P. Carlos Fortuny, natural de Catllar, entró en Poblet el año 1690. Fué secretario del Abad Dorda, conservándose de él una colección de cuadernos que tituló «Cuaderns del Pare Fortuny», en los que describe con detalles curiosos la historia de nuestra Casa. Escribió, además, una «Vida del príncipe de Viana».

El P. Maestro Pocurull publicó un gran volumen de sermones y escribió, en nueve apretados tomos, los sucesos ocurridos en Europa desde 1640 a 1755, de los cuales se conservan pequeños fragmentos.

Del P. Baltasar Sayol, gran temperamento monástico y Abad durante el cuadrienio 1732-1736, queda un volumen que se titula «Grandezas de Poblet» y que también se conserva en Madrid.

Estos son los autores pobletanos de obras históricas conocidas hasta hoy, quedando en la sombra una verdadera multitud de cronistas innominados y de obras más humildes, a los que no hemos querido dar cabida en gracia a la brevedad.

Del Abad Delgado se sabe además que había escrito una obra titulada «Asuntos político-morales», relativos a las condiciones, cargos y confianzas debidas a los Papas, reyes y principado de Cataluña.

Al comenzar el siglo XVI, gobernó la Casa un gran Abad, Dom Domingo Porta (1512-1525), varón muy ejemplar y cultísimo. De él se tienen noticias de haber escrito «Obras político-morales» y una obra en verso, en la que se narra la fundación de Poblet.

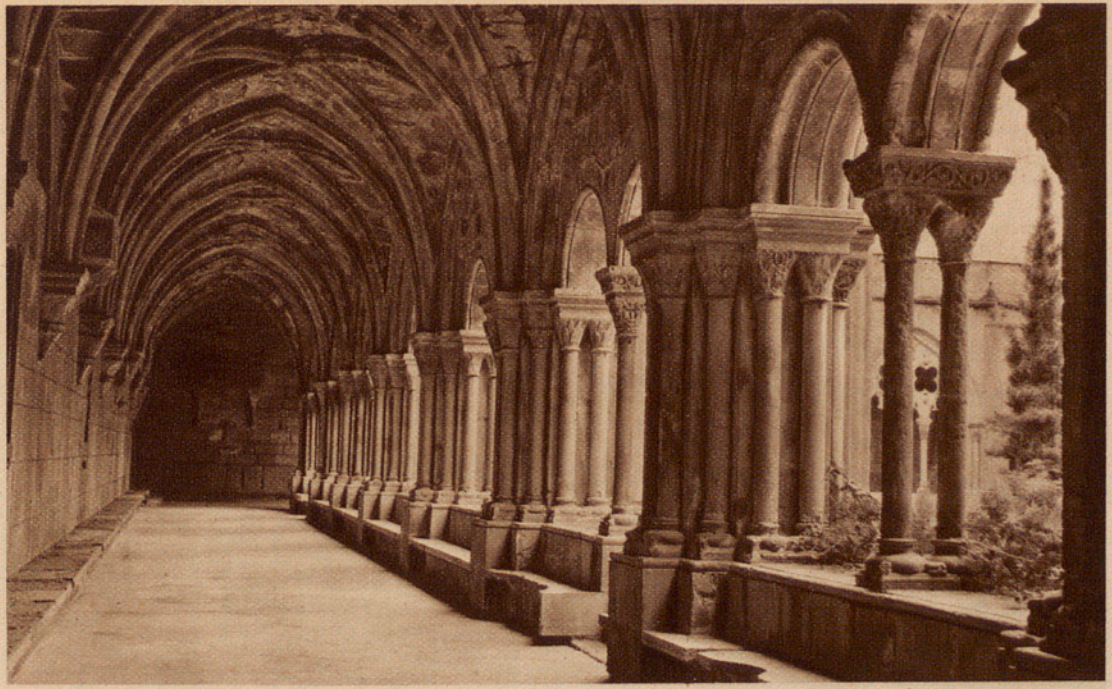
Esta es la obra cultural de Poblet, muy superficialmente bosquejada por desconocida, que, desarrollándose a través de siete siglos de intensa vida monástica, llega hasta el año 1835, sufriendo un golpe definitivo con la destrucción revolucionaria del Monasterio; obra cultural alentada por hombres sabios, que desde los primeros tiempos de Poblet, conscientes de su vocación de Monje, crearon junto a un gran «Scriptorium», una magnífica Biblioteca y un Archivo repleto de historia monacal y patria. Saliendo una pléyade de historiadores, teólogos, moralistas, escrituristas, hombres consagrados a la litúrgia, al estudio de las leyes y a la oratoria sagrada.

Y esta visión cultural de Poblet, dotada de espíritu de expansión, se irradió en sus célebres filiales: Piedra, La Real de Mallorca y Benifaçá, saturadas del mismo espíritu emprendedor y dotadas de amor a la ciencia que les infundiera Poblet.



Portada barroca. Torres reales y del prior.

(Foto J. Artigues)



Claustro mayor, ala románica. (Foto A. Balcells)

EL ARTE

La parte monumental de nuestra Abadía es la que todavía sorprende cual ninguna a sus admiradores y excita su imaginación que, ante el espectáculo de este conjunto de edificaciones de todas las edades y estilos, los transporta a tiempos remotos y les hace vivir los días grandes de la historia patria y del Cenobio. Aquel conjunto que forman las torres, cimborios y campanarios, el cielo recortado por las almenas del recinto amurallado, la imponente puerta real, el austero atrio que da ingreso al claustro mayor, riquísimo de luces, de perspectivas y de tumbas; el aula capitular y el templo mayor, los dormitorios y sacristías, los palacios y capillas y tantas otras dependencias, muestran aún al amante de las obras maestras de la humanidad, al Monasterio que llevó la vida cisterciense hasta las últimas consecuencias en la santidad, en la cultura, en la austeridad y en su impresionante arte monástico.

Porque, aun hoy, después de cien años de destrucción sistemática y de varias centurias de superposiciones a la obra medioeval, la auténticamente nuestra, es Poblet el modelo, el tipo acabado de la vida cisterciense que ofrece el plan más completo, y, en su desarrollo, de máxima austeridad decora-

tiva y de elegancia arquitectónica, atreviéndonos a afirmar que, siguiendo en peregrinación artística los antiguos Monasterios de la Orden que subsisten, pocos hallaremos que puedan comparársele y acaso en ninguno se conservan con tanta fidelidad y grandiosidad la disposición ideada y luego impuesta por los Padres de la Orden y legislada por el Supremo Organismo de la misma, el Capítulo General.

Al escribir esta última parte de nuestro libro, nos proponemos dar a conocer al gran público el origen, funciones y valor arqueológico de las grandes construcciones de Poblet, de aquellas, sobre todo, que son esenciales a su organización de Casa Cisterciense.

En toda organización monacal de nuestra Orden destacan siempre estas tres notas que la hacen inconfundible: situación geográfica, igualdad de plan con idéntica función de cada una de las dependencias y austeridad en la decoración, con una belleza arquitectónica notabilísima debida a la grandiosidad y a la elegancia. Situación, austeridad e igualdad de plan fueron creadas, organizadas, legisladas y sumamente vigiladas en todas las fundaciones de los siglos XII y XIII y Poblet fué fidelísimo en sus períodos de oro a estas directrices, a las que obedece siempre su empuje constructor durante sus siete centurias de vida.

El «Exordium Parvum» de 1120, la «Charta Charitatis» de San Esteban Harding, confirmada por Calixto II en 1119, las «Consuetudines» de 1134, las «Institutiones» de 1240 y 1256, contienen la legislación sobre fundación de Monaste-

rios, elección de su emplazamiento y todas las normas para la construcción emanadas de los fundadores del Císter y de los Capítulos Generales. Estos monumentos literarios y legislativos no pueden ser hoy críticamente discutidos : su autenticidad y veracidad son inconmovibles y de ellos nos servimos para la redacción de este capítulo.

El espíritu de la Regla de San Benito impone el emplazamiento del Monasterio lejos de lugares poblados. Todas las necesidades que la vida monástica requiere deben satisfacerse dentro del recinto conventual, porque no conviene a los Monjes vagar fuera del Monasterio y los «Instituta Generalis Capituli» de 1134 comentan la Regla con estas palabras : «Los Cenobios no deben ser construídos en las ciudades, en los castillos o en las villas, sino en lugares apartados del bullicio de los hombres.» Había que buscar, pues, lugares solitarios, desiertos y alejados de los núcleos de población de los que cada Monasterio debía estar apartado por lo menos dos leguas borgoñonas.

Para escoger estos parajes solitarios, dábase libertad en los primeros años de la Orden al primer Abad de la nueva fundación el cual podía aceptar el terreno para la edificación de la nueva Abadía, si le parecía apto para el emplazamiento y reunía todas las condiciones para una vida cisterciense austera. Además debía estar también separada de cualquier otra Abadía cisterciense diez leguas borgoñonas según los «Instituta» de 1134 poco ha citados.

Pero en 1152, un año antes de la inauguración del Poblet

actual (8-IX-1153) el Capítulo General, ante ciertos abusos debidos a celo poco moderado de algunos Abades fundadores, hubo de intervenir prohibiendo toda fundación y elección de emplazamiento sin la aprobación de aquel Supremo Poder de la Orden que debía nombrar una comisión examinadora de las condiciones de la futura casa y de su emplazamiento.

Nuestros Monasterios están ordinariamente emplazados en lugares maravillosos por su belleza natural, por su abundante vegetación, soledad y copiosas aguas ; Poblet, Santes Creus, Piedra, escogidos al azar, son Cenobios que tanto impresionan por su grandiosidad artística como por la belleza natural que les rodea. Y es que, pensando en la grandeza de la Obra del Creador y en las necesidades de la vida monástica, fueron siempre los valles, predilectos parajes para nuestras fundaciones : allí el silencio y la soledad invitan al recogimiento, la abundancia de aguas permite la limpieza, la creación de industrias, de talleres, oficinas, molinos y fecunda los prados, huertas y jardines.

A veces era una pequeña hondonada cerrada a todos los vientos ; otras, las más, un gran valle, como en el caso de Poblet. Siempre, empero, hay al lado un río o por lo menos un torrente y jamás falta un abundante manantial de agua que debe llenar de sobras las exigencias de un gran monasterio ; este es el caso de nuestro Poblet. Encontrar lugares bellos y útiles requería cuidado y visión práctica del triple objetivo que se pretendía : espiritual, sanitario y útil a la vida material. Este triple objetivo era tan básico en la nueva fundación que, si faltaba uno, el Capítulo General la recha-

zaba o permitía el cambio de emplazamiento, como lo impuso San Bernardo a Belleperche y Hautecombe y rehusó fundar en Palestina, a pesar del apoyo económico y magníficas donaciones que le ofreció Balduíno II, rey de Jerusalén, «ob incursus paganorum et aëris intemperies» (Bernardi vita. Lib. III, cap. VIII, n.° 22) y bien conocido nos es el cambio de emplazamiento de Santes Creus por falta de agua suficiente. Y en pleno siglo XIII, entre los decretos emanados de varios Capítulos Generales, encontramos los siguientes hechos que se refieren a Poblet : En 1234 los Abades de Poblet y de Santes Creus son comisionados para examinar el emplazamiento de Valldonzella e informar de la necesidad del cambio de la casa a otro paraje ; en 1294 el mismo organismo de la Orden delega a los Abades de Poblet y de Escarpe para que visiten el Monasterio de Santa Fe (Fuenclara hasta entonces) y dictaminen sobre el cambio de emplazamiento ; y en 1297 el rey de Aragón quiere fundar un monasterio que el Capítulo General no nombra y encomienda el examen del emplazamiento a nuestro Abad y al de Piedra.

Otro aspecto que debe tenerse en cuenta en la hora de la fundación de una de nuestras Abadías y de la que dependía siempre su capacidad de ser una gran casa cisterciense, es la de los medios económicos para obtener su fin. Con frecuencia el estancamiento inicial de un monasterio no tanto se debe a insuficiencia de energías espirituales sino también, y esta dificultad pesa mucho, a escasez económica que coharta las posibilidades de amplitud y expansión, imponiendo una vida

miserable, no pobre, que acaba por dejar perecer en esterilidad terrible a las mismas vocaciones. Con sobrada razón vigilaba tanto el Capítulo General durante aquellos tiempos toda fundación que se le proponía.

Orderic Vital, en su «Historia Eclesiástica» publicada por Migne, explica como «todos los Monasterios cistercienses se levantan en desiertos y en bosques y que los religiosos los construyen por sus propias manos». Una vieja estampa del Museo Germánico de Nuremberg prueba esta aserción y, si bien de Poblet tenemos vagas pruebas de este aserto, no obstante el P. Finestres nos explica como los Monjes de Benifazá, fundación filial de Poblet, iban todos los días desde el castillo de Santa Escolástica, que les servía de morada transitoria hasta 1250, a trabajar en las obras del nuevo y definitivo Cenobio.

Encargado de la construcción lo es siempre un Monje, el «operarius», y como tal suscriben muchos los documentos que se refieren a las obras y aun en otros ajenos a ellas, lo cual demuestra que este cargo era tenido en consideración ; en Poblet conocemos el nombre de varios por constar en documentos en los que firman como tales. En el Cartulario Menor que hemos tenido a mano leemos los nombres de Bernardo de Portaregia, otro llamado P. Salas, etc., a quienes vemos arrendar canteras, comprarlas o recibirlas en donación. Junto a los Monjes y Conversos trabajan siempre obreros a quienes el Cillerero provee de comida, bebida y reparte el sueldo. Para estos últimos los manjares son de superior calidad que los

de los Monjes y Conversos ; se les permite el uso de grasas y carne según los Estatutos del Capítulo General de 1134, pero deben comer fuera del Monasterio. La identidad de las marcas de los canteros de Poblet y de los de la Catedral Vieja de Lérida puede probar la existencia de unos mismos obreros en ambas obras. La dirección económica corría por cuenta del Monje Celerario y la constructiva atañía al Monje obrero, «operarius». Los materiales que se empleaban eran piedra, madera, ladrillos de grandes dimensiones, cal y arena para mortero y aun tierra ; en Poblet encontramos algo de todo ello : grandes muros de piedra, otros de ladrillo y tapia, con cubierta de madera sin pretensión de artesonado. La piedra en los fundamentos era algo desbastada y solía emplearse por lo menos en Poblet conglomerado o pudinga, mientras que la que salía a flor de tierra y formaba los grandes lienzos de las dependencias o construcciones solía ser arenisca o caliza y tenía los paramentos y fachada desbastadas al menos a punta de escoda ; casi siempre era piedra labrada. Ejemplo de lo que venimos afirmando nos lo proporciona la bodega de Poblet que fué el antiguo comedor de los Monjes Legos.

En orden a las construcciones, impusieron las Autoridades de la Orden, mediante Decretos y Estatutos, verdaderas inspecciones para lograr las medidas de prudencia necesarias para terminar las dependencias de los Monasterios recién fundados ; esta legislación comienza en 1134 y se prolonga hasta comienzos del siglo XIV y, si bien es cierto que se permitió pedir limosna para terminar las Abadías comenzadas y que eran pobres, el Capítulo General de 1198 prohibió, con

todo, emplear como medio la predicación y el de 1204 la organización de colectas, y anteriormente en el de 1188 fueron condenadas las deudas superiores a 50 marcos de plata. Se pretendía y se logró que jamás se fundase una Abadía sin los medios suficientes para todas las edificaciones que le eran necesarias y con la debida amplitud construídas, para llevar una vida material que, mediante el trabajo regular, rindiera los medios necesarios.

Cuando Ramón Berenguer IV fundó el Monasterio (1149-1153), pasaba la Patria por un momento político muy favorable a Poblet. Terminada la reconquista de Cataluña, con una frontera militar segura en la zona del Ebro y hecha ya la Unión Catalano-Aragonesa, nuestro mundo de entonces pudo ayudar a Poblet de una manera tan extraordinaria que los dos Cartularios que se conservan, el Menor y el Mayor, no contienen otros documentos que los de las fundaciones piadosas, donaciones, contratos ventajosísimos, poder real y de la nobleza puestos a favor de la nueva Casa que fueron de una eficacia tal que, al acabar los cincuenta primeros años (1153-1203) tiene nuestro Cenobio toda la base suficiente para ser una de las mayores instituciones monásticas que han existido. La Hermandad abre sus puertas a todos los estamentos sociales del país, los cuales aportan los medios necesarios para crear y edificar una gran Abadía. En sólo el Cartulario Menor encontramos multitud de donaciones para la iglesia, oficinas, y otras dependencias regulares ; donaciones de reyes, obispos, nobles y gente de pueblo que tanto dan dinero, como

legan libros o tierras o canteras o bien ellos mismos se ofrecen «en vida para servir y en muerte para gozar de Dios».

La nueva Abadía quedaba siempre dentro de un recinto de piedra o de madera sobre todo en los comienzos siempre difíciles y pobres. El recinto exterior de Poblet data del tiempo del Abad Porta (1502-1526); nada sabemos del antiguo. Dentro de esta muralla quedaban la iglesia, las dependencias monásticas, la enfermería, la hospedería, las oficinas de los monjes artesanos, las de los conversos, como panadería, lagares, bodegas, almacenes, talleres, molinos, huertas, jardines y corrales. Como indicamos ya, recordando la Regla, todo lo necesario para la vida de los Monjes.

Junto a la Puerta de este recinto estaba la hospedería que tenía un comedor, un dormitorio en común y una enfermería, en las grandes Abadías, había un hospital para pobres y, casi pegada a la puerta, la capilla de los seglares y mujeres. En Poblet, estos edificios se extienden desde la Puerta dorada hasta la capilla de Santa Catalina, contando el Hospital de pobres y peregrinos. Cuando en el siglo XV se permitió por el Capítulo General que la limpieza y cuidado de la ropa fuese confiada a mujeres, por escasez de Conversos, esta capilla se impuso a todas las Abadías y quedó fuera del recinto monacal para evitar infracciones de la clausura. Tal pudo ser el origen de la capilla de San Jorge, además de la conquista de Nápoles. Con frecuencia este oratorio tuvo mayores proporciones, llegando a ser una iglesia y, en no pocos casos, verdadera parroquia, como en Santes Creus.

Dejadas atrás estas dependencias, más bien seglares, se entraba en el Monasterio propiamente dicho, o mejor en el doble Monasterio, porque en realidad había dos inmensas construcciones o conjunto de construcciones ; una dedicada a los Conversos y próxima a la Puerta y otra, la regular, cobijaba a los Monjes ; un camino, corredor o paseo separaba completamente las dos edificaciones. Así lo imponen los «Instituta» de 1134 y así lo vemos en nuestro Monasterio. El actual recibidor pudo ser antiguo dormitorio de Conversos y, formando eje con él en la pared opuesta del atrio, se encuentra la llamada bodega, porque lo fué desde el siglo XVI, pero antes era el comedor de los Monjes Legos, de cuyo respaldo quedan aún huellas en los muros. Mientras, paralelas a estas dos grandes edificaciones y mirando a noroeste, están todas las dependencias del trabajo, almacenes y oficinas. El claustro es el corazón de la Abadía : casi siempre radiales, por sus enormes dimensiones que no les permiten ser paralelas, convergen en él las dependencias propiamente monacales. Siempre una de sus cuatro alas se apoya en el muro de la iglesia. A comienzos del siglo XIII, impuso el Capítulo General la construcción de otro claustro, reducido, en el que era permitido hablar, llamado Claustro del locutorio. Y aun llegaron los Monasterios poderosos a construir el Claustro de la enfermería. Poblet, Citeaux y Clairvaux lo tuvieron ; en Poblet, por adaptación del de San Esteban en 1414, y en aquellas Abadías Madres, por creación ya en los tiempos de oro de la Orden, siglos XII y XIII.

Las dependencias de los Coristas ocupan la parte opuesta

a la de los Conversos. Biblioteca o Scriptorium, Loqutorium, Sala capitular y, volando por sobre todas ellas, en nuestro Poblet, el gran Dormitorio, que en todas las Abadías comunica directamente con la iglesia, la cual une las viviendas de Conversos y Monjes, comunicando con ambas, mediante arcos o puertas. La iglesia ocupa siempre la parte más alta del lugar del emplazamiento, en oposición al ala del claustro paralela, en la que hay el calefactorium, la cocina, el comedor y la salida natural por desnivel de todas las escorias que arrastra el empuje del agua ; en esta parte está también el Lavabo o templete. Siempre el agua impone, por su necesidad y dado el curso de su corriente, el emplazamiento de cada una de las dependencias, y las autoridades de la Orden, cuando fijan este criterio práctico, es porque la necesidad de una organización abadial sana, limpia e higiénica les obliga. Cuando la corriente natural del agua no es constante o sigue un curso que dificulta la orientación normal de la Abadía, se levanta la iglesia en la parte más alta del emplazamiento escogido y siguen las otras dependencias en degradación, mientras un sistema práctico de canalizaciones conduce el agua a todas las oficinas monacales.

He aquí el caso de Poblet ; la profundidad del torrente «dels Albes» que corre desigual e inconstante y su corriente de sur a norte, impuesta por la configuración del terreno, obligaron a los fundadores a invertir el orden en las construcciones, si se comparan con la inmensa mayoría de Casas Cistercienses, Santes Creus por ejemplo. Para lograr una abundante provisión de agua, se hizo el pequeño lago de San

Bernardo y varias minas, que casi todos los Abades cuidaron con esmero, asegurando este servicio esencial dentro del orden material.

Esta situación de Poblet, el plan de construcciones y su simplicidad decorativa, obedecen a unas normas que por un igual se aplican a todas las Abadías ; las mismas excepciones que hallamos en nuestro Monasterio, motivadas por el terreno o el agua, se imponen dondequiera que se presentan. Así se logró que Poblet, fiel a los «Instituta» de 1134, colaborase ya, desde su emplazamiento, hasta su regularidad y fidelidad a la «Charta Charitatis», a la Santa Regla y a las disposiciones del Capítulo General, a la unidad de la Orden, colaboración que es tal vez la nota más emocionante de la historia de nuestra Casa.

Nada se podía edificar sin la autorización suprema de la Orden, o sea del Capítulo General, que se reunía todos los años, que mandaba «fueran suprimidas toda suerte de dispensas, se derribaran los edificios y perecieran las expensas y las obras», levantadas en contra de los estatutos del Capítulo. Nunca merecieron las edificaciones medioevales de Poblet ser derribadas y aun hoy conservan toda su eficacia para volver a cumplir la misión por la que fueron creadas, formando el conjunto de las mismas, la organización arquitectónica cisterciense mayor y mejor que nos han legado los tres grandes siglos de su historia, XII, XIII y XIV.

Con todo, esta unidad no destierra la variedad que imponen el clima, los agentes atmosféricos, los materiales de construcción, el paisaje y la misma luz, variedad tan notoria e

impresionante que crea notas de belleza en Poblet, que no tiene Santes Creus, y este Cenobio se distingue de cualquier otro del mundo por su especial situación y emplazamiento. Además, y esta es una gran verdad, la Orden Cisterciense al imponer la austeridad y la simplicidad en sus construcciones monacales, nunca pensó abrazarse a lo antiestético y crear en sus edificios, templos y claustros fealdades que repugnaran al sentido común y aun a las mismas almas contemplativas.

Y pasemos ya a describir cada una de las dependencias que forman y completan toda organización cisterciense.

Comenzamos por el Oratorio que es el centro que anima la vida del Monje y, en consecuencia, de la Comunidad. En la concepción arquitectónica nada prohibieron los Padres de la Orden, como no fueran las exageradas dimensiones de las dependencias y elevación de torres y campanarios. De estas prohibiciones que datan de los primeros veinticinco años del Císter, la primera fué suprimida por lo menos prácticamente por el número extraordinario de Monjes de cada monasterio y la segunda, respetada en general, da a nuestros templos un aire pacífico y humilde que les es típico.

En un principio, dejando ya los tiempos heroicos de capillas de madera — Citeaux, Clairvaux —, nuestras iglesias eran sencillas de una sola nave sin arcos formeros con bóveda algo apuntada y ábside plano, así el llamado «Juego de Pelota» de Poblet, pudo muy bien ser el primer templo. El claustro del Locutorio se apoya sobre uno de los muros y la galería, incipiente al menos que se dirige hacia la Plaza de

las Casas nuevas ; vendría a corroborar esta hipótesis nuestra la existencia de un Poblet del siglo XII ahogado, desaparecido casi, por las enormes construcciones posteriores que desde 1180 hasta 1348 no cesaron de ampliar lo antiguo. Dom Marthène cuenta en su «Viaje literario de dos religiosos benedictinos de la Cong. de San Mauro», que vió la primera iglesia de Citeaux, que medía 25 × 5, muy parecida a la supuesta de Poblet que, como posible, acabamos de mencionar. Con el número de vocaciones acabó este primer ciclo de Oratorios humildes y comenzaron las grandes iglesias con tres naves, crucero, capillas en éste y ábsides planos o con capillas en el mismo presbiterio ; ejemplos, Preully, Ourscamp, Silvanés en Francia ; Santes Creus y Vallbona en Cataluña. De este plan muy general en el siglo XII, sobre todo en Francia, pasose a otro en el que todo es idéntico menos el ábside de la nave mayor que era semicircular y lo mismo los extremos del crucero, como en Chaalis (Oise). Sólo faltaba dar un paso más y se llegaba a los ábsides con deambulatorio y capillas radiales ; prototipo Pontigny y Clairvaux. Este modelo fué copiado de las magníficas catedrales de l'Ille de France y del dominio real, si bien prescindiendo de su riquísima decoración escultórica. Pero aun la voluntad de la simplificación de los constructores cistercienses suprimió la salida al exterior de estas capillas radiales cerrándolas dentro de un muro exterior circular. La última evolución arquitectónica la representan los grandes templos de ábside circular, deambulatorio, capillas radiales y cuerpo posterior de las mismas saliente. Las iglesias de Longpont (Aisne), de Royaumont (Seine et

Oise) y Ourscamp (Oise) presentan este plan. Poblet, Fitero y Moreruela en España lo copian. El ábside solía tener cinco capillas y dos en cada brazo del crucero. Fitero es típico en este aspecto, mientras que Poblet tiene cinco en el ábside y sólo dos repartidas en el crucero. Algo más tarde, siglo XIII, un atrio o pórtico, llamado paraíso o galilea, suprimía parte de la fachada antigua y era añadido al templo como lugar de refugio para los seglares y a veces guardaba tumbas de bienhechores. Poblet tiene este atrio o galilea que como pórtico perdió sus cinco arcos, al ser cegados en el siglo XIV, cuando la construcción de las murallas. Nuestra magnífica iglesia acabada en los primeros años del siglo XIII debió ser la admiración de nuestra tierra, que aun no tenía acabada ninguna de las grandes catedrales que son hoy nuestro orgullo. No es extraño que Alfonso II escogiera este magnífico templo monástico como lugar de su sepultura.

En el siglo XIV, el Abad Copons (1316-1348) abrió siete enormes boquetes en la nave lateral de la Epístola, derribó probablemente la bóveda y, ante el peligro de desplome total del edificio, montó una serie de contrafuertes que cumplen su misión magníficamente. Los boquetes se convirtieron en capillas góticas de bella crucería y la bóveda de la nave lateral se elevó algo más. Esta es la única y grande reforma que se hizo en nuestro templo mayor. Con el cimborio terminado, aquella magnífica obra hubiera quitado en el exterior toda la simplicidad y austeridad propias de las iglesias cistercienses, como en el interior en gran parte se la quitaron los panteones reales construídos durante los siglos XIV y XV, como en el XVI

el retablo del Abad Caixal (1527-1531) cegó el ábside y nos legó una obra de arte, ciertamente discutible, que es la antítesis de la austeridad y simplicidad de la iglesia de Poblet en lo tocante a decoración. El siglo XVII vió aparecer los relicarios de la Casa de Cardona, unidos al retablo mayor y en la misma época y ejecutados por los mismos artistas Grau de Manresa fueron construídas las cámaras sepulcrales y las tumbas de don Enrique de Aragón y de Alfonso V el Magnánimo. Desde entonces el crucero, presbiterio y ábside ofrecieron un conjunto renacentista y aun algo barroco que ocultaba la verdadera iglesia de Poblet. Si a estos elementos unimos el coro, el enlucido de los muros y los retablos barrocos de las capillas absidiales con el sagrario del Abad Genover (1728-1732), los cupulines que adornan a aquellos y la desaparición de los ventanales góticos de la nave, que hizo el Abad Copons, la visión de la gran iglesia cisterciense habrá desaparecido.

La proscripción del lujo, la noble ambición de austeridad y simplicidad, se entraron en nuestros Oratorios ; todos los documentos de la época de la fundación hablan de ello con enérgicas expresiones. A pesar de todo ello el ábside de Poblet, con la enorme mole que le seguía, presidida por un Crucifijo, clavado en una mesa que aun conservamos ; la elegante combinación arquitectónica que había huido de toda decoración escultórica, con capiteles, bases, cornisas, lisos sin ninguna labor y las bellas proporciones que tiene, debían sumir a aquellas almas contemplativas en una sensación de bienestar que al dirigirse al cielo no encontraba tropiezos en capiteles, ni esculturas. Todo volaba hacia el Señor a quien aquellos

Monjes realmente buscaban. Y así continuaron las cosas, no sólo en Poblet, sino en toda la Orden. Tal vez por esta razón, no se buscó una sepultura digna de Alfonso II, ni de Jaime I en los siglos XII y XIII. Para estar en sepulcros lisos, sin señales como los de tantos nobles, habían sido reyes demasiado grandes ; y a descansar en sepulcros de madera cubiertos de paños más o menos valiosos les excitaba la Orden. Es en la segunda mitad del siglo XIII que comienza a introducirse la escultura en nuestras iglesias. San Luis, rey de Francia, quiere una imagen de María en Royaumont ; Fontenay conserva una bellísima de la misma época ; Santes Creus posee varias del siglo XIV y lo mismo cabe decir de Vallbona de las Monjas. De la iglesia de Poblet tenemos datos poco concretos sobre este particular y documentadas no encontramos esculturas hasta muy entrado el siglo XIV y aun son esculturas de sabor funerario ; nos referimos a Berenguer de Puigvert y al Obispo de Huesca Jaime Sarroca, fallecido el día 12 de noviembre de 1289 en nuestra Casa. Y no, porque estuvieran prohibidos los enterramientos de extraños a la Comunidad en nuestras Casas. Desde 1134 se prohiben los enterramientos de los que no sean Monjes, pero en 1157 se permite dar sepultura a los fundadores, en 1206 es enterrada en la Abadía de Barbeau (Seine et Marne) la reina de Francia, que bien podía llamársele fundadora. Con todo esto, habrá en cada Abadía dos cementerios que serán para los Hermanos y para los Laicos porque, según los «Instituta» de 1134, cada Monje podrá pedir para dos de sus amigos o dos parientes el ser enterrados, con sus mujeres. El cementerio siempre se halla

al lado de la iglesia opuesto al claustro, prosiguiendo hasta el ábside y se penetra en él por una puerta abierta en el templo. Permítasenos anotar que nuestra colección de laudas funerarias procede toda de este cementerio de Legos. Así continúan las cosas hasta muy entrado el siglo XIII ; pero la prohibición de grandes enterramientos no puede continuar mucho tiempo porque los hermanos seglares de la Orden, reyes, nobles, eclesiásticos y bienhechores piden esta gracia con insistencia tal que el Capítulo General de 1217 cede a estas demandas, mientras se haga de acuerdo con los cura-párrocos. Con todo se prohibe levantar monumentos funerarios, sobre todo en el claustro para no interrumpir la circulación litúrgica, especialmente las procesiones. Las «Instituciones» de 1240-1256 insistieron sobre este punto ; de aquí los sarcófagos empotrados en los muros del claustro, como se ven en Hauterive (Friburgo-Suiza), en Santes Creus y en nuestra Casa. El agradecimiento obligaba. Pero en las iglesias cistercienses sólo podían ser enterrados Reyes, Arzobispos y Obispos, regla que confirma el Capítulo de 1152, renueva el de 1180 y que castiga el de 1193 en el Abad de Salem por haber enterrado a un muerto en el templo monacal. Los mismos duques de Borgoña fueron sepultados en una capilla especial. Los Abades necesitaban permiso del Abad general para ello ; recordemos que en 1583 en Poblet Dom Juan de Guimerá (1564-1583) lo fué en la iglesia, pero con las debidas licencias. En nuestra Casa madre de Fontfroide es enterrada en 1215 una señora que se llama «Reina» y en el Capítulo General de dicho año el Abad es castigado a diez días de ayuno a pan y agua

y a permanecer cuarenta fuera de su estala en el Coro y, además, aquel cadáver debía ser enterrado en el cementerio. Los Abades serán enterrados, desde el Capítulo General de 1180, en la Sala capitular. En la segunda mitad del siglo XIII continúan en pie estas prohibiciones, pero se da con cierta facilidad licencia para que, además de Reyes, Arzobispos y Obispos, sean enterrados grandes bienhechores en nuestras iglesias. He aquí el origen, de parte de la Orden, de los enterramientos en Poblet y de la riqueza decorativa y escultórica, que le prestaron los panteones reales. El siglo XII vió el entierro de Alfonso el Casto; el XIII el de Jaime I; cincuenta años más tarde, 1339, comenzaba el rey Ceremonioso los panteones, cuando ya los Urgel, Anglesola y Cervera tenían el suyo y no pocos nobles particulares. Ello dió lugar a creaciones escultóricas tan bellas como las que vemos en la tumba de Berenguer de Puigvert, del Obispo Jaime Sarroca, del vizconde Ramón Folc de Cardona y a las inmortales obras de Castells y Jordi de Déu en el panteón real. Con todo, esta riqueza decorativa siempre fué advenediza en nuestras iglesias, y con ella la simplicidad y austeridad típicas iban desapareciendo poco a poco, pero decididamente.

Acabamos este esbozo sobre nuestra iglesia haciendo unas breves observaciones sobre las dependencias anejas a la misma. Hemos hablado del cementerio, nos queda por mencionar la sacristía que en las «Consuetudines» y en los «Ecclesiastica Officia» (Nom. Cist. 1892, p. 125) es llamada «Vestiarium». Salvo raras excepciones, como en Senanque (Vaucluse) que toma una edificación aparte, siempre ocupa este

mismo emplazamiento. Es una dependencia de bóveda seguida sencilla, con un ventanal, una comunicación con el «armarium» y otra con la iglesia ; siempre está emplazada en el fondo del crucero y al lado de la escalera del dormitorio. Estos detalles que dan las «Consuetudines» poco ha citadas, el emplazamiento de la de Poblet y su nombre tradicional en nuestro archivo, de «sagristia vella», nos convencen que aquella dependencia siempre fué sacristía y que las tres iglesias o capillas levantadas en honor de las tres celestiales luces fueron : San Esteban, la Iglesia Mayor y Santa Catalina. En la sacristía suele haber una piscina en la que el Monje sacristán quema los lienzos que sirven a los que mueren, tira las aguas y lava los lienzos, vasos sagrados y todo lo utilizado en el culto.

Junto a la sacristía, está la gran escalera que desciende del dormitorio. La Santa Regla, que impone que el Monje, una vez vestida su cogulla y aseado, directamente descienda al Oratorio, obligó a nuestros antepasados a construir la gran dependencia pegada al crucero de la iglesia y comunicada con ésta mediante la escalera casi siempre monumental por sus dimensiones.

El claustro, siempre adosado a la iglesia mayor, es el corazón de la Abadía, centro de la vida cisterciense y lugar de confluencia de todas las dependencias monacales. Durante el día, la Comunidad debe pasar por él para ir a Capítulo, al «Opus Dei» diurno, al refectorio, a la colación o lectura que precede a Completas y en las dominicas de Pentecostés y

grandes solemnidades pasan por él todas las procesiones litúrgicas.

Se levanta al lado norte o sur de la iglesia, según imponga la configuración del terreno, quedando siempre la iglesia en el punto más alto escogido. Es rectangular, formando ordinariamente un gran cuadrilátero que a poniente separa las dependencias de los Conversos, dejando espacio para la calle que limita las dependencias de aquellos con las de los Monjes coristas, aunque en el siglo XIII en los más de los monasterios aquel caminal fué suprimido. En Poblet el claustro debía terminar en el penúltimo arco vecino al dormitorio de Legos, o lagares, actual recibidor, dejando tras el muro del fondo de la galería aquel corredor antes mencionado que forma una recta desde el locutorio de Conversos hasta la puerta que los comunica con la iglesia, pero la galería de poniente fué a descansar sus bóvedas y crucería sobre el muro del actual recibidor.

La galería apoyada en el ala de la iglesia se llama de la «Colación» porque en ella se reúnen los Monjes antes de Completas para escuchar la lectura de algún libro santo. En Poblet el número de vocaciones impuso que fueran dos las galerías claustrales destinadas a este acto litúrgico y son la que acabamos de mencionar y la de poniente. Los Monjes se sentaban sobre un banco corrido de piedra labrada, recubierta de tablas, más tarde con un respaldo de lo mismo. Tenía aquella ala en el centro un pequeño púlpito para el lector adosado a la galería y en el muro de la iglesia frente a frente del púlpito estaba el sitial del Abad. En Poblet quedan hue-

llas más que suficientes de todo lo que venimos describiendo.

La galería oriental es llamada del Capítulo, porque en ella está tan importante dependencia ; la paralela a la iglesia se llama del refectorio por la misma razón, la de poniente que en Poblet, como ya dijimos, fué también de la Colación, llamóse de los «Conversos» porque en ella pasaban siempre para ir a su coro en el templo mayor. En nuestra Casa miden respectivamente las cuatro alas : la de la Colación, 40 metros ; la del Capítulo, 35 ; la del Refectorio, 41 ; y 35 la de los Conversos o de poniente. El claustro debe comunicar, además, con el exterior mediante una puerta que da a la Plaza del Monasterio ; en Poblet lo fué la que comunica actualmente con el vestíbulo o atrio y con el noviciado, la enfermería y las otras dependencias de los coristas, lo cual se logra mediante un corredor situado al oriente del ala del refectorio que en Poblet servía al mismo tiempo de «auditorium» o «loquitorium». Otras puertas comunicaban en el ala del Capítulo con el gran dormitorio y en el ala opuesta al templo mayor con el «calefactorium» y cocina.

Nuestro claustro recuerda el de Fontfroide y aun el de la Catedral de Tarragona, pero la supresión de ciertos detalles en el ala románica, tales como los rosetones que tienen aquellos dos, los calados góticos de las otras tres naves y la mayor riqueza de elementos arquitectónicos en el nuestro, sin desmentir el parentesco, lo diferencian completamente. Además, los sarcófagos que penden de todos sus muros, el templete románico, con el canto perenne de la hermana agua, le dan una belleza tal, junto con la monumentalidad de las depen-

dencias que convergen en él, que en pocos Monasterios podrá encontrarse otro modelo igual. Los capiteles son sencillos, puramente románicos, ostentan solamente elementos de flora y caprichosas lacerías. Es todo él románico, en parte tal vez del siglo XII, pero esta hipótesis tendría que situarse en las dos últimas décadas. Pero la gran obra es del siglo XIII. La familia real contribuyó a pagar los gastos de su edificación, nos consta que Jaime I en 1225, reunido con los Monjes en la Sala capitular, ofreció doscientos morabatines. Las armas de los condes de Urgel prueban el mismo hecho y la labor e inteligencia de los Monjes hizo el resto. En 1297 aun no debía estar completamente terminado, cuando nos consta que, en el mes de julio de aquel año, don Berenguer de Puigvert dejó el castillo de aquel lugar para esta obra.

En el claustro, y casi siempre adosado al muro oeste del crucero de la iglesia se halla un nicho, a veces una pequeña dependencia, que custodiaba los libros del Monasterio, por lo menos en los siglos XII y XIII. El Cantor era el encargado de esta minúscula biblioteca, aunque el Abad podía nombrar a otro Monje, según los «Ecclesiastica Officia». Este bibliotecario, siguiendo las prescripciones de los «Officia», todos los días debía abrir el «armarium» después de maitines y cerrarlo después de la colación, al retirar el libro que sirvió para ella. Durante el tiempo del trabajo manual, del sueño, comida y canto de Vísperas debía quedar igualmente cerrado. Después de Maitines, los Monjes que lo deseaban podían leer en la Sala capitular, donde se preparaba la luz conveniente y una candela ardía en el «armarium» para escoger los libros. Si el

lector debía ausentarse del claustro los «Ecclesiastica Officia» le imponen la obligación de volver el libro a su lugar. El Monje enfermero antes de Completas debía devolver todos los libros que habían leído los enfermos.

En Poblet el pequeño oratorio, que se ha llamado capilla de San Jerónimo que está en el ala del Capítulo junto a la puerta de la iglesia y apoyada en el muro oeste del crucero de nuestro templo mayor, hay que reconocer el «armarium» como lugar prescrito y usual en la Orden y cuando este armario fué convertido en capilla hay que emplazarlo en el magnífico hueco abovedado que existe entre la Sala capitular y la tumba de la familia Copons. Los libros que guardaba el «armarium» o pequeña biblioteca, además de los libros de coro o manuscritos litúrgicos, deben dividirse en tres grupos : obras de teología, de moral y de patrística, como comentarios que acompañan a la Santa Escritura. Un segundo grupo lo constituyen la Santa Regla y obras de ascética y mística. La Constituciones del Císter, que son como su comentario, y un tercer grupo es de ciencias eclesiásticas : Historia de la Iglesia y Vida de los Santos, y aun se dan, no pocas veces, colecciones de clásicos y de ciencias humanas. La colección de Poblet se ha perdido en su totalidad, pero nos queda la de Santes Creus que incluye las siguientes obras en el primer grupo : «Sagrada Biblia», «Los Evangelios», las «Epístolas de San Pablo», «Varios comentarios de Santos Padres : San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio, San Ambrosio, San Beda y el «Cantar de los Cantares». En el segundo hay : la «Santa Regla», la «Charta

Charitatis», los «Ecclesiastica Officia», «Usus», «Ritual», «Statuta Cap. Generalis», «Obras de San Bernardo», «Collationes Patruum» de Casiano, etc. Y en el tercer grupo: «Eusebio», «Pedro Comestor», «Tractatus de Vitiis et Virtutibus», «De Civitate Dei» y hasta clásicos griegos y latinos como: Aristóteles, Platón, Séneca, Cicerón, Julio César, Ovidio, Horacio, Lucano, Valerio-Máximo, Quintiliano, Estacio, Virgilio, Juvenal y libros de ciencias y artes: Gramática, Lógica, Retórica, Astrología, Música, Geometría y hasta Medicina: Hipócrates y Galeno no podían faltar en este grupo. En 1180, por el Cartulario Menor, nos consta que don Esteban de Sant Martí legó a Poblet las siguientes obras, que debieron engrosar nuestra incipiente biblioteca: San Papias, Benjamín, Orígenes, los Doce Profetas, «Speculum Ecclesiae».

He aquí lo que era un «armarium» cisterciense primitivo, lo que debió ser el de Poblet; una biblioteca que sirvió de núcleo a la que más tarde fué famosa. En su humildad tenía el fondo suficiente para formar en aquellos tiempos Monjes santos, sabios y útiles a la Iglesia y a la humanidad.

En Poblet, después del «armarium», en la misma ala del claustro, está la Sala capitular, tal vez la mejor dependencia de nuestra Casa. La Sala capitular en todo monasterio cisterciense tiene la misión de reunir cada día a la hora de Prima a los Monjes que piden en ella la bendición del Señor para pasar en todos sus trabajos un día santo en el que su ser, alma y cuerpo, sea agradable al Todopoderoso; sigue la lectura de la Santa Regla, comentada por el P. Abad y en ciertos

días, cumpliendo con ello el Cap. 46 de la Regla, hay capítulo de culpas externas, que atañen al coro, a la disciplina, a la caridad fraterna ; sigue luego la conmemoración de los antepasados, Monjes, familiares y de los bienhechores que ya murieron.

Después la Comunidad se retira. Los días que son de sermón, se reúne en ella el Convento para escucharlo de boca del P. Abad o del Monje a quien él lo haya encargado. Los actos más solemnes de la vida del Monje tienen lugar en esta dependencia ; su ingreso en el Monasterio, su votación como novicio, la elección del padre del Monasterio, el Abad, los grandes asuntos de la Comunidad son allí tratados, puestos los Monjes en contacto con el Espíritu Santo. Allí se escuchan las confesiones, allí prácticamente nace, se forma, vive, actúa y muere el Monje. He aquí la misión que cumple la Sala capitular según la Regla, los usos del Císter y todos los demás monumentos contenidos en el «Nomasticón Cisterciense» de 1892.

El emplazamiento de la Sala capitular en todos los Monasterios es el mismo, en la planta baja ocupa el espacio que queda vacío entre la sacristía y la escalera del dormitorio ; los casos diferentes son verdaderas y raras excepciones. Es siempre una pieza cuadrangular que en los principios de la Orden es modesta, tiene una sola nave, pero siempre lo suficientemente capaz para toda la Comunidad y su construcción muy cuidada por las altas funciones que desempeña en la vida monástica. Un modelo más grandioso y arquitectónicamente muy superior lo constituyen las Salas capi-

tulares que tuvieron dos naves y tres compartimientos en cada una de ellas, como en Loc-Dieu (Aveyron) en Francia y l'Etoile (Vienne) y quedan otros modelos todos ellos del siglo XII. Del siglo XIII queda Preully (Jonne), magnífica pieza cubierta por seis bóvedas que descansan sobre dos columnas centrales. Cuando muere el siglo XII y comienzan en el XIII las grandes construcciones góticas, no pocas Salas capitulares se construyen a base de tres naves y tres compartimientos, todos ellos sostenidos por cuatro columnas. Tres Salas capitulares han tenido una influencia decisiva, según Marcel Aubert (Architecture Cistercienne en France, tomo II, pág. 62), sobre los Monasterios de Cataluña y Aragón : Flaran, 1180-1210 ; Fontfroide de la misma época y l'Escale-Dieu del siglo XIII, primer tercio. Esta influencia debió darse porque la organización definitiva de los Monasterios de nuestro país, especialmente en la Confederación, es de la segunda mitad del siglo XII y más exactamente del último tercio de aquel siglo y primero del XIII, cuando se generaliza en la construcción de las Salas capitulares el conjunto de cuatro columnas, tres naves y nueve compartimientos y son los Monasterios de Languedoc que adoptan este plan junto con las grandes Casas Madres : Citeaux y Clairvaux.

Mientras así se evoluciona, en nuestro país se produce un hecho para las tierras definitivamente reconquistadas de Cataluña y Aragón, cual es la política colonizadora por una parte y por otra la organización de aquellos yermos que la potencia militar del reino conservaría para siempre. Es

el programa de gobierno que en la política interior siguen Ramón Berenguer IV, Alfonso II, Pedro el Católico y el Rey Conquistador, los cuales para esta doble misión colonizadora y política piensan en los Monjes del Císter como uno de los factores principales. Con Ramón Berenguer IV vienen enviados por su primo Guillermo VI de Montpeller, ahora Abad de Granselva, los cistercienses que en 1163 fundarán definitivamente Santes Creus y en 1151 los que fundaron Poblet procedentes de Fontfroide. Veruela fundóse en 1146 y aun es anterior La Oliva de Navarra. Ahora bien, Santes Creus se organiza como su Madre Granselva, mientras Poblet toma como modelo Fontfroide, Citeaux y Clairvaux a los que llegó a igualar. La Oliva y Veruela son, por su parte, hijas del Monasterio pirenaico de l'Escale-Dieu. Si tenemos presente la unión que existía entre las distintas filiaciones — Monjes fundadores, derecho de visita, emplazamiento y construcción del Monasterio — habremos de llegar forzosamente a la conclusión de que aquellos Monasterios : Flaran, L'Escale-Dieu y Fontfroide, fueron los modelos de las más de nuestras construcciones monacales. Con todo, en Poblet, la Sala capitular, por sus dimensiones 15 × 15, su elevación, la pulcritud de sus líneas, el magnífico aparejo de su bóvedas y muros, la suave línea de los ventanales del fondo recibiendo la luz de oriente y el cuidado que presidió los mínimos detalles constructivos la hacen superior a todas ellas.

El Capítulo General de 1180, mandó que los Abades fueran enterrados en la Sala capitular, al fin desde ella habían dirigido la vida del Monasterio en todos sus múltiples aspectos. Para ello se abre en el suelo, en cada caso, una huesa más o menos profunda, en ella se dejan los despojos del Abad fallecido y se le cubre de tierra, luego las losas o simplemente una capa de yeso vuelven a igualar el pavimento. Así acaba el siglo XII para las Salas capitulares ; sigue el XIII que las engrandece y en el XIV, con la heráldica en su edad de oro y el alejamiento de los primeros tiempos, comienzan nuestros Abades a ser enterrados en bellas sepulturas cubiertas con laudas en las que se admira su figura labrada a más o menos relieve. Con todo, son pocos los Abades así enterrados ; puede afirmarse que sólo los más preclaros obtuvieron este privilegio, después de su muerte probablemente. Con la venida de los Abades temporales acabó esta costumbre que ha dejado en la Sala capitular de Poblet una nota artística de gran valor documental para el vestuario, tonsura en muchas épocas y heráldica de no pocos Abades. El mobiliario lo formaban un gran banco corrido con arrimadero, el cual era doble, uno superior y otro sobre el pavimento, porque las «Consuetudines» en el cap. LXX «De capitulo et confessione» dicen expresamente, refiriéndose a los Monjes que «cuando dijeren Gloria Patri, póstrense sobre las sillas superiores o se inclinen sobre las rodillas, según el tiempo». De la labor de esta obra nada sabemos, sólo nos consta por los grabados de Laborde y otros del primer tercio del siglo XIX que pudieron ser góticos y que los muros

fueron enyesados con las bóvedas y que varias telas representaban a Reyes, Abades, Obispos y toda suerte de jerarquías de la Iglesia procedentes de Poblet. En el centro había un gran facistol y nada más. La fachada, más simple que otras, es majestuosa y bastante amplia para que cupieran y pudieran escuchar el sermón los Conversos, los días en que el Ritual imponía este rito. Los capiteles de los ventanales y de la fachada son magníficos, aunque ostentan sólo motivos de flora. También en esta dependencia se ha confiado toda la belleza a la arquitectura, ayudada por la escultura. Con todo, en esta dependencia, la sencillez es más elegante, los capiteles ostentan labores mucho más finas, las molduras son más caprichosas y las claves de bóveda mucho mejores que las del claustro y es que en general el Capítulo es la construcción mejor pensada, ejecutada y cuidada del Monasterio.

Fijar una fecha para la Sala capitular que defina la época de su construcción no es posible. Sólo una podemos ofrecer de mediados del siglo XIII. En 1247, Pedro de Albalat, Arzobispo de Tarragona y gran amigo de Poblet, condona los diezmos y primicias de los dominios de nuestro Monasterio en beneficio de la Sala capitular y aun en 1249 Pedro de Guerra hace otra condonación semejante a aquella destinada al mismo fin y ya desde esta fecha no se habla más de esta hermosa dependencia, ya que debía estar terminada.

Debemos aún seguir describiendo otras dependencias del claustro esenciales a la vida monástica, tales son el locu-

torio, el refectorio, el calefactorio, las dependencias de los Monjes, Legos o Conversos y el gran dormitorio, y acabaremos con las obras construídas por los reyes y por el palacio del Abad.

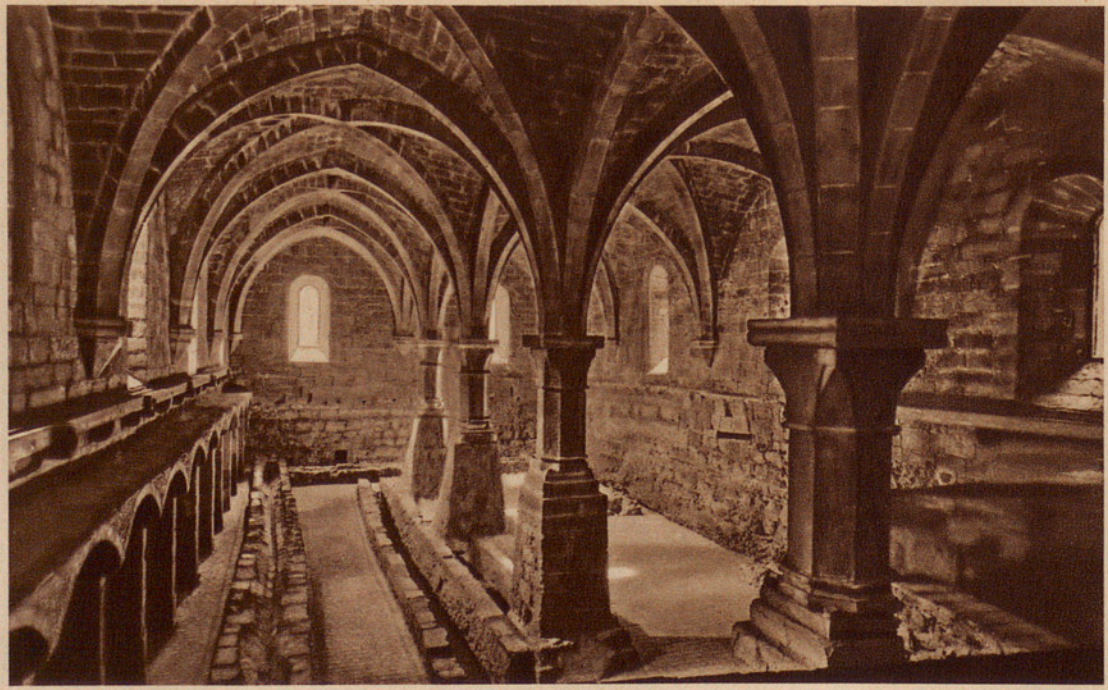
En la planta superior del claustro de los Monasterios cistercienses, unido al crucero sur de la iglesia, en Poblet es en el crucero norte, o del Evangelio, hay el gran dormitorio en el que duermen todos los Monjes a excepción de los enfermos y no sólo los novicios, como el nombre del nuestro parece indicar. Es muy clara la Santa Regla, cuando en el capítulo 22 prescribe que los Monjes duerman en una sala, en común. El uso de celdas no es permitido y Citeaux tan aferrado al exacto cumplimiento de la Regla se adhirió también a esta prescripción.

Las camas de los Monjes se alinean junto a las ventanas, separadas por pequeñas vallas de madera. Durante toda la noche debe arder una lámpara. Los Monjes duermen vestidos para acudir con presteza, vestida la blanca cogulla, al Oficio de Maitines en la iglesia, descendiendo silenciosos por la gran escalera ya descrita anteriormente. En la cúspide del crucero de la iglesia inmediato al dormitorio hay una espadaña con campanas y el reloj, de ellas pende una cuerda que atravesando la bóveda o artesonado del dormitorio, desciende hasta la cama del Monje campanero que duerme en aquel lugar. Según el rito del Oficio de Maitines, a las dos, o a las tres, desde la misma cama «para mejor tocar», toca la campana cuando en la campiña aun todo duerme. Luego llama a los cohermanos; de cada lecho surge, en aquella

penumbra inmensa, una sombra blanca iluminada por la vela que ardió durante toda la noche y desciende por la escalera regular al transepto de la iglesia. El espectáculo de aquellos ochenta, ciento o doscientos Monjes que, silenciosamente recogidos, dirigían sus pasos a su puesto en el Coro, iluminados por la incierta luz de las velas, debía ser emocionante y saturado de edificación.

Los dormitorios cistercienses que se conservan son fiel exponente de la expansión y abundancia de vocaciones que tuvieron nuestras Casas en los siglos XII y XIII, época durante la cual fueron edificados los más de ellos. Los que datan del siglo XII son de proporciones algo más reducidas, con enormes muros que tienen multitud de ventanas para ventilación, muros que deben sostener el empuje de una bóveda inmensa, algo apuntada e interrumpida por arcos formeros. Ejemplar magnífico de esta clase lo es el de Senanque (Vaucluse).

Otro tipo y que en general debe colocarse, cronológicamente, en el siglo XIII, presenta la siguiente estructura. Una inmensa nave con muros de gran espesor, de paramentos hechos con sillares labrados ; de muro a muro, partiendo de elevadas ménsulas, brotan los arcos inmensos, elevados, que deben sostener la techumbre de madera, son algo apuntados, ligeros de perfil y adornados con sencillísimas molduras. Doble hilera de ventanas, una inferior junto a las camas austeras de los Monjes y otra a media altura cuya misión es completar la ventilación de la inmensa dependencia. En el centro hay siempre otra escalera que comunica con el



Bodega. (Foto J. Artigues)



Dormitorio de monjes ancianos. (Foto J. Artigues)

claustro, porque por ella van los Monjes al descanso regular del mediodía, llamado «meridiana». Toda esta disposición, con la anterior más antigua pero no menos legislada, es universal en la Orden y el «Nomasticón Cisterciense» la impone. Tales son los dormitorios de Poblet y Santes Creus, por no citar más modelos de este género.

Nuestro dormitorio es el mayor de entre los actualmente conservados, muy ajustado de proporciones, de magnífica perspectiva y, como escribe el Sr. Doménech y Montaner: «la sala parece interminable, más ancha, más alta de lo que es realmente».

La decoración es sencilla, consistente en la ornamentación de las ménsulas de estilo románico, decoradas con follajes, lacerías, trenzados, palmas, rizos y alguna que otra representación de fauna fantástica que parece copia de la condenada por San Bernardo; en una de ellas puede verse una barca atravesando un pacífico mar, pilotada por un posible Caronte que lleva dos almas a ultratumba. Estas transgresiones de la austeridad cisterciense son únicas en el Poblet monàstico, unidas a las del retablo mayor y santo sepulcro.

Terminado el dormitorio, se le adhirió por el lado de levante el archivo, dependencia que en nuestros monasterios está siempre próxima a la sala de que tratamos, recuérdese el de Santes Creus, por ejemplo. El nuestro comienza en la sacristía antigua y muere al llegar a la sala de Monjes, actual biblioteca. Sostienen la cubierta, que es prolongación de la del dormitorio, varios medios arcos muy bien labrados

y entra la luz por seis grandes ventanas apuntadas en sus arcos, tienen calados góticos, pero bases, columnas y capiteles románicos. Debió ser construída esta hermosa dependencia a comienzos del siglo XIV, porque el gran dormitorio no fué acabado por lo menos hasta después de 1297, pues en aquel año muere en Poblet, donde tenía construída una vivienda en el lugar que ocupan las cámaras reales, don Berenguer de Puigvert, que lega el castillo de este nombre para ayudar a la construcción de aquella dependencia, construcción que se prolongó durante unos sesenta años. En 1243, Ponç de Cabrera, conde de Urgel, deja en testamento 500 morabatines de oro para la obra del dormitorio; en 1247 el Arzobispo de Tarragona, Pedro de Albalat, condona los diezmos y primicias que percibía de los dominios de Poblet, en favor de la misma obra y aun en 1249 Pedro de Guerra hace una donación de 500 sueldos en el mismo sentido. Más de medio siglo se pasó, pues en la construcción de esta hermosa y enorme dependencia que es el dormitorio de Poblet. Tengamos presente, con todo, que no era sólo el dormitorio el que debía construirse sino las magníficas dependencias que están debajo del mismo y, en consecuencia, el volumen de aquella obras aumentaba considerablemente en todos los aspectos. Prueba en parte esta afirmación el hecho del Arzobispo tarraconense Pedro de Albalat que el día 5 de mayo de 1247 hace la condonación de diezmos antes mencionada, a beneficio de la Sala capitular, de la sacristía con una capilla, del locutorio, dormitorio y noviciado. Y la donación de Berenguer de Puigvert de 1297 es en favor también «de

las dependencias del claustro, en construcción». Obras todas ellas francamente románicas; las últimas, con todo, que se hicieron durante este famoso ciclo; dieciséis años más tarde tomaría el gobierno de Poblet el gran Abad Poncio de Copons (1316-1348) y con él entraría definitivamente el nuevo estilo gótico.

Por ser notable la actuación de don Pedro de Albalat, Arzobispo de Tarragona en favor del Monasterio, transcribimos un fragmento del privilegio de condonación de diezmos al que repetidas veces nos hemos referido; dice así: «Nos Pedro por la gracia de Dios Arzobispo de Tarragona, atendiendo que cada día se administran incesantemente en el Monasterio de Poblet muchísimos bienes así en los Sacrificios y Oraciones como en la Hospitalidad y otros ejercicios agradables a Dios. Y considerando también la buena voluntad y humilde devoción que dicho Monasterio tuvo siempre y de presente tiene a nuestros predecesores, a la Iglesia de Tarragona y a Nos por todas las cuales cosas elegimos en él nuestra sepultura.» Y sigue inmediatamente la famosa donación que se prolongó hasta el siglo XIV. Cuando tuvo lugar esta donación era Abad, Dom Berenguer de Castellots (1246-1254), eminente Monje y santo Prelado que dió gran prestigio al Monasterio por su santidad y dotes de gobierno, habiendo sido nombrado Visitador de los Monasterios de la Confederación por el Capítulo general de 1247, al que acudió en compañía de su santo predecesor Dom Ramón de Siscar, Obispo entonces de Lérida.» (Finestres, t. II, p. 398).

De este mismo siglo y comienzos del catorce son las

dependencias claustrales de los Monjes Legos, o Conversos como se les llamaba, y también la actual biblioteca que fué sala de Monjes, «Aula Monachorum», esto es, lugar de estudio en el que se dedicaban a la «lectio divina», estudios eclesiásticos, las horas que dejaban libres el Coro y el trabajo manual. Brevemente debemos hablar de ellas.

Entre la Sala capitular y la «Aula Monachorum» está en todos los Monasterios el locutorio, llamado también y tal vez con más propiedad «Auditorium», esto es, el lugar donde el Prior da órdenes a uno, a varios o a todos los Monjes, como después del Capítulo cuando ordena y distribuye el trabajo manual de la jornada y reparte las herramientas que luego son devueltas allí mismo. El Maestro de Novicios, según las Consuetudines de 1134, podía aprovecharlo para hablar a los mismos en particular, resolver sus dificultades y animarlos. En una habitación inmediata al mismo, el P. Prior recibía a los Monjes para tratar con ellos los diferentes asuntos particulares y colectivos que se presentaban en la vida interior del Monasterio.

Había otro locutorio para los Conversos, que estaba emplazado junto a la cocina mayor, en el que el Monje Celerario les daba órdenes y dirigía sus trabajos, resolvía sus dificultades y aun trataba con ellos de vida monástica. Era la residencia oficial del Celerario; ambos locutorios eran algo sagrado, inviolables en orden a conversaciones recreativas y no podía irse a ellos sin permiso. El de los Monjes Legos está orientado de norte a sur, para comunicar con el pasadizo, actualmente galería del claustro, que une las de-

pendencias de los Monjes Conversos con la iglesia mayor.

Del locutorio de Monjes se pasa a la actual biblioteca que fué en los grandes siglos de la Orden la sala de los Monjes, «Aula Monachorum», destinada al trabajo intelectual que se hizo imprescindible a medida que la Santa Iglesia ordenó sacerdotes a los Coristas. Ya en la primera mitad del siglo XIII este hecho aparece como general y en la segunda mitad son excepción en nuestros Monasterios los Monjes no sacerdotes. Para su formación se destinaron estas hermosas edificaciones inundadas de luz y a las que da el sol todo el día. Hasta entonces en no pocos Cenobios habían sido Noviciado. El silencio en ellas es sagrado, el trabajo intenso y bien puede decirse que de la «Aula Monachorum» salieron aquellas lumbreras del saber humano y divino que tanta gloria dieron a Dios, a la Iglesia y lustre al Monasterio en cátedras universitarias, Capítulos generales y en sedes episcopales.

La de Poblet es una larga pieza de 55 × 13 metros que, partiendo del locutorio, avanza hacia el norte, correspondiéndole en la planta superior la gran nave del dormitorio.

De esta dependencia, dice Doménech y Muntaner, en su obra «Arquitectura de Poblet», pág. 225: «Los dos largos muros, fachadas laterales a levante y poniente son de gran espesor, con paramentos de sillares de piedra caliza, lisos y ventanas de medio punto, largas, con rasgaduras considerables, bajas al interior, con rebajos para vidrieras. Estos muros son románicos, siguen el mismo orden de los del refectorio, de eje paralelo a ellos. Deben pertenecer al plan

primitivo, de fines del siglo XIII ; la estructura interior ha de ser mucho más moderna, muy adelantado ya el siglo XIII. Tienen una hilera de delgadas columnitas, monolíticas, siguiendo el eje de la sala, cuatro en la primera, tres en la segunda, dividiendo el espacio interior en dos tramos o naves longitudinales a la vez subdivididos en cuadrados, en cada uno una ventana y cubierta de bóvedas elementales de crucería. La sala segunda tenía el piso más bajo que la anterior ; había de haber dos o tres escalones en las portezuelas de comunicación.» Ultimamente ha aparecido, mediante excavaciones, el nivel primitivo en un pequeño sector que rodea la columna central de la sala segunda, hacia el norte, y la base de notable labor románica. Comparadas estas dos construcciones con sus similares de otros Monasterios, son superiores las nuestras por su sencillez y elegancia de soluciones arquitectónicas.»

Otra sala esencial en todo Monasterio cisterciense es el calefactorio, construído siempre entre el refectorio y la gran crugía que forman en el plano superior el dormitorio, y en el inferior la sacristía, o «Vestiarium», la biblioteca, o «Armarium», la sala capitular, el locutorio y la sala de Monjes. Esta era, con la cocina, la única dependencia que podía tener una chimenea con fuego. Los Monjes en ella se hacían la tonsura, y afeitaban en los días fijados por las «Consuetudines», se sangraban y engrasaban sus botas.

El nuestro es de reducidas dimensiones, simplicísimo, pero muy bello, justo de proporciones y de perfecto estilo románico.

La cocina mayor es una dependencia santificada por el ritual cisterciense y por la santa Regla, que en el capítulo 35 habla así a los Monjes : «Sírvanse los Monjes por turno de manera que ninguno se exima del oficio de cocina a no estar enfermo, u ocupado en cosa de mucha utilidad, pues de ello se obtiene mayor recompensa.» El sábado debe hacerse limpieza de los lienzos «con que los Monjes se lavaron los pies y limpiaron las manos ; y tanto el que sale como el que entra laven los pies a todos.» El domingo, así que terminen Laudes, los semaneros que entran y los que salen póstrense en el oratorio a los pies de todos, pidiendo que se ruegue por ellos. El que salga de semana diga este verso : «Benedictus es Domine Deus qui adjuvisti et consolatus es me». El cual dicho tres veces, recibe la bendición el que sale. Siga luego el que entra y diga : «Deus in adjutorium meum intende ; Domine ad adjuvandum me festina». Repetido esto mismo tres veces y recibida la bendición, entre en su oficio. A todo ello el ritual cisterciense nada esencial ha podido añadir.

Es la de Poblet una hermosa construcción rectangular en su planta, que mide 14 metros por 8 de anchura ; hay otras mucho mayores, la de Albocaça (Portugal) por ejemplo. La nuestra toda ella es de piedra labrada, teniendo una bella combinación arquitectónica en la bóveda, porque si en el centro forma una magnífica y elegante crucería rematada por un elegantísimo lucernario, se adorna en los extremos levante y poniente con dos arcos formeros que parten de ménsulas lisas. Un inmenso arco apuntado atraviesa el espesor del

muro norte para dar cabida al hogar y a la inmensa campana que recoge los humos. Tiene comunicación con el claustro mayor, natural monásticamente hablando.

La cocina tiene comunicación con el refectorio, otra dependencia claustral de suma importancia en la buena organización de nuestros Monasterios. El refectorio suele estar emplazado en la galería del claustro opuesta a la iglesia, a veces paralela a la misma, siempre radial, los casos contrarios de todo lo que venimos diciendo son verdaderas y raras excepciones, tal vez para dar lugar a la procesión que sigue a la comida y porque las otras tres alas están ya asaz ocupadas. El capítulo 38 de la santa Regla se ocupa del refectorio, al imponer la lectura durante las comidas, la cual «no debe faltar», turnándose los Monjes por semanas, empezando el «Domingo» una vez pedida la bendición. Al efecto «dígase tres veces en el Oratorio el siguiente verso, empezando el mismo lector : «Domine labia mea aperies et os meum anuntiavit laudem tuam». Y así, recibida la bendición, se encargará de leer. Guárdese en la mesa un silencio tan exacto que a nadie se oiga musitar, ni hablar, sino al que lee. Si falta algo debe pedirse por señas, no es permitido ningún comentario, a no ser que el Prelado quiera decir brevemente alguna cosa de edificación.» A estas prescripciones regulares añadieron comentarios prácticos y otras observancias las «Consuetudines» primitivas que aun siguen en vigor. La Comunidad pasa a comer después de Sexta o Nona o bien Vísperas, según las épocas del año ; una campana da aviso a todo el Monasterio. A esta señal los Monjes, en



Galería Toscana (año 1591) del palacio nuevo del Abad, y reloj de sol. (Foto A. Balcells)



El pastor de Poblet. (Foto Terré)

absoluto silencio, van al templete del claustro a lavarse las manos y luego se colocan delante de sus mesas. Entra el Prior o el Abad y todos le saludan con respeto inclinándose, o levantándose. Bendecida la mesa, comienza la lectura. Los platos — dos servicios de legumbres y una libra de pan — han de estar puestos antes que la campana llamada del refectorio, acabe de tocar. No podía servirse carne y hubo tiempo en que hasta el pescado y la manteca estaban prohibidas. Los mínimos detalles están previstos en las «Consuetudines», como el tomar la sal con la punta del cuchillo, o beber el vino tomando el tazón con las dos manos. De aquellos tiempos de oro hay narraciones poéticas por demás ; así Juan de Montreuil cuenta que en el refectorio de Chaalís los pájaros comían con los Monjes.

El refectorio de Poblet totalmente románico, fué planeado en el siglo XII y tal vez en parte construído, pero no terminado. Si hubiéramos de extender a nuestro «Refectorium» las donaciones que de 1243 a 1297 se hicieron para «la terminación del claustro y dependencias anejas al mismo», concluiríamos que su edificación es del siglo XIII, hipótesis no improbable, por lo menos parcialmente ; no obstante, el estilo, detalles y sistema constructivo más bien lo suponen del tiempo de Alfonso II, dice Doménech y Muntaner, opinión que, sin ser decisiva, es muy atendible.

Nuestro refectorio sin tener la belleza del de Huerta, que es un bellísimo ejemplar ojival, ni la grandiosidad del de Royaumont (Seine-et-Oise), monasterio construído por el rey San Luis, es con todo una sala proporcionada, románica,

sin pretensiones ; grandiosa, con una nota de seriedad apacible muy emotiva. La nave es de cañón seguido algo apuntada y reforzada por tres arcos arrancando de baquetones sobre ménsulas altas y de capiteles lisos unos o con flora otros ; lo iluminan grandes ventanas muy rasgadas teniendo todo el conjunto gran parecido con los elementos arquitectónicos de la iglesia mayor. Al púlpito, montado sobre una curiosa base poligonal, se llega por una escalerilla abierta en el muro. En el centro tiene la nota alegre, curiosa y llena de vida que le da una fuente antiquísima.

Y ya es hora que nos ocupemos, siquiera sea brevemente, de la parte de Monasterio ocupada por los Conversos, que tiene en todas las Abadías un gran dormitorio, refectorio, oficinas, locutorio del que hemos hablado y su coro en la iglesia. No podemos presentar afirmaciones rotundas. ni hechos documentados, ni argumentos que aplicados a Poblet sean irrebatibles sobre esta parte interesante de la Casa. Pero el estudio de obras sobre la arquitectura cisterciense, como las de Marcel Aubert y el examen de varios Monasterios, nos alientan en el intento de presentar al lector las siguientes hipótesis aplicadas a nuestra Abadía.

Comencemos por afirmar que, según el «Nomasticón Cisterciense» tantas veces citado en este capítulo, este sector inmediato a la portería es siempre el ocupado por los Conversos que deben estar más en contacto con la gente que vive y trabaja fuera de la clausura fiel en todo al plan constructivo propio de la Orden ; Poblet no es una excepción en

esto. En este plan, la llamada bodega debe ser el refectorio de Conversos que comunicaba con el actual recibidor que tal vez pudo ser el dormitorio de los mismos. Nos induce a ello la existencia en la primera de estas salas ahora mencionadas, a reglamentaria altura, partiendo del pavimento original, de huellas de los mechinales de empotramiento de un respaldar de madera, huellas que circundan la noble dependencia y corrobora esta suposición la proximidad de la cocina que era común a coristas y conversos a diferencia del refectorio, ya que había uno para cada clase. Aiguabelle que conserva el plan cisterciense primitivo, más reducido ciertamente, está dispuesto como venimos afirmando de nuestra Casa, a la cocina sigue paralelo el locutorio de Conversos e inmediato el antiguo comedor de los mismos. Documentalmente sabemos que estaba en construcción por el testamento del noble Arnaldo de Timor que hizo a 9 de agosto de 1225, en el que dispone ser enterrado en Poblet, donando su caballo y armas, 300 morabatines para la obra del refectorio de Conversos y los derechos que tenía en el castillo de Montblanquet.

En el exterior, esta hermosa obra presenta grandes lienzos de sillería regular, interrumpidos por grandes y pesados contrafuertes aunque de poco relieve, suficientes empero para aguantar el empuje de la gran bóveda que es de crucería pero románica. Recuerda a la biblioteca o sala de Monjes en toda la disposición arquitectónica y aun en mínimos detalles, cuales son los pequeños rosetones de las claves de bóveda. En el siglo XVI el Abad Guimerá (1564-1583) hizo modificaciones en esta obra ; nos lo prueban sus armas es-

culpidas en un hermoso lugar allí existente, no siendo temerario suponer que fué entonces cuando mudó su función de refectorio de Conversos en bodega, para ello se excavó el pavimento hasta descubrir los fundamentos, quedando destrozada su fisonomía anterior.

La magnífica dependencia hasta ahora llamada «lagares» fué construída por el Abad Copons (1316-1348), la cual no describimos porque su belleza y arquitectura están al alcance de los que visitan nuestra Abadía, ya que actualmente es recibidor.

Esta sala corresponde siempre, en todas nuestras Casas, al dormitorio de Conversos ; el arco que la comunica con la iglesia, es el ingreso natural y regular a la misma que tenían aquellos para ir a su coro emplazado detrás del de los Monjes. Son muy visibles en el muro que linda con la iglesia huellas que pueden ser de los últimos años del siglo XII o primeras décadas del XIII, consistentes en dos ménsulas de las que parten arcos formeros y nervios cuadrados que debían formar crucerías en la bóveda, arcos y crucerías descansando sobre capiteles que coronaban una procesión de columnas en el centro de esta inacabada construcción.

Hacia poniente, paralelas a estas edificaciones, existen aún las oficinas, como son la panadería, carpintería, forja, y tantas otras, arquitectónicamente dignas de admiración y estudio. Por oriente todas estas habitaciones tenían un amplio pasadizo o corredor que, partiendo del locutorio, llegaba hasta la iglesia. Este corredor separaba a Conversos de Coristas por imposición prudente de los «Usus». En nuestro

Monasterio existió este plan preceptuado, pero al darse al claustro mayor en su avance a poniente un arco más, como puede muy bien verse sobre el terreno, en las huellas que quedan de esta evolución constructiva, este pasadizo quedó convertido en galería oeste del bellísimo claustro de Poblet; no olvidemos que en 1297 éste aun no estaba terminado.

Poblet monástico, para distinguirlo del real, es obra de los siglos XII y XIII, realizada con unidad de plan perfecto, conscientes los constructores de la adhesión que deben a Citeaux, adhesión sabia y persistente que tiende siempre a mejorar, a variar dentro de la unidad impuesta, a medida que lo nuevo en arquitectura se le ofrece con soluciones más ventajosas y fáciles que se adoptan, conservando lo ya hecho y siguiendo el plan inicial.

Los constructores, Abades inspiradores, Monjes arquitectos y operarios renuncian a todo personalismo; viven y trabajan anónimos, humildes, sin pensar en el goce material de lo que hacen; construyen para una común institución civilizadora en el más elevado sentido de la idea secular, perenne, al servicio de generaciones de Monjes; ellos no pudieron disfrutar su obra más que fragmentariamente, previéndola completa, pero no la vieron.

Además del plan cisterciense realizado en Poblet y que acabamos de esbozar, lleváronse a efecto otras construcciones impulsadas por los Reyes de Aragón durante los si-

glos XIII y XIV y primera década del XV, que, por no ser monásticas ni en su origen ni en su ejecución, merecen recensión aparte. Estas obras son de triple naturaleza por la misión que debía cumplir cada una de ellas : funerarias unas, ya mencionadas y descritas ; utilitarias otras, como las cámaras reales y el palacio del Rey Martín y militares las que convirtieron a Poblet en uno de los recintos fortificados más famosos de nuestra tierra.

Desde su fundación, se produce en nuestro Monasterio un fenómeno, que perdura aún actualmente, cual es la residencia, o visitas más o menos frecuentes de los Jefes del Estado. Pero, cuando este hecho se repite con más frecuencia es durante los siglos XIII y XIV, siglos de oro de nuestra Casa y de la potente Confederación Catalano-Aragonesa, sabiamente regida por los dinastas de la Casa Barcelona-Aragón, los cuales aman tanto a Poblet que lo convierten en una de sus múltiples residencias. Indudablemente que la historia monástica de Poblet era causa eficiente de ello.

Este hecho impuso muy pronto, tal vez en pleno siglo XIII, la construcción de dependencias reales, vestigios de las cuales pueden apreciarse en el muro oriental de las cámaras de los reyes, vestigios románicos sin duda alguna, consistentes en una galería con columnitas geminadas que sustentan arcos abiertos al «Verger major». Esta hermosa galería, de haberse conservado entera, sería uno de los ejemplares más bellos de arquitectura románica civil en nuestro país. Los fragmentos que de la misma se conservan son suficientes para darnos una idea exacta de

su importancia, dimensiones y ornamentación. Es aun actualmente una estancia que, inundada de luz y de sol, tiene toda la belleza de nuestras residencias de aquellos tiempos. En ella muy posiblemente residieron Jaime I en sus varias visitas, Jaime II y Carlos II de Navarra. Esta dependencia fragmentariamente forma parte de las propiamente llamadas cámaras reales. Estas fueron edificadas en los últimos años del reinado de Pedro IV, sin duda cuando ya estaba terminada la obra de fortificación que las encierra; apoyándose en el muro de ésta, está toda la serie de salas que las constituyen, actualmente en restauración.

La documentación de Pedro IV se ocupa de las cámaras, dándonos con ello preciosos datos de las mismas. Así, a 20 de agosto de 1382, escribe al Abad Agulló (1360-1393): «Fray Guillermo Deudé (vicelimosnero real) Nos ha dicho que encima de la capilla de San Esteban habéis construído una hermosa cámara y de hecho continuaréis seis arcos a nuestras antiguas cámaras y encima construiréis nuestras nuevas habitaciones por las cuales podremos ir al claustro superior y esperamos de vuestra probidad habréis terminado parte cuando Nos lleguemos de las Cortes generales y parécenos que para construir en dos o tres años son necesarios tantos albañiles y carpinteros, que redunde en honor de Dios y en nuestro honor y vuestro agrado.»

Detengámonos unos momentos y reflexionemos sobre este precioso documento del rey don Pedro del Punyalet. Lo primero que menciona es que «encima de la capilla de San Esteban habéis construído una hermosa cámara», debió ser-

lo verdaderamente por sus dimensiones aun hoy existentes, artesonado y magnífico ventanal gótico, a juzgar por los fragmentos que del mismo nos quedan. «Y de hecho continuaréis seis arcos a nuestras antiguas cámaras», es indudable, pues, que existían unas cámaras anteriores a las que conocemos y que pudieron ser las del siglo XIII antes mencionadas y que en parte fueron destruídas por esta obra del Abad Agulló. Sigue el rey : «y encima construiréis nuestras nuevas habitaciones», de suerte que sobre los arcos del Abad Agulló, como se han llamado, habíanse de edificar nuevas habitaciones «por las cuales podremos ir al claustro superior». Aquí cabe preguntar : ¿de qué claustro se trata? ¿Se refiere nuestro gran rey al claustro mayor o al de San Esteban? El hermoso texto catalán dice así : «la claustra sobirana». Para la contestación recta a esta interrogación, todo dependerá del sentido que se dé al calificativo «sobirana» y del examen de ambos claustros. En los tiempos del rey don Pedro la palabra «sobirà», en contraposición a «jussà», significa superioridad de lugar más elevado que otro. Así que en el presente texto es correcta la traducción que lee «el claustro superior». Ahora bien, ¿cuál era el claustro superior a que alude la carta real? Probablemente se refiere al claustro de San Esteban, por las siguientes razones : el Abad Copons (1316-1348) le añadió un sobreclaustro, cuyos fragmentos han aparecido actualmente adosados en los muros este y oeste como elementos que integran aquella construcción y otros diseminados por todo el claustro, consistentes en bases, columnas y capiteles con las armas del Abad cons-

tructor, del Rey, de María de Navarra y de su hija doña Juana de Aragón, condesa de Ampurias, pudiéndose emitir la hipótesis de un sobreclaustro consistente en cuatro galerías y que la carta de don Pedro llama «claustra sobirana».

Además, anteriores a las obras que sufragó don Fernando de Antequera (1414), por su simplicidad, elementos y rasgos típicos, aparecen escudos reales sobre las puertas y ventanales que son en todo exactos a los construídos durante el gobierno del Abad Copons, ventanales empero tan ricos y lujosos que no permiten suponer fueran destinados a dependencias monacales.

Posibilidad normal de ir desde las cámaras reales en construcción en 1382 según el documento real «al claustro superior», no hay otra, si no se admite el paso al de San Esteban, porque no cabe el ingreso desde las habitaciones reales del Abad Agulló al claustro mayor o regular, centro de la vida conventual. Para ello hubiera sido preciso atravesar el claustro del locutorio, el archivo y el gran dormitorio, para llegar a aquel magnífico sobreclaustro sagrado, cerrado a los no Monjes, impenetrable por lo menos como habitual mansión de seglares, aunque fueran reyes.

El año 1585, día de Jueves Santo, las infantas hijas de Felipe II hacían en el claustro de San Esteban el «Mandatum» o lavatorio de los pies a doce pobres, lo cual nos hace pensar que pudo ser habilitado aun entonces como parte de las dependencias reales.

De ser ello cierto, la construcciones que Poblet tenía destinadas para hospedar a los reyes, era un conjunto enorme

que se extendía desde la torre de las armas hasta la de los locos o de San Malaquías, pasando por las edificaciones adyacentes, las propiamente llamadas cámaras reales, la capilla de San Esteban y su claustro, que mide más de setenta metros de longitud.

Además existió, probablemente, la biblioteca del rey don Pedro que, según su correspondencia, debía asentarse sobre el «calefactorium» ; de ella hemos hablado al tratar de la Cultura de Poblet.

Los elementos que subsisten de las cámaras reales permiten una restauración muy aproximada a la real, o sea a la de sus buenos tiempos, siglos XIII, XIV, XV. En general, son salas grandes, con inmensos ventanales góticos, cubiertas con artesonados asentados sobre cartelas que brotan de los muros y de magníficos arcos de piedra labrada que parten de ménsulas que tienen el escudo real. Con todo, a través de los siglos y circunstancias, sufrieron esenciales transformaciones que en algún sector han hecho desaparecer la auténtica fisonomía de esta verdadera casa de los Reyes de Aragón.

Todo el conjunto o disposición monacal de nuestra Casa hubo de sufrir esenciales mutaciones en la segunda mitad del siglo XIV, cuando por imposición del Rey Ceremonioso se construyó el magnífico amurallado.

En 1367 comienza el rey a hablar de fortificaciones y se ocupa de las mismas, hasta verlas acabadas en 1382. La obra duró, pues, catorce años, aunque en 1377, según el con-

cienzudo P. Finestres, estaba terminada. Con todo, no podía estarlo en su totalidad o debía parecer imperfecta a aquel monarca que tan acabadas quería sus cosas, pues, con fecha de 23 de mayo de 1382, desde Valencia, dice por carta a nuestro Abad que rápidamente haga acabar «las obras de la muralla y fosos de nuestro Cenobio de Poblet», porque guardan los restos de los reyes antepasados suyos, nombrándolos a cada uno de ellos, dejándose llevar del entusiasmo que sentía por su dinastía. Después de 1382 la correspondencia real ya no se ocupa de nuestras fortificaciones, porque indudablemente estaban terminadas y dispuestas para cumplir su misión.

Don Pedro encargó la obra a Guillermo de Guimerá, lugarteniente del rey y gobernador general de Cataluña, que era Caballero hospitalario. Este entendía por aquel tiempo en la fortificación de Montblanch, de Lérida y de Cervera. La de Montblanch es semejante a la de Poblet en lo material, si bien no resulta tan fuerte como la nuestra ni tiene idénticas proporciones.

Económicamente se eximió a los vasallos del Monasterio del tributo de muros y fortificaciones que se pagaba a las veguerías correspondientes, aplicando aquellas sumas a la obra militar pobletana, según una carta real de 18 de febrero de 1367. En 1374, en plena guerra contra Castilla, el día 12 de octubre, se obligó a todos los súbditos de Poblet que fuesen a trabajar en las obras de fortificación y que no se moviesen de allí, sin excepción alguna hasta haberse terminado totalmente. El Monasterio debía aportar la alimentación de los constructores, herramientas y materiales. Total,

que a la hacienda real esta magnífica obra no le costó dispendios por lo menos extraordinarios. Los vasallos respondieron y la obra se comenzó con fiebre, pero se continuó lentamente, tal vez por entorpecimiento de las autoridades. Hay cartas del rey quejándose de esta lentitud ; dos por lo menos nos son conocidas, una del 7 de septiembre de 1369 y otra del 12 de marzo de 1372 y sin la invasión que el rey Pedro el Cruel hizo en las tierras de Aragón el ritmo no se hubiera acelerado. Entonces la férrea voluntad real saltó por encima de todos los obstáculos.

La obra resultó, no sólo militarmente capacitada para cualquiera eventualidad, sino bella, grandiosa y de primer orden. No obstante, no satisfizo al rey que la había visto y así, a 7 de mayo de 1381, se queja al Abad Agulló : «Nos hemos visto personalmente que nuestro Monasterio flaquea por la parte de nuestras cámaras, hacia el «Verger major», de manera que podría perderse y Nos sospechamos por algunas noticias que poseemos que este año entrarán algunas compañías en nuestra tierra. Por lo cual os mandamos y rogamos que pues queréis nuestro amor y el bien y la salvación del Monasterio, hagáis fortificar dicho lado de manera que no pueda temerse ningún peligro ; de otro modo si alguno sobreviniera, lo que Dios no quiera, será por vuestra culpa.» Desde luego aun actualmente el muro oriental de las cámaras reales es de menos grosor que el resto de la fortificación y menos compacto, presentando más huecos penetrables que otros sectores.

Con todo la obra era fuerte y estratégicamente perfecta

y puesta en manos del enemigo o de algún poderoso señor, podía ser peligrosa; por ella a 26 de mayo de 1382, don Pedro, desde Valencia, reglamenta el ingreso de los grandes en la misma, prohibiendo que nadie, en ausencia del rey y de los infantes, aunque fuesen de la Casa real, pudiese entrar en la fortaleza de Poblet con comitiva superior a veinte personas; los condes que no fuesen de la Casa real con más de quince y los vizcondes, barones y nobles con más de diez y que, si se presentaban sin tales condiciones, no fueran jamás admitidos. Durante la guerra civil del tiempo de Juan II, por gestión del Abad Delgado, hubo guarnición y dicho monarca imponía el cuidado y conservación de la fortaleza, porque, dice, es la mejor de Cataluña después de Lérida y Tarragona.

Es el recinto amurallado de nuestro Cenobio un inmenso cuadrilátero orientado a poniente, hacia donde se abre la magnífica puerta real flanqueada de dos torres que miden veinte metros de altura; en este frente los lienzos hacen una flexión hacia el interior de la clausura, dando con ello aspecto más militar y severamente monumental a este magnífico sector que mide 160 metros de frente. La línea del perímetro es de 608 metros, los lienzos de muro hasta el remate de las almenas es de 12 metros, en algún sector alcanza a más y su grosor es de más de dos metros. Las torres, que son doce en total, militarmente perfectas y situadas a distancias reglamentarias de suerte que pudieran cruzarse los tiros de los defensores, alcanzan las más de ellas más de veinte metros de

elevación. La obra es en su totalidad de mampostería, pero dispuesta con dignidad y muy regular. Corre por toda la muralla un paso de ronda protegido por almenas rematadas en algún caso con piramidones y las troneras correspondientes. Las torres son cuadradas o exagonales asentadas en los ángulos, en las tiradas de los muros saliendo más de seis metros de los mismos para protegerlos de los tiros oblicuos. Un conjunto de escaleras, sabiamente dispuesto, derechas, adosadas al muro, o en su interior, permitían llegar rápidamente al paso de ronda. Estas torres tuvieron todas ellas sus nombres propios que debieron cambiar a través de los siglos, de las circunstancias y de las utilidades prácticas a que se dedicaron. Nos son conocidos por manuscritos antiguos las torres del Canciller, San Marcos, San Malaquías, del Cardenal, de las Armas, de San Gregorio, del Jardinero, etc. De este imponente conjunto de murallas, torres, almenas, troneras, barbacanas y demás elementos de fortificación, el que más sobresale e impresiona es sin duda la siempre llamada puerta real, «la mejor obra de arquitectura militar que actualmente tenemos», pudiendo rivalizar con sus hermanas de Valencia, que aun restan en pie, del recinto fuerte de aquella capital hermana.

Se abre la inmensa puerta de ingreso en el centro de un gran lienzo de pared plano, todo él de perfecta sillería, flanqueada por dos magníficas torres ochavadas al exterior. El conjunto ofrece un frente de 24 metros de anchura por 20 de elevación. El paramento central que tiene la puerta y los lienzos de las dos torres son lisos y sólo una pequeña imposta

o goterión interrumpe a media altura aquel conjunto de dorados sillares, hermosos en su sencillez y lisura. Ambas torres tienen ventanas de vigía mirando a norte y sur respectivamente. Cornisas de barbacanas rematan ambas torres, formadas por cartelas escalonadas que sustentan arcos en sus extremos, cada uno de ellos de una sola pieza y son de medio punto, sobre los cuales se levantan imponentes parapetos rematados por una sencilla y graciosa cornisa, mostrando a todos los puntos cardinales, las armas de la poderosa Confederación Catalano-Aragonesa. Por detrás de la barbacana, se eleva el paramento del muro, formando un antepecho que dejaba segurísimos a los defensores; por las aspilleras muy rasgadas en el interior y por las troneras podían vomitar tranquilos sus proyectiles.

La puerta real tiene tres placas, en la del centro están las armas reales, las barras de oro y sangre y en los lados, mirándose, el timbre de Pedro IV, con el dragón naciente de un yelmo de torneo coronado. En el parapeto central de encima de la puerta hay otro escudo real y a cada lado, algo más bajos dos con las señales heráldicas del Abad Agulló, cuatro losangres de oro sobre campo de sangre puesto por punta. Esta puerta tenía doble cierre, uno delantero probablemente una reja de hierro o una puerta ferrada, de la cual existen en perfecto estado de conservación las guías y otra interior de dos hojas de madera, detrás hay un atrio que aun permite una interior defensa de la entrada de la clausura y tapiadas, pero visibles, se ven las aberturas que pudieron servir para el municionamiento.

Todo este imponente recinto fortificado nunca hubo de cumplir la misión por la que fué edificado, ni propio hubiera sido de una Abadía cisterciense, en la que la oración, el estudio y el trabajo deben ser perenne ocupación del Monje; con todo, hubo guarnición en varias ocasiones, la más memorable y desgraciada fué en tiempo del Abad Delgado (1458-1478). Luego las salas de las doce formidables torres fueron convertidas en habitaciones señoriales habitadas cuando los reyes visitaban el Monasterio. Así en 1493, cuando la visita de los Reyes Católicos, cuenta un anónimo cronista doméstico, que en «las dos torres reals havia viij lits y la sala damunt la porta real molt ornada». Más tarde, en pleno siglo XVII, fueron parcialmente cárcel de súbditos del Monasterio, como lo atestiguan algunas inscripciones grabadas en las paredes, ninguna de las cuales es anterior a aquella centuria, como lo demuestra la caligrafía de las mismas. Todas ellas están escritas en castellano o latín y no pocas parecen obra de una misma mano. Nunca fueron prisión de Monjes, ni lugares de tortura de la Santa Inquisición, ni lugar de injusticias sociales, como alguien ha escrito. Para convencerse de ello, basta leer los procesos que obran en nuestro archivo de aquella época y dar con criminales comunes, súbditos del Monasterio que eran capaces, como siempre lo ha sido la humanidad, de cometer los peores delitos de sangre, caer en infamantes aberraciones y transgredir las mejores leyes y que, mientras duraban sus procesos, largos, pero saturados de hondo sentido de justicia, estaban encarcelados en Poblet, para luego partir,

relegados al brazo secular a galeras o a otras penas. También cesan luego en pleno siglo XVIII los procesos y encarcelamientos y entonces las famosas torres reales y las otras son celdas monacales, desvanes o almacenes de importancia secundaria.

El recinto amurallado redujo la extensión de las dependencias monacales, en especial la de los Monjes Legos y, aunque dejó intactas y desahogadas todas las esenciales a la vida cisterciense, en otras secundarias influyó notablemente como en el claustro de San Esteban, en los cementerios, en el atrio de la iglesia, cuyos pórticos cerró y toda la fisonomía del Monasterio desaparece, hasta costar detenido estudio el fijar la planta y la presentación del Cenobio anterior a las fortificaciones descritas. Los inmensos lienzos de muralla, las imponentes torres que flanquean y fortifican el recinto, la puerta real, la corona de almenas, con matacanes, troneras y otros cuerpos salientes, más bien ofrecen la impresión de una ciudad fortificada o inmenso castillo que no de Monasterio benedictino, Casa de Dios y Puerta del Cielo. El siglo XII con los santos fundadores de la Orden ; la sencillez, austeridad y humildad de todo aquella edad de oro de nuestra historia, no fueron tenidos en cuenta por el famoso dinasta catalán, constructor omnipotente de esta magnífica obra militar. Flotando en lo alto, recuerdan al Monasterio, la espadaña del crucero del templo mayor y el cimborio frustrado del Abad Copons.

Así se llegó a la última década del siglo XIV que vió la trágica muerte del noble Rey Amador de la Gentileza en los bosques de Foxá y el gobierno de don Martín el Humano, último rey autóctono enamorado de Poblet, en el que se construyó el mirífico palacio de su nombre, también frustrado como sus últimas empresas.

Llegado de Italia en 1397, resuelve construirse un palacio en nuestra Casa, bello, grandioso y digno de la dinastía por él representada. La obra resultó bella arquitectónicamente y preciosa en su ornamentación escultórica, que demuestra una perfección de expresión y naturalismo raro hasta entonces.

La obra corre desde los «lagares, sigue por toda la galilea, o atrio de la iglesia y llega hasta la llamada fuente de San Benito. Integran esta obra grandes salas, para todo: recepciones, comedor, sala del trono, dormitorios y dependencias para el servicio real. Conducen a toda esta organización dos bellísimas, rectas y anchas escalinatas, actualmente muy deterioradas, emplazadas entre la muralla inmediata a las torres reales y el mismo palacio, quedando un espacio que hubiera sido un magnífico zaguán. Así podían los Reyes, una vez atravesada la puerta real, entrar en el palacio, sin franquear la clausura.

Puertas, ventanales, columnas y demás detalles arquitectónicos están labrados con una riqueza y cuidado tal que bien puede afirmarse que en lo gótico son lo mejor de lo mejor, prototipo de nuestro arte cuatrocentista. La puerta de entrada, que comunica el atrio con el zaguán, tiene arcos de medio

punto, montantes e intradós de hojas de col rizada, bases alargadas y delgadas de toros y zócalos ochavados, las dovelas se prolongan lisamente fuera del moldurado, formando ancho abanico... La misma descripción cabe hacer, salvando bellísimas diferencias que no tocan lo substancial de la idea, de las otras dos puertas que dan ingreso a las grandes salas de recepción que, comparadas con las de la Casa consistorial de Barcelona, recuerdan el estilo del maestro Bergues, autor de ambas obras.

Da impresión de ser escalera principal la que actualmente, por hundimiento de dos tramos de su bóveda, sólo comunica con las torres reales, porque entraba hasta las grandes salas del palacio, sobre todo al gran salón, elevadísmo, regio, de dos inmensos arcos y tres tramos de artesonado. Los magníficos ventanales que inundan de apacible claridad tan bella dependencia, las justas proporciones arquitectónicas y la decoración delicada, sabiamente dispuesta, hacen de esta pieza la mejor del palacio.

Ambas fachadas, oriental y occidental, son bellas a cual más y mejor ; pero supera tal vez en belleza la dorada por el sol naciente ; aquel inmenso muro elevadísimo, de sillares regulares, liso, con sólo los tres inolvidables ventanales, asimétricamente colocados cual si fueran maravillosas tablas cuatrocentistas, riquísimos de preciosos detalles escultóricos y la soberbia cornisa que remata el conjunto con arcuaciones flamígeras sobre mensulitas humanas, de guerreros, monjes, damas, caballeros de todas edades, niños, ancianos, jóvenes y aun la misma muerte ; enmarcado todo ello dentro

del claustro, por la iglesia, el cimborio, dependencias del Abad Copons y el dormitorio mayor, ofrecen una colosal visión de grandiosidad y belleza al servicio de Dios, en lo que es monástico, y de la Patria, uniéndolo al palacio del Rey Martín.

Estos ventanales verdaderamente regios son cinco, distribuídos dos en el patio de entrada que comunica con el atrio conventual y tres que dan en el claustro mayor. Los cinco igualmente bellos, e igualmente ricos en escultura; más bien necesitan ser visitados y estudiados que descritos, de ellos dice el Sr. Marqués de Lozoya en su «Historia del Arte Hispánico», t. III, pág. 112: «Lo más notable del palacio de Poblet son los ventanales, en los cuales los escultores del «taller real» dejaron una de las creaciones más bellas de la escultura gótica en toda Europa.»

Tenemos el libro de cuentas del palacio del Rey Martín y por él nos enteramos que su autor fué el Maestro Bergues, que las obras se prolongaron con ritmo más o menos acelerado hasta 1402 por lo menos. Todo fué estudiado, desde el emplazamiento para que sin menoscabo de la clausura se disfrutara de la vida monástica, hasta la elección de materiales para alcanzar en todo cuanta perfección artística fuere posible.

Don Martín pensó en 1402 inaugurarlo con motivo de las Cortes que debían tener lugar en Montblanch, pues escribía al Maestro Bergues a 4 de noviembre que «incontinenti» fuese al Monasterio para proseguir y acabar dicha obra», porque «Nos vos satisfaremos y os dejaremos contento

de cuanto por Nos hayais hecho». Probablemente que más allá de 1406 no se trabajó en la bella obra, o por lo menos progresó muy poco en conjunto. Sin cubrir, ni pavimentar, con los arcos de los salones brotando apenas de los muros, sólo el exterior, las fachadas, quedaron completas; lleva marcado el sello característico de aquella década 1400-1410; el resto como la dinastía autóctona, quedó a medio hacer y sin posibilidad de completar una obra que hubiera honrado al rey que la creó y a la Casa para la cual quiso hacerla. En eso vienen a parar las más de las grandezas humanas. En 1402 el mismo rey mandó labrar su tumba y tampoco pudo descansar en ella.

Fenecida la dinastía barcelonesa, en Poblet no se emprenden más obras monumentales. Ciertamente que ya poco quedaba por hacer, sobre todo en el plan monástico, y en el real, una vez acabado el palacio, tampoco, por lo menos que fuera en ambos aspectos necesario. Además, la nueva Casa de Aragón, si bien jamás olvidó el Monasterio de sus antecesores, nunca fué para ninguno de aquellos reyes sitio familiar, propio, algo esencialmente unido a ellos, no podían hablar de «nostre monestir» como Pedro III el Ceremonioso, ni dirigirse a los Abades, como si fueran prolongación de la Casa real.

Con todo se entierran en Poblet, como lo impusiera don Pedro el Ceremonioso desde 1377, a los reyes de Aragón; envían limosnas, escogen consejeros, embajadores, obispos y confesores de entre sus Monjes; sufragan obras, aunque no

de carácter monumental, y protegen la vida monástica, sobre todo en la lucha contra las Encomiendas, favor éste de esencial necesidad durante aquel siglo XV tan poco escrupuloso. De esta época sólo una obra cabe destacar que tenga carácter monumental : la pequeña, pero bellísima iglesia de San Jorge, situada fuera de la clausura. Narremos brevemente su historia.

En los tiempos difíciles de la guerra de Italia para la conquista de Nápoles, Alfonso V halló en Poblet cooperadores eficacísimos y abnegados. Además, los representantes que tenía nuestra Casa en la Familia real, como limosneros y consejeros, ayudaron moralmente a la Reina regente, la virtuosísima doña María de Aragón, en el gobierno del reino. Nuestro Abad Dom Bartolomé Conill (1437-1458) asistió a las Cortes convocadas en Barcelona (1438), Tortosa (1440 y 1442), Barcelona (1446), Perpiñán (1450) y Barcelona (1450). Tuvo en la corte de don Alfonso en Nápoles a varios Monjes que actuaban prácticamente de consejeros, como Dom Bernardo Serra, limosnero y embajador ; Dom Lorenzo Massa, Obispo de Girgenti ; Dom Juan García, después Abad de Rueda ; Dom Juan Jiménez Cerdán, limosnero y Obispo de Barcelona, y Dom Miguel Delgado, limosnero, y Abad de Poblet más tarde. Esta colaboración, que continuó durante la fatigosa conquista de Nápoles y perseveró hasta la muerte del rey acaecida en 27 de junio de 1458, no fué plenamente correspondida en bien del Monasterio. Una carta escrita después del tránsito del rey per Dom Miguel Delgado y dirigida al Abad de Poblet dice lo siguiente, en

corroboración de lo que venimos afirmando: «Y sabed que deja su cuerpo a Poblet, pero manda que se deposite aquí en San Pedro Mártir su cuerpo, mientras no lo trasladen. Los camarlengos lo han renunciado en mí, con carta pública y yo lo he aceptado, la cual carta ha recibido el protonotario Mossén Fenolleda. Al Monasterio no le ha dado nada, al rey de Navarra, su hermano, instituye heredero de esos reinos todos... Y yo os digo que el testamento lo tengo por mal ordenado.»

Con todo en acción de gracias por la conquista de Nápoles, según el P. Finestres, ordenó en 1443, que se construyera a sus expensas la capilla de San Jorge. Probablemente el dinero tardó en recibirse o por lo menos vino muy racionado, llegándose al año 1452 sin que la capilla estuviera acabada, ello nos consta por una carta del rey escrita el día 23 de agosto de 1452, que dice entre otras cosas lo siguiente: «Recordamos que días pasados os remitimos ciertos memoriales conteniendo las cosas que queríamos que se hicieran... y en la construcción de la capilla que en honor de la gloriosísima Virgen María y de los bienaventurados San Miguel y San Jorge protectores nuestros hacemos en este Monasterio de Poblet edificar.» Pudo ser autor de la parte escultórica de la misma el Maestro Pedro Oller, que en 1442 consta que trabajaba en nuestra Casa la tumba de don Fernando de Antequera.

Es la capilla de San Jorge una preciosa joya de nuestro mejor gótico, emplazada a mano derecha del que va a franquear la puerta dorada y al lado del camino que muere en

la plaza mayor del Monasterio ; allí los prelados, visitadores, reyes y grandes descabalgan y se unen a la Comunidad que sale a recibirlos y no fué elegido vanamente el emplazamiento porque, si aumenta el sabor artístico de aquel paraje, no menos lo embellece ofreciendo la fachada al camino, ya que está orientada de norte a sur. La única nave mide nueve metros de longitud por cinco de anchura y en la bóveda se adorna con bellísimas y delicadas claves que aprisionan una magnífica crucería en estrella en la nave y de nervios radiales en octágono en el ábside que es ochavado. Contrarrestan en el exterior el empuje de las bóvedas robustos contrafuertes esmochados, porque sin duda no se acabaron. Todo el edificio es de piedra muy bien labrada, regular y aparejada en uniformes sillares y la corona un friso de tracerías a compás resguardado por una cornisa, obra muy posterior y en parte de ladrillo. La puerta o fachada es lo mejor del monumento : de arco de medio punto que tiene en el intradós una delicada moldura, dovelas grandes y lisas con archivolta sembrada en el exterior de frondas, remata en una grande y maravillosa alcachofa de rizadas hojas de la que emerge un yelmo con la tarja de Aragón, el caballeresco dragón naciente abiertas sus alas y un gracioso lambrequín adosado al fondo con otra tarja lateral. Los pináculos que adornan tan bella puerta llegan hasta la altura del timbre real. Hay, además, a ambos lados, entre los pináculos y la archivolta dos escudos sostenidos por ángeles o genios alados ; el de la derecha del espectador es el nuestro de las cuatro barras y el de la otra parte, por lo poco que del

mismo se adivina debe ser el personal de Alfonso V el Magnánimo con las cuatro barras reales, las fajas de Hungría, las flores de lís de los Anjou-Nápoles y la cruz potenzada con las crucecillas de Jerusalén, título entonces vinculado al reino de Nápoles, y en el centro de la archivolta el escudo del Abad Conill sostenido por ángeles. Del retablo y ornamentos que envió el rey y del cuadro del venerable príncipe Carlos de Viana nada se ha salvado sino el recuerdo.

Y ya no quedan otras grandezas monumentales por describir en nuestro Poblet, porque su hora grande en construcciones había pasado; sólo en los últimos años del siglo XVI un gran Abad, Dom Francisco Oliver de Botaller (1583-1598), emprendió la construcción del palacio nuevo abacial, antes destruído que totalmente acabado. Diremos brevemente algo del mismo.

Por lo menos hasta el siglo XIV y con toda seguridad documental hasta el XV, los Abades no tuvieron un palacio propiamente tal: dormían, siguiendo las «Consuetudines» de la Orden con la Comunidad en el gran dormitorio y comían en el refectorio, siguiendo en todo la vida común; únicamente para despachar sus negocios, para recibir a los oficiales del Monasterio y a seglares que acudían a ellos, tenían dependencias especiales de las que probablemente nos quedan las últimas, inmediatas cronológicamente, al palacio abacial antiguo. En el manuscrito pobletano «Antigualles de Poblet» del siglo XVI, actualmente en la Biblioteca Nacional, en el folio 29 se lee lo que sigue: «La Cambra abacial estava prop

la Capella de S. Esteve. Aprés lo abat Copons feu la Sala dels Contes i l'altra que mira a la Porta Real, en las quals menjava. I la que es ara celler de vi blanc de l'abat era la sua cuyna que encare li diuen la cuyna vella. Lo abbat Mengucho feu la Cambra abacial que vuy es». Ateniéndose al capítulo LVI de la Regla Benedictina, el Abad comía con los huéspedes, que no estando sujetos a la vida austera de los Monjes debían comer aparte, y cuando no los había estaba a su arbitrio llamar a su mesa a los cohermanos que gustaba. El cumplimiento de estas prescripciones impone la creación de unas dependencias especiales, cuales son cocina, refectorio, sala de recibir y despacho para el gobierno de la Abadía. Actualmente sala que mire a la puerta real no hay otra que la llamada sin fundamento «Xocolateria», construída por el Abad Copons como lo demuestran los escudos de las ménsulas que sostienen sus arcos, y «Sala dels Contes» debió serlo la contigua a ésta, actual capilla de los Monjes Legos, unidas ambas por una pequeña habitación, ahora sagristía del poco ha mencionado oratorio y que por sus características arquitectónicas y heráldicas es de la misma época del gran Abad Poncio de Copons, dependencia que pudo ser la cocina abacial.

Noventa años más tarde, otro eminente prelado Dom Juan Martínez de Mengucho (1413-1433) «feu la cambra abbacial que vuy es», no pudiendo precisar a que dependencia o cámara se refiere el Manuscrito que venimos comentando; tal vez quiera indicar la hermosa sala comunicada con la capilla de Monjes Legos por una escalerilla de caracol,

cuyos ventanales más bien son del siglo XV y no anteriores. Además, el palacio abacial antiguo lleva en la grandiosa puerta principal, único elemento de importancia que se ha conservado, las armas del Abad Payo Coello (1480-1499). De este palacio poco podemos decir porque su destrucción ha sido total; quedan restos que tienden a desaparecer de lo que fué capilla, la puerta más arriba mencionada y un bello ventanal, piezas todas de delicada ejecución en estilo gótico muy florido. Grabados del siglo pasado presentan su interesantísima fachada. En varias ocasiones fué residencia del séquito real, como cuando la visita de los Reyes Católicos en 1493 y en las dos de Felipe II en la segunda mitad del siglo XVI. En los últimos tiempos del Monasterio era cerería.

El palacio nuevo del Abad lo comenzó Dom Francisco Oliver de Botaller (1583-1599) que no lo pudo ver acabado y fué proseguido por varios Abades, añadiéndole nuevas edificaciones que borraron en parte el plan concebido en el siglo XVI. De éste, deben ser la galería orientado al sur, hacia el monte de la Pena, magnífico ejemplar renacentista y la que mira a levante, no menos bella, pero actualmente cegada por construcciones posteriores. Es digna de mención la caprichosa escalera principal por su combinación arquitectónica. En este palacio, la grandiosidad, elegancia, buen gusto y sabia orientación fueron muy habidas en cuenta cuando su construcción. Hoy es una espantosa y trágica ruina, de muy costosa restauración.

Después de todo lo que llevamos dicho, debemos entrarnos ya en los siglos diecisiete, y dieciocho, cuando en nuestro magnífico Monasterio las obras de albañilería, las paredes de cal y canto, los revoques lustrosos imitando mármoles ocultaron la monástica austeridad medieval de la piedra; cuando ventanales góticos, puertas románicas, arcos magníficos y artesonados severos, pero bellísimos, fueron mutilados, quebrados y desaparecieron tras muros de ladrillos.

Digna de mención es la neoclásica sacristía, grandiosa, monumental y de gran sobriedad decorativa. «Su figura es perfectamente cuadrada de cien palmos en claro — dice el P. Finestres — y ciento cincuenta de elevación hasta la cornisa sobre la cual tiene los cuatro lienzos cada uno con su claraboya redonda muy clara con vidriera que da mucha luz a la pieza. En las cuatro esquinas resaltan unos veinte palmos, unas pilastras adornadas de varios nichos y primorosas molduras que, disminuyéndole al gran lienzo los veinte palmos, no sólo sirven de estribo a la media naranja sobre la cual remata un cimborio de figura ochavada, que por ocho vidrieras franquean luz a la pieza, sino que a ésta la hacen más proporcionada, dejándole no más que unos ochenta palmos de claro.»

De la decoración interior nada se sabe documentalmente. La imaginación fácilmente la puede crear y aun ver, pero no asegurarnos cual fuera ni quienes sus autores.

Los Abades Sayol y Fontanilles hicieron la fachada de la iglesia, muy discutible y por ello muy discutida; de ella

dice el P. Finestres : «Portada suntuosa de buena escultura, sirve de hermoso frontispicio a la plaza.»

Finalmente, por los años 1730 y siguientes el Abad Félix Genover construyó la capilla del Sagrario detrás del altar mayor, aprovechando el arco central del ábside, capilla tan horriblemente mutilada que a duras penas podemos formarnos idea exacta de su valor artístico. Con todo, fragmentos que de la misma nos quedan hacen pensar en una obra verdaderamente rica y de auténtico valor artístico.

Y al llegar a este punto damos por acabada nuestra labor, tranquilizándonos el deseo de haber servido al Monasterio, cuya historia monástica cultural, social y artística llegó a tanta altura que pudo decirse de él que «Poblet en todo el orbe cristiano a ninguno fué segundo». Tal fué esta grandeza moral, que, si Ripoll se nos ofrece como cuna y cerebro de Cataluña y Montserrat como su corazón, Poblet es la realización cristiana, monástica y patriótica de nuestra bendita tierra, por excelencia.

INDICE

Página

Prólogo ... 5
Pax ... 7
Fundación ... 11
Las primeras vocaciones ... 31
Grandeza monástica... ... 53
Plenitud ... 89
Siglo XV ... 127
Siglo XVI ... 179
Siglos XVII - XVIII ... 229
Destrucción, restauración y repoblación monástica ... 269
La liturgia ... 303
Expansión ... 331
La cultura ... 369
El arte ... 401

EX PARTE ORDINIS NIHIL OBSTAT

† Gregorius Billi, Abbas Præses
Congregationis Sti. Bernardi in Italia

In Monasterio Populeti, 14 - X - 1947

IMPRÍMASE

† Gregorio, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Revma.

Dr. Luis Urpí Carbonell, Maest.ª
Canciller-Secretario

Barcelona, 4 de agosto de 1947

✠

Esta primera edición de la HISTORIA DE POBLET consta de 2.000 ejemplares y la ha patrocinado DON FRANCISCO VIVES OLLER, con la colaboración, en cuanto a la parte gráfica, de DON AQUILINO RIEUSSET. Se han terminado de imprimir: el texto, en los TALLERES GRÁFICOS REX y los grabados, en RIEUSSET, S. A., el día 24 de noviembre de 1947, séptimo aniversario de la restauración monástica del Real Cenobio.

LAUS DEO

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO
N.º Registro 3915
Signatura
N y G
Sala (Zaragoza)
Armario
Estante

B. MORCADES

HISTORIA
DE POBLET